

LA REIVINDICACIÓN DEL SILENCIO:

Una etnografía sobre experiencias y políticas de la Sordedad en Cali.

TRABAJO DE GRADO

ANA CAROLINA PALMA GARCÍA

Director de Proyecto de Grado:

ENRIQUE JARAMILLO BUENAVENTURA

UNIVERSIDAD ICESI

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA

SANTIAGO DE CALI

2019

Agradecimientos

Quiero iniciar agradeciendo a mis padres y mi hermana, por ser mis cómplices de vida y mi apoyo incondicional. Fueron sus incontables esfuerzos los que me dieron la oportunidad de acceder a una educación superior sabiéndome capaz de lograr dos carreras y enorgullecerlos, las palabras se quedan cortas para agradecerles. Gracias también a mi director de tesis, Enrique Jaramillo, por seguirme la corriente y atreverse a guiarme -exitosamente- entre discusiones académicas para dar forma a esta investigación cuyo tema jamás había escuchado o imaginado. A mis jurados evaluadores por dedicar tiempo y neuronas para leer este centenar de páginas. Gracias a los miembros de la comunidad Sorda de Cali que me acogieron, me enseñaron lengua de señas y me compartieron fragmentos de sus vidas. En especial a “Millie”, “Violeta” y “Raúl”, quienes me dieron mi nombre en señas y por lo tanto mi primera aceptación y membresía en el colectivo Sordo.

A Manuela Marín, Luisa Castaño, Mónica Ramírez y Esthepania Lozano, por leer mis avances y apoyarme emocionalmente en el proceso. Fueron ellas quienes se tomaron el papel de realizar críticas al formato narrativo, a la construcción del título y demás detalles que permiten relucir con más brillo los hallazgos. Y a Sebastián Castillo, quien a pesar de irse de este mundo demasiado temprano y antes de poder leerme, sé que estaría muy feliz de los frutos de este trabajo. Agradezco también a quienes conmigo hicieron parte del curso de “Trabajo de campo”, un curso que se volvió un lugar de catarsis colectiva sobre situaciones de campo, un lugar para reflexionar sobre nosotras mismas como investigadoras, para reír, llorar, desbaratar nuestros escritos y volver a empezar con más certeza. A Inge Valencia, mi *mamá académica*, y a los y las profesoras que me acompañaron a lo largo de mi formación profesional, que desde diferentes espacios y cursos me aportaron tanto en discusiones disciplinares como en cuestiones personales. A Otoniel y Johanna, compañeros de práctica que en medio del trajín sacaban tiempo para escucharme hablar de mi tesis.

Y, por último pero no menos importante, a Cookie, mi perra. Porque ella me acompañó en las noches y días escritura, invitándome a hacer pausas activas para rascarle la barriga y caminar en el parque, pausas que me oxigenaron el cerebro y me permitieron aclarar ideas. Fue un excelente primer público para exponer en voz alta mis ideas o preocupaciones más extrañas y enmarañadas.

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	2
Tabla de contenido.....	3
Tabla de Ilustraciones	5
Tabla de Gráficos.....	7
Glosario: pistas para el viaje	8
Siglas.....	9
INTRODUCCIÓN.....	10
Una mirada retrospectiva para posicionarme en la discusión:.....	11
Contexto de la discusión.....	16
a) Cómo se entiende la discapacidad: sentidos en disputa.....	16
b) Inquietudes académicas: la adscripción y el paradigma de la normalidad.....	18
c) ¿Cómo entra a jugar la noción de Comunidad/Cultura Sorda en las discusiones de antropología y sociología?.....	20
Diseño Metodológico.....	26
Estructura de la investigación.....	30
Capítulo I Un islote de señas en un mar oyente: La Biblioteca como catalizador ..	32
Entrada al diario de campo:.....	35
Zoom-out: un panorama más amplio de la población s/Sorda.....	38
Recapitulación	44
Capítulo II Una aproximación desde lentes Sordos: Cómo se construye comunidad en la cotidianidad.....	46
Percepciones de un día en la biblioteca.....	47
Sobre prácticas y cotidianidad.....	54
Capítulo III “Nuestros padres son oyentes, pero nosotros como Sordos”: trayectorias vitales que desembocan en la Sordedad.....	62
Familia: cuando la sordera se vuelve asunto de varios.....	66

Colegio: experiencias de socialización y violencias normalizadas.....	71
“¿Ser oyentes para qué?”: procesos de choque y reconocimiento identitario.....	74
De la sordera individual a la Sordedad colectiva.....	78
Recapitulación	80
Capítulo IV Identidades que trascienden a un escenario político	82
“La lucha por la educación Sorda es una lucha por el futuro de la Cultura Sorda”:	88
Recapitulación	97
Conclusiones	99
Panorama a futuro: qué hacer con esta información	101
Referencias	106

Tabla de Ilustraciones

Ilustración 1. Conjunto de fotografías a mi diario de campo que muestra el registro de los nombres Sordos de quienes conocí.....	28
Ilustración 2. Dibujo propio que ejemplifica cómo el componente espacial de la seña da cuenta a su vez de su adjetivo. Ambos son la seña “casa”, pero la primera hace referencia a “casa pequeña” y la segunda a “casa grande”.	29
Ilustración 3. Fotografía de mi diario de campo que muestran que el registro durante una entrevista no era únicamente escrito y grabado en voz, sino también dibujando y describiendo componentes corporales.....	29
Ilustración 4. Dibujo de las personas Sordas congregadas en la Biblioteca el viernes 20 de septiembre de 2019. Se toma como base una fotografía tomada ese día por ‘Millie’ titulada “Comunidad Sorda de Cali”.	32
Ilustración 5. Mapa propio que muestra la ubicación de la Biblioteca “Centro cultural Comfandi” con relación al centro de Cali.....	36
Ilustración 6. Dibujo propio que ilustra la seña que me fue asignada por la comunidad en el lugar de mi nombre.....	48
Ilustración 7. Dibujo propio que ilustra la discusión a la que poco a poco se sumaron más personas.	50
Ilustración 8. Dibujo propio que ilustra la diferencia de la palabra “padres” en ASL (American Sign Language) y LSC (Lengua de Señas Colombiana). Tomado del diario de campo.....	51
Ilustración 9. Dibujo propio que ilustra la diferencia entre escribir, letrear y señar “medio ambiente”. Ejemplo extraído de las notas de campo.....	57

Ilustración 10. Dibujo propio que ilustra cómo se toman la palabra en una conversación grupal.	60
Ilustración 11. Dibujo propio que ilustra la seña de Millie.	64
Ilustración 12. Dibujo propio que ilustra la seña de Aldemar.	65
Ilustración 13. Dibujo propio que ilustra la seña de Violeta.	65
Ilustración 14. Dibujo propio que ilustra la seña de Raúl.	66
Ilustración 15. Dibujo digital propio que muestra a la izquierda la seña “natural” para psicología, y a la derecha la nueva seña para psicología propuesta por Fundavid.	96

Tabla de Gráficos

Gráfico 1. Nivel educativo de PcD Auditiva (Cali). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.....	39
Gráfico 2. Causa principal por la que no estudian (PcD nacional). Elaboración propia con datos de DANE -marzo 2010.....	41
Gráfico 3. Nivel de Educación alcanzado según el tipo de discapacidad (nacional). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.....	42
Gráfico 4. Distribución de PcD en los estratos socioeconómicos (Cali). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.....	43

Glosario: pistas para el viaje

<p>sordo vs Sordo</p>	<p>La “S” mayúscula hace referencia a las personas que se reconocen, posicionan y narran como parte de una comunidad lingüística y cultural minoritaria. Para estas personas, identificarse como Sordos no se trata de la capacidad auditiva, sino del compartir lenguas de señas y experiencias colectivas (Ladd, 2011).</p> <p>Por el contrario, la “s” minúscula hace referencia a una condición médica que indica una <i>pérdida</i> de la capacidad auditiva. Quienes son nombrados como sordos, no usan la lengua de señas ni se reconocen como parte de una colectividad con características culturales particulares. En este sentido, es común que estas personas se identifiquen como (o quieran ser reconocidos como) parte de la sociedad mayoritaria en la que han sido socializados.</p> <p>En algunos apartados utilizo s/Sordo, para referirme a los casos en los cuales no hay una diferenciación marcada en términos de este posicionamiento, ya sea por parte de la literatura o de los participantes. Puede parecer una categorización dicotómica y ambigua para algunos académicos oyentes, pero no puedo ignorar que estas fueron categorías etnográficas, enunciadas, explicadas y dotadas de sentido en campo.</p>
<p>Sordedad (Deafhood)</p>	<p>Este concepto fue propuesto en 1990 por Paddy Ladd. Hace referencia al “proceso en el cual las personas Sordas hacen realidad su identidad Sorda” (Ladd, 2011, p. xiv). Surge para hacer contraste al término médico “sordera” que subsume esa experiencia dentro de las categorías de discapacidad y por tanto invisibiliza el ethos de existencia colectiva de los Sordos. Es la base de las epistemologías Sordas, una nueva forma de vivir y pensar la sordera.</p> <p>Bajo estos principios, los implantes cocleares son considerados una práctica que atenta contra los derechos de las personas Sordas, pues son vistos como “experimentos poco éticos que se realizan sobre niños Sordos sin consentimiento, cuyos padres han sido engañados por información distorsionada, o que han estado sometidos a chantaje emocional” (Ladd, 2011, p. xvi).</p> <p>En otras palabras, las percepciones y creencias de cada persona Sorda frente a la “sordera” se van adquiriendo como su capital cultural dentro del <i>campo</i> y contribuyen al desarrollo de una identidad particular.</p>

Educación oralista (Oralismo)	<p>La imposición de un sistema de educación orientado exclusivamente la comunicación oral, la rehabilitación médica mediante terapias y uso de audífonos, y la lectura de labios. En este sistema no participan docentes Sordos ni lenguas de señas, por lo que los niños sordos no tienen la posibilidad de conocer y tener como referencia a adultos Sordos y/o a la comunidad.</p>
Letrear	<p>(Categoría etnográfica). Acción de deletrear manualmente una palabra. En esta, cada gesto realizado con la mano corresponde a una letra específica del alfabeto escrito. Tiene un rol secundario en la comunicación por señas, pues es usado en su mayoría para deletrear nombres propios al presentarse (seguidos de la seña que los representa) o para introducir en la conversación un término oral para el cuál no se conoce la seña correspondiente.</p>
Señar	<p>Como explico en el capítulo II, propongo usar este término para hacer referencia a las interacciones que están mediadas por las señas. Este término me fue útil para referirme a la acción de ponerse en común y compartir experiencias en el marco de una interacción que borra la posibilidad de anonimato. Permite imaginar conversaciones llenas de sentido que no están acompañadas por sonidos articulados. Y, además, tiende puentes para dimensionar que esa puesta en común pasa por interpretar movimientos corporales y faciales específicos que adquieren sentido dentro de una colectividad Sorda en constante construcción.</p>

Siglas:

- **LSC:** Lengua de Señas Colombiana
- **CODA:** Se refiere a las personas oyentes cuyos padres son Sordos y por lo tanto han crecido bilingües y biculturales.
- **ASORCALI:** Asociación de Sordos de Cali
- **ASORVALLE:** Asociación de Sordos del Valle
- **INSOR:** el Instituto Nacional de Sordos es una institución gubernamental conformado y dirigido por personas oyentes. Su función general, es asesorar las políticas de educación inclusiva a nivel nacional.
- **FENASCOL:** la Federación Nacional de Sordos de Colombia, es una agrupación que nace de la unión de las asociaciones de Sordos del territorio nacional. Es dirigida y conformada por personas Sordas. Su misión se centra en la defensa de sus derechos y la realización de acciones y programas que respondan a sus necesidades.

INTRODUCCIÓN

“I want to replace the normativeness of medicine with the curiosity of ethnography”
(Lane, 1992, p. 19)

En estas páginas se encuentran compiladas una serie de experiencias que permiten exponer cuál será mi posición frente a la Sordedad como tema de discusión. Pues en este y los capítulos venideros voy a hablar no sólo como antropóloga y socióloga, sino también como mujer *hipoacúsica*. Esta mirada retrospectiva va a permitir transitar por aquellas experiencias que desembocaron en preocupaciones puntuales de esta investigación. Seguidas, se encuentran compiladas las discusiones teóricas y el diseño metodológico que le dieron sustento a la misma. Termino con la estructura general de este documento, dando luces sobre los capítulos que desde diferentes aproximaciones ofrecen una mirada distinta a la sordera desde actos cotidianos de personas Sordas que se sienten parte de un colectivo. Cabe enunciar que, si bien esta investigación aspira desde un enfoque etnográfico a caracterizar desde diversas dimensiones la lucha de colectivos Sordos, esta no abarca todas las dimensiones que hacen parte de dicha “Comunidad Sorda”. Puntualmente, las reflexiones que encontrará en los diferentes capítulos estarán circunscritas a escenarios en los cuales el significado de la Sordedad esté en disputa, sin desconocer por tanto que existen otras dimensiones cotidianas y comunitarias que componen la realidad de estos colectivos y se escapan del alcance de esta investigación.

Quiero sugerir que antes de continuar, haga una pausa para leer los términos explicados en el *Glosario*. Pues ahí, explico cómo cada uno va a ser entendido en el marco de esta investigación. Hago esta sugerencia porque en varias ocasiones me han cuestionado por qué me refiero a quienes hacen parte de esta investigación como *personas Sordas* (con mayúscula), y no como ‘Personas con discapacidad auditiva’ o ‘Persona en condición de discapacidad’. Es una decisión que está acompañada de ese posicionamiento, no sólo mío como investigadora sino también de los y las participantes. Lo mismo ocurre con *Sordedad* en vez de sordera. En ambos casos, la forma de nombrar tiene una connotación política que se distancia de los saberes médicos que han encerrado su experiencia en el marco de una discapacidad. Hecha esta aclaración, no queda más que dar paso a las discusiones que guiaron

esta investigación. Aclarando que, si bien estos apuntes conceptuales me ayudaron a guiar las preguntas que surgían en el camino, me permití como investigadora darle prioridad en campo a las experiencias vividas desde mi sordera apenas asumida, me di la oportunidad de preguntar sin pena por lo que no entendía en lo práctico así en la literatura estuviera definido y, sobre todo, a sensibilizarme por aspectos que en otros escenarios había pasado por alto.

Una mirada retrospectiva para posicionarme en la discusión:

La primera vez que me interesé por cuestiones relacionadas con las personas Sordas, lo hice desde preguntas guiadas por la curiosidad de pensar un escenario en el cual mi audición desapareciera por completo. Algunas veces abrumada por esta posibilidad futura, crecí ocultando o negando una parte de mí que apenas ahora me estoy dando la oportunidad de descubrir. Durante muchos años me prometí que “eso” no definiría quién soy. Me propuse - sin querer¹- olvidarlo. Me propuse aprender a vivir como otros lo hacen: a maquillarlo para que nadie lo notara, para que nadie me notara.

Han pasado poco más de veinte años desde que, después de incontables y riesgosos exámenes, me diagnosticaron con *hipoacusia unilateral neurosensorial severamente profunda*. Desde ese momento, aquellas palabras se volvieron mi tarjeta de presentación al mundo exterior y convirtieron mi normalidad (escuchar por un solo oído) en algo extraño, complejo y poco familiar, que rodeó de angustia e incertidumbre mis primeros años de existencia. Esa intranquilidad, ahondada por la falta de respuestas de su causa o sus consecuencias futuras, se hace palpable en una carpeta con casi cinco centímetros de grosor que hoy reposa imponente en mi escritorio. Sus páginas destinadas exclusivamente a mis oídos rastrean con minucia los decibeles percibidos, al tiempo que evidencian los pequeños cambios tecnológicos que perfeccionaron las pruebas de control auditivo a través de los años.

Como *hipoacúsica*, lo que me interesó en un inicio fue cuestionar qué se estaba haciendo para eliminar las barreras que vuelven más difícil el día a día de las personas sordas. ¿Son suficiente los sistemas de subtítulos para garantizar el acceso a la información? ¿es la rehabilitación médica la mejor opción a futuro, o el mejor concepto para referirse a esta

¹ Digo sin querer, porque a pesar de ser un propósito incorporado, tiene su raíz en las presiones que me hicieron sentir que debía proponerme eso.

situación? ¿cómo se puede visibilizar esta discapacidad que a primera vista es invisible? ¿es “incapacidad” en sí misma o podría ser otra forma de capacidad? ¿cómo se debe pensar la educación para esta población que reivindica su diferencia no sólo en términos lingüísticos sino también culturales?

Tenía más o menos quince años en ese momento y aún no había conocido, visto o conversado con ninguna persona Sorda. La única referencia que tenía para resolver estas inquietudes era mi experiencia con los médicos y los obstáculos de accesibilidad que me encontraba en el camino. Esas incertidumbres fueron madurando y transformándose a medida que me adentraba en la antropología, en la sociología, y en la comunidad. Cada una de ellas me ofreció herramientas desde sus saberes y contextos que me permitieron reflexionar sobre mi propia trayectoria de vida. Me permitieron reconocer los matices y relaciones que evidencian mi diferencia, y empezar a deconstruir el ideal de persona oyente que había incorporado tanto en mi cuerpo como en mi forma de comunicarme y presentarme a otros. Si bien seguía presente esta pregunta inicial por las barreras que hacían conflictivas esas desigualdades sensoriales, las preguntas se alejaron de la idea de la “rehabilitación” y la “normalidad” para cuestionarlas y empezar a indagar por esas diferencias pensadas desde lo sociocultural y no desde lo fisiológico.

Me adentré así en argumentos que, desde la academia e incluso desde movimientos sociales Sordos como el *Deaf Power* en Norteamérica, empezaron a problematizar la noción de discapacidad. Dentro de esta discusión aparecen autores como Michele Friender & Karen Weingarten (2016) en el contexto estadounidense, Paddy Ladd (2011) en Reino Unido, Carlos Skliar (1997) en Argentina, y Hernán Cuevas (2013) en el contexto chileno, que hacen hincapié en que la discapacidad -así como la raza- puede ser entendida no sólo como una forma de diversidad, sino también como desigualdad. Estos autores hacen especial énfasis en la sordera, pues es la única capaz de fecundar en sí misma lenguas que no sólo organizan y construyen formas particulares de comprender la realidad, sino que también se erigen como pilares sobre el cual se construyen identidades colectivas a partir de las cuales se reivindican derechos culturales. Las implicaciones de esta organización, así como lo que se aspira con ella, serán abordadas en el capítulo cuatro.

Sólo ahora que estoy participando e involucrándome con personas Sordas me he dado cuenta que estos argumentos, que parecen tan abstractos y lejanos a mí, han estado presentes en diferentes etapas de mi trayectoria vital y son ahora claves para lo que podría ser más adelante posicionarme como persona Sorda. Por ejemplo, cuando me diagnosticaron a los dos años, los médicos recomendaron ponerme de inmediato un audífono. Sin embargo, mis padres descartaron la idea porque ese pequeño aparato podría ser una razón de rechazo o acoso escolar. No tenía sentido para ellos ponerme en esa situación sabiendo que habían pasado dos años en los que me había adaptado tan bien a mi realidad que ni ellos mismos notaron esa “deficiencia”. Una década más tarde, los médicos sugirieron un tipo de implante BAHÁ de conducción ósea para ayudarme con la percepción de ubicación del sonido. Es decir, para poder identificar dónde y cuándo alguien a quien no tengo en el rango visual me está hablando. Después de realizar las pruebas piloto decidí rechazarlo. Dije que sentía angustia de sólo pensar en someterme a una cirugía para que taladraran mi cráneo e insertaran ahí una placa de titanio permanente que vibrara con el sonido. Me callé la verdadera razón de peso. Odié cada segundo de la prueba, no por el aparato mismo, sino por lo frustrada y vulnerable que me hizo sentir la exposición pública y consciente de *mi condición* (que sólo ahí se volvió algo limitante y negativo). Hasta ese momento, sentada en medio de una sala, rodeada de parlantes ruidosos e intentando con todas mis fuerzas señalar aquel que emitía un sonido específico, no sabía qué era sentirme incompetente, incapaz, discapacitada. No soporté la idea de vivir con esa sensación de forma permanente, menos aun sabiendo que no lo había sentido antes. Era el saber médico, con sus métricas y técnicas, quién había creado en mi la conciencia de una “discapacidad” de mis sentidos y cuerpo.

En ese momento, sin discusiones teóricas o políticas de por medio, sentí en carne propia que la intención de ese aparato no era mejorar mi experiencia en el mundo, sino suavizar la impresión de grosera y antipática que proyectó al ignorar sin intención la presencia de alguien. Afortunadamente la respuesta siempre fue y será no. Hoy más que nunca creo que estas prácticas buscan intervenir el cuerpo para normalizar, en lugar de buscar estrategias concretas para eliminar barreras sociales que impiden la inclusión de numerosos grupos de personas que viven la vida de formas diferentes, pero no por eso menos dignas de vivirse.

Supe adaptarme por mi cuenta, al fin y al cabo. Pasé primaria sin que mis compañeros y el resto del mundo se enteraran de mi ‘condición’. Todo un logro, creía yo en ese momento. Aprendí a leer labios, a leer situaciones, a disimular que no entendía algo con una gran sonrisa en vez de una larga pregunta, porque también aprendí que pedir que repitieran usualmente llevaba a un comentario tipo: “¿usted es sorda o qué?”, y me daba miedo aceptarlo. Me daba miedo porque, aunque en mi casa siempre pude ser realmente la yo sorda, entendí a la fuerza que debía ser un secreto de puertas para afuera si quería protegerme de las burlas, del rechazo y de la lástima. Digo a la fuerza por las veces que jugaron conmigo –pero sin mí– apostando quién podía decir la mayor cantidad de cosas sin que los ‘pillara’; o incluso por las veces que rezaron sobre mí, pidiendo a Dios que perdonara mis pecados (o los de mi familia) y me devolviera la audición.

Empecé entonces mis años de adolescencia y me puse de rebelde a aprender algunas señas con un amigo. El plan falló cuando nos llamaron a rectoría porque alguien aseguró que cada vez que señábamos estábamos insultando en secreto. A los profesores también les molestó porque podía ser un método eficaz para hacer copia en un examen. Eso frenó por un tiempo lo que ahora entiendo como un proceso de cambio. Un par de años más tarde, me topé con una serie norteamericana² que me mostró por primera vez más personas Sordas, orgullosas de su sordera, de su lengua y de su comunidad. Abrió la posibilidad de imaginar un mundo donde pudiera afirmar quién era sin miedo a despertar lástima, generar burlas, o incluso perder oportunidades de trabajo en el futuro. Un mundo donde mis diferencias sumaran y enriquecieran experiencias en lugar de entorpecerlas.

Estas situaciones de choque, junto con las discusiones que me han regalado los cursos de antropología y sociología, me han permitido entender que vivir con una diferencia no debe significar vivir siendo menos, ni siendo un secreto, ni encarnando un pecado. Rompí mi promesa inicial, pero ahora puedo con orgullo y tranquilidad, responder “sí, soy Sorda y qué”. Esta investigación busca entonces dar respuesta a un interrogante que me ha perseguido durante toda mi formación personal y profesional: ¿cómo es posible que de una discapacidad surja algo que, lo sujetos en dicha condición, llaman cultura?, ¿qué implicaciones tiene para

² “*Switched at birth*” (2011), cuenta con un electo de actores y actrices Sordos que son fluidos en American Sign Language.

la antropología pensar en esta categoría de cultura Sorda?, ¿qué procesos hacen posible un abanderamiento de la sordera como forma de visibilidad en la esfera política? o más puntualmente para esta investigación, ¿qué procesos permiten o no -en Cali- el surgimiento de un grupo cuyos participantes denominan Comunidad y Cultura Sorda?

Estas experiencias subjetivas que desembocaron en la forma en que siento y vivo mi sordera, dan cuenta a su vez de procesos que trascienden la individualidad al configurarse como parte fundamental de movimientos sociales y políticos en el mundo. Ejemplo de esto, es el movimiento que entre 1970 y 1980 tomó fuerza en Estados Unidos luchando -bajo los lemas de Deaf Pride y Deaf Power- por los derechos de la Comunidad Sorda, exigiendo así el reconocimiento de su historia, su identidad y sus particularidades culturales. Como resultado, la forma en que los académicos entendían la discapacidad se vio cuestionada y transformada.

Si bien algunas premisas de este movimiento de origen estadounidense han sido adoptadas y apropiadas por las personas Sordas de países como España, Francia, Inglaterra, Argentina y Chile, en Colombia estos procesos de organización y reivindicación identitaria no parecen haberse constituido o visibilizado con tal fuerza. Fue una ardua tarea encontrar bibliografía, nacional o latinoamericana, que indagara por las formas de vida de estas personas, y por los procesos políticos y culturales que podrían gestar. Si bien existen estudios sobre cómo facilitar la inclusión educativa de personas con discapacidad auditiva, es escaso el contenido que se pregunta en el contexto colombiano por aquellos conocimientos propios impulsados o cristalizados desde esta llamada comunidad, por las formas de ver y experimentar el mundo desde la sordera, por el reconocimiento de su historia y sus sentidas particularidades culturales, o por procesos de reivindicación de derechos como minoría lingüística y cultural.

Por esta razón, esta investigación, que se sitúa en la ciudad de Cali, tiene como objetivo dar cuenta de aquellas dinámicas sociales que permiten o no la producción de un sentido de pertenencia a un grupo cuyos participantes denominan Comunidad y Cultura Sorda. Con el fin de lograrlo, pretendo (1) identificar prácticas que permitan o no la reproducción de formas particulares de ver y experimentar el mundo desde la sordera sentida como característica cultural o comunitaria en Cali, (2) explorar la construcción de identidad de quienes viven con sordera y se adscriben a esta llamada comunidad Sorda en Cali, y finalmente (3) revisar si se

han gestado formas de reivindicación de derechos o particularidades culturales y lingüísticas desde la misma comunidad Sorda en Cali.

Contexto de la discusión

Estas experiencias que expongo, así como las preocupaciones que me impulsaron a desarrollar esta investigación, empezaron a esclarecerse y a buscar respuesta a través de la literatura que se relacionaba con el tema. Esta literatura, que se compuso de diferentes disciplinas, enfoques y lugares de enunciación, me permitió conocer los enfoques desde los cuales la *sordera* y la *discapacidad* eran abordadas. Siendo así, me parece importante dedicar una sección para mostrar, a modo de síntesis y a partir de tres grandes nodos de discusión, aquellos puntos de la literatura que en diferentes momentos de mi investigación me permitieron profundizar en los debates que toman forma en los capítulos que siguen.

a) Cómo se entiende la discapacidad: sentidos en disputa

Para hablar de discapacidad es necesario presentar dos de los diferentes modelos desde los cuales se entiende, para esclarecer sus diferencias y los lugares desde los que se enuncian. Estos modelos son retomados en la literatura que discute las premisas de los movimientos Sordos norteamericanos, pues en sus discursos relacionan esta condición con la idea de ciertos derechos exigibles (Almeida et al. (2000), Berbrier (2002), Cobos & Moreno (2014), Friedner & Weingarter (2016), López-González & Llorent (2013), Massone, Rey & Kenseyán (2010), Reagan (1995), Rey (2008)).

Por una parte, está el modelo médico o patológico que enfatiza en las limitaciones que tienen las personas con discapacidad (PcD). Su argumentación se basa en conocimientos médicos que buscan curar o rehabilitar dichas limitaciones a través de terapias del lenguaje o intervenciones quirúrgicas. En contraste, está el modelo socio-antropológico que no percibe en la sordera una condición física que obstaculice el pleno desarrollo, sino que reconoce en ella unas diferencias lingüísticas y culturales. Con este modelo, nace una crítica a la idea de una corporalidad deteriorada y vulnerable que debía ser cuidada con un trato especializado. Desde esta perspectiva, lo que limita a la persona Sorda a desenvolverse con normalidad, no

son unas condiciones audiológicas, sino las barreras sociales que históricamente se han construido en un mundo predominantemente oyente.

Dentro de este modelo social de la discapacidad, la sordera no es vista como una desviación de la normalidad, sino como una forma de diversidad que debe reconocerse como parte central de las identidades que se expresan luego colectivamente (Obasi (2008, p. 445), Reagan (1995, p. 242), como sería el caso de las Asociaciones de Sordos. Resalto el trabajo del argentino Carlos Skliar (1997) porque argumenta la necesidad de una visión antropológica multicultural para transformar las actitudes, imaginarios y barreras sociales legitimadas desde discursos que leen la discapacidad como una cuestión meramente biológica e individual. En este sentido, Muñoz-Baell & Ruiz (2000) y Rose & Kiger (1995), plantean la necesidad de deslocalizar el problema de la sordera como algo inherente a cuerpos aislados, para ubicar la discusión sobre las barreras sociales que limitan a todo un grupo de personas que viven con ella. Comprender esto es fundamental para dimensionar la pertinencia de abordar estos temas desde las ciencias sociales, y para empezar a incorporar en el análisis del trabajo de campo esta idea de diversidad como eje de construcción de identidades que se movilizan políticamente por derechos que les permita desenvolverse en un mundo oyente sin perder sus particularidades de grupo.

Ahora bien, la academia no es el único lugar donde se ha cuestionado qué es o cómo debería entenderse la discapacidad. Estas discusiones emergieron precisamente a raíz de movimientos sociales, en su mayoría liderados por activistas Sordos, que buscaron alejarse de formas de pensar que los caracterizara como prescindibles, necesitados de caridad y compasión, o enfermos a rehabilitar (Cobos & Moreno, 2014, p. 85). En este marco de movilizaciones, se defiende a modo de contestación el modelo socio-antropológico de la sordera, que busca argumentar la existencia de una cultura que nace a partir de lenguas compartidas (señas). Es desde esta cultura que se empiezan a generar procesos y conocimientos propios, que tiene a su vez un posicionamiento frente a su dimensión política e histórica. Posición que busca el reconocimiento de sus miembros para dejar de ser subordinados en un mundo oyente.

Por otra parte, existe una literatura que, al profundizar sobre este enfoque social y cultural de la sordera, pone en común lo que serían las características principales de esta llamada

Comunidad Sorda. En Latinoamérica destaco a las argentinas María Massone et al. (2010), María Rey (2008) y el chileno Hernán Cuevas (2013), pues consideran que, si bien el uso de lenguaje común es primordial para la cohesión del grupo, el fenómeno de la agrupación comunitaria de estas personas es mucho más complejo que el uso o no de las señas. Para María Rey, es un error intentar comprender quiénes hacen parte de esta comunidad a través de una clasificación médica que identifique quiénes escuchan y quiénes no. Ya que, la pertenencia a esta comunidad “se origina en una actitud diferente frente al déficit auditivo y no se define por el grado de sordera de sus miembros” (Rey, 2008, p. 16). Así, son precisamente las ideas compartidas, las prácticas comunes, los sentimientos de identidad grupal y aceptación de la diferencia como diferencia y no como deficiencia, los elementos que dan cohesión a esta comunidad. Cuevas, añade que son precisamente estos factores los que permiten establecer una diferencia en términos de identidad Sorda, no sólo con quienes son oyentes, sino también con los otros sordos o hipoacúsicos.

El capítulo 2, titulado “una aproximación desde lentes Sordos: cómo se construye comunidad en la cotidianidad”, nace con la intención de hacer palpable en ejemplos cotidianos cómo en este escenario las formas de concebir y vivir la sordera se convierten en capitales – en términos de Bourdieu- claves para la membresía y los roles dentro del colectivo.

b) Inquietudes académicas: la adscripción y el paradigma de la normalidad.

Hay que tener en cuenta además que, dentro de esta propuesta que le apuesta a una visión antropológica, surgen preocupaciones por la relación entre ‘grupo étnico’ y ‘cultura’ que, desde esta disciplina -especialmente en Latinoamérica- se ha construido. De acuerdo con Massone et al. (2010, p. 136), el error de esta disciplina ha sido pensar una categoría en función de la otra, sin preguntarse necesariamente por las percepciones y adscripciones propias de quienes las conforman. Para estas antropólogas argentinas, la pertenencia, tanto a un grupo étnico (entendido en este caso como comunidad lingüística) como a su cultura, implica compartir y ser parte de una red de intercambios sociales que construyen significados experimentados intersubjetivamente. Esta preocupación cobra especial sentido en el contexto Sordo porque, como lo explican Ginsburg & Rapp (2013, p. 55), una particularidad del fenómeno social de la sordera es que todos los seres humanos podemos llegar a adquirirla en su sentido biológico con la edad sin que eso implique necesariamente la membresía a una

comunidad Sorda. Este proceso de membresía y reconocimiento, que ocurre en un plano personal y grupal, será retomado en el capítulo 3 con historias de vida muy particulares.

Esta mirada a las adscripciones abre la posibilidad de concebir la existencia de personas con sordera cuya identidad no se construye alrededor de la idea de comunidad o cultura Sorda, así como de las fronteras que marcan la diferencia con esos otros -oyentes o sordos-. Como veremos más adelante, estas reflexiones se articulan a una discusión sobre los contextos nacionales en los que se sitúan esas adscripciones, pues son lugares atravesados por políticas multiculturales y escenarios sobre los cuales se construyen estas identidades y se tejen esas redes enmarcados en la idea de comunidad y cultura.

Por otra parte, desde la teoría crítica feminista se ha hecho un llamado a desnaturalizar la discapacidad y el paradigma de la normalidad construido históricamente a través de categorías invalidantes (Gómez-Bernal, 2014). Desde aquí se proponen discusiones de corte Foucaultiano sobre la dominación de estos cuerpos, y da pie a que otros autores reconozcan que más que dominación, existe exclusión, marginalización o invisibilización de esta población. Una de las críticas que podría hacerse es que este enfoque deja por fuera otras dimensiones que no son subsumidas o explicadas desde la dominación, como los discursos de cuidado y compasión. Sin embargo, una aproximación de este corte permite reconocer que existen formas “sutiles” de violencia: como la simbólica (al obstaculizar el aprendizaje de la lengua y por tanto la cultura propia), y la institucional o de sistema (por más que el Estado decreta el derecho a la educación inclusiva, son mínimas las posibilidades de poder acceder a educación no-especial, sobrevivir en el sistema y poder contar con un intérprete durante todo el ciclo escolar).

Esta autora española, Gómez-Bernal, argumenta desde las ciencias sociales la necesidad de entrever las relaciones de poder -en apariencia invisibles- de la discapacidad, así como las fisuras y resistencias dentro de la misma. Problematisa también el proceso mismo por el cual los Estados caracterizan a las personas sensorialmente diferentes y por lo que son reconocidas de manera oficial como PcD. En este sentido, el capítulo 1 recoge estadísticas nacionales y municipales que evidencian la desigualdad que vive esta población, para dar pie a cuestionamientos sobre cómo se está pensando, clasificando o interviniendo esta población.

Finalmente considero importante resaltar que Vanessa Gómez-Bernal (2014) invita a su vez a la reflexividad al momento de investigar sobre este tema, escribiendo desde perspectivas situadas y contextualizadas tanto política como socialmente, que a su vez busquen darle voz y participación a las personas que viven estas realidades.

c) ¿Cómo entra a jugar la noción de Comunidad/Cultura Sorda en las discusiones de antropología y sociología?

La definición de la idea de cultura y comunidad ha sido una discusión de siglos que no está cerca de acabar, pero no podemos negar que siguen operando o funcionando dentro de lo cotidiano, los discursos, los movimientos o los reclamos políticos de esta población. En diferentes ocasiones he preguntado a personas Sordas, ¿qué significa para ellos estas dos palabras? y sus respuestas se conectan en tres pilares: conocimientos-ideas, identidad-formación, y tradiciones-costumbres. ¿Cómo podemos encontrar puntos en común entre esta forma de entender la cultura/comunidad y las discusiones teóricas de las ciencias sociales? ¿cómo desglosar largos debates teóricos en nociones que den cuenta de esto que ellos viven en su cotidianidad? ¿cómo podemos problematizar estas nociones que surgen y toman sentido desde el campo mismo? No es mi intención ofrecer una respuesta certera y única a estos interrogantes, pretendo más bien en esta sección poner sobre la mesa los “pegues teóricos” de este tema puntual que ayudaron a guiar el análisis de mi investigación.

Relaciones de poder y hegemonía: en mi revisión de literatura tuve la fortuna de encontrarme con un académico y activista Sordo, Paddy Ladd (2011), quien dedica gran parte de su libro a retomar diferentes teorías de las ciencias sociales para dar puntadas y animar a sus lectores a emprender un análisis de este corte que complejice o profundice los Estudios Sordos. Su punto de partida es el concepto de *hegemonía Oyente* entendida en términos de Gramsci, lo que permite reconocer desigualdades en este terreno de la sordera, dadas por pesos sociales y políticos que se exteriorizan en relaciones de poder y dominación. Para él, esta hegemonía explica la existencia de un consenso o predominio en el campo intelectual y moral del ideal de normalidad que se impone día a día en los cuerpos Sordos. Al inicio de esta introducción, comencé describiendo las experiencias que hoy me permiten posicionarme frente al tema diciendo “me propuse –sin querer –”, refiriéndome precisamente a esas presiones externas normalizadoras que lograron moldear incluso mis voluntades.

Los implantes cocleares serían ejemplo del poder que tiene los discursos médicos para controlar los sentidos o significados de la sordera, así como los cuerpos que la encarnan. Se toma como referencia este ejemplo porque, mientras para los colectivos Sordos esta práctica representa una violación de la ética médica al vulnerar derechos y encubrir los riesgos que conlleva, los medios la celebran como la mejor opción posible y casi como una cura milagrosa a esta *enfermedad*.

En un ejercicio de archivo histórico, este académico Sordo rastrea el surgimiento del cientismo, los discursos médicos/oralistas y su impacto en los cuerpos sordos en el siglo XIX:

“En la cúspide de la fama de la escuela de París, comenzaron dentro de sus muros los primeros intentos conocidos por buscar sistemáticamente una cura para la sordera, a cargo del médico de la escuela, Itard. Luego de aplicar electricidad a los oídos de los niños, Itard probó después con la introducción de gusanos que extraen sangre, y siguió con la perforación de los tímpanos (uno de los niños murió a causa de esta última intervención). Su próximo paso fue más radical. Insertó una sonda en el conducto de Eustaquio e intentó extraer el sospechoso (e hipotético) ‘excremento linfático’. Esto fue aplicado a ciento veinte estudiantes, casi cada uno de los estudiantes del colegio [...] Itard todavía no estaba satisfecho, uno de los últimos intentos implicaba fracturar el cráneo de estos estudiantes, golpeando con un martillo el área justo detrás de la oreja” (Ladd, 2011, p. 121).

Con este fragmento ejemplifica que, durante siglos de *hegemonía oyente*, a pesar de los fracasos de la medicina para curar la sordera, la ciencia se ha posicionado como punto de referencia para justificar la sordera como enfermedad, y el audismo como rasgo de superioridad, y por tanto la dominación médica como única vía efectiva para rehabilitar estos cuerpos. Hoy en día los colectivos Sordos han empezado a introducir debates cada vez más fuertes sobre un posible resurgimiento de una eugenesia liberal que puede rastrearse a estos discursos predominantes médicos. La llaman eugenesia, porque si bien no mata sistemáticamente, sí evita que nazcan las personas consideradas “indeseables” con la ingeniería genética, e infunde a los padres –aludiendo al anhelo de un futuro prometedor para sus hijos – miedo a las características de las personas Sordas. Pero ¿se puede pretender curar algo que estas personas viven y sienten como cultura? Esta denuncia, recurre a la idea de hegemonía para mostrar la magnitud y el poder de estos discursos científicos que rápidamente ganan legitimidad. El filósofo bioético Peter Singer (2002), si bien habla por fuera de este colectivo, recoge en uno de sus textos esta discusión a partir de argumentos en pro y en contra

del *supermercado genético* con el fin de dejar abierta la pregunta: ¿Estamos eliminando una cultura cuando tratamos de evitar que nazcan niños sordos? ¿las vidas diferentes valen menos que las vidas ‘normales’?

Considero pertinente mencionar que, planteado este debate surgen preguntas por los futuros imaginados por estas minorías. Pareciera, según ilustra Ladd (2011), que los grupos mayoritarios como los Oyentes, no disponen como prioridad el pensar o preocuparse por su futuro cultural. Las minorías, como los Sordos, por el contrario destinan gran parte de su actividad colectiva a proponer fines políticos que les permitan imaginar futuros alternativos. La hegemonía, que construye legitimidad sobre los discursos de rehabilitación médica, pone en riesgo la existencia misma de su grupo comunitario y los sentidos de cultura que ahí se comparten, y hacen que pensar futuros alternativos sea una necesidad más que un pasatiempo. Esa amenaza ha tomado diferentes tintes en los diferentes periodos históricos, pero continúa siendo una preocupación. Se hizo palpable durante la segunda guerra mundial cuando se asesinaron sistemáticamente a personas con discapacidad. Volvió a ocurrir en el siglo XX con la esterilización de estas personas sin su consentimiento. Y hoy genera ansiedad que los avances científicos en medicina e ingeniería genética estén volviendo borrosas las fronteras éticas con relación a la eugenesia y el ideal de mejoramiento de la humanidad venidera.

Cambio cultural y recontextualización: Otro posible acercamiento propuesto por Paddy Ladd (2011) para entender la llamada Cultura Sorda, es desde los Estudios Culturales. En la década de los sesenta, Stuart Hall propuso una teoría de la recontextualización para pensar la cultura viva, dinámica y en constante movimiento. En el marco de esta teoría, Bohannan (1995), un antropólogo estadounidense, propuso en los años noventa adaptar este postulado de Hall a la realidad de la población Sorda para comprender lo que él llamó una teoría dinámica de la Cultura Sorda. Retomo este postulado porque permite explorar las transformaciones culturales de las comunidades Sordas como insertadas en una dimensión temporal determinada. Periodo histórico en el cual podrían identificarse, en el marco de la recontextualización, estrategias a las que recurren grupos subalternos para adaptarse a formas culturales mayoritarias sin perder su identidad o aquello que los diferencia.

Estos cambios no son visibles en un periodo corto, sin embargo, Paddy Ladd (2011) expone registros históricos de las comunidades Sordas de diversos países para rastrear cómo era el

estatus de estas personas en diferentes épocas, y qué discursos rodeaban su condición audiológica. Quisiera retomar tres de estos momentos. El primero toma lugar durante el Renacimiento, en el cual el estatus de las personas sordas cobró fuerza por los bailes de máscaras y su rol exponencial en las formas artísticas. Eran reconocidos artistas, pintores, escritores de teatro, poetas, escultores y exponentes de formas de arte y representación visual en Italia, Francia y España. Varios de estos artistas sordos fueron reconocidos por pintar los aposentos de tres Papas y ser compañeros de estudio de Da Vinci y Rafael Sanzio. Uno de los artistas más reconocidos de la época de los que hoy se tiene registro es Juan Navarrete, un pintor Sordo de la Corte del Rey Felipe de España. Como muestra Ladd,

“los artistas Sordos jugaron un rol central en la comunidad Sorda, y formularon una política cultural para la lengua de señas y para el arte. Los sordos usaban el cachet del arte de calidad para resistirse a ser categorizados como primitivos y como un medio para demostrar sus capacidades intelectuales” (Mirzoeff, 1995, p.3 citado por Ladd, 2011, p. 102).

No se trata entonces de individuos atomizados, sino de colectivos Sordos –principalmente en la nobleza- organizados y posicionados de tal forma que eran quienes guardaban conocimientos de mitología e historia, al tiempo que lograban incidir en las decisiones políticas sobre arte.

El segundo momento toma lugar en la Ilustración. Durante los siglos que la comprenden, el saber médico y el conocimiento científico empezó a tomar fuerza. Así, las premisas del progreso del espíritu humano se tomaron los discursos de la época y con ellos los modelos de educación para la población Sorda. El habla, la enseñanza y prevalencia de la misma en estas personas, empezó a considerarse como necesario para llevar a estos seres humanos a un estado de plenitud. Esta transformación estuvo argumentada por una metáfora que equiparó a las personas sordas señantes con los pueblos originarios de territorios colonizados que se comunicaban con gestos. Ambos considerados salvajes y poco inteligentes por su incapacidad de hablar lenguas europeas (Ladd, 2011, p. 111). A pesar de esto, se pueden rastrear interacciones Sordo-oyentes para la organización política de la clase obrera durante la Revolución Francesa, en especial con la escritura de panfletos políticos.

Termino con un tercer momento de contraste ubicado en la Corte Otomana. En Turquía, durante el siglo XV al XX, las lenguas de señas se volvieron un símbolo de prestigio y de

gran valor, pues se creía que era capaz de expresar ideas mucho más complejas que la lengua hablada y de forma secreta. Por esta razón los Sultanes eran educados desde temprana edad en esta lengua, que les otorgaba la posibilidad de comunicar información confidencial en las cortes de forma digna y profunda. Paddy Ladd (2011, p. 103) llama la atención sobre cómo estas prácticas Sordas en Medio Oriente muestran un fuerte contraste con los discursos científicos de Europa Occidental, en las cuales las posibilidades de dar educación no-rehabilitadora a esta población se reducía con el fortalecimiento de la medicina. Durante el tiempo de la existencia de la Corte, el rol que ocupó esta comunidad fue tan importante que fue institucionalizada en cargos dentro de esta y se crearon barrios exclusivos Sordos a su alrededor cuya tarea en comunidad era transmitir y preservar el sistema de señas de la Corte en el tiempo.

Estos momentos históricos lo que posibilitan es mostrar que el rol, el estatus, la forma en que se ha construido a la persona sorda como diferente, y las intervenciones en sus cuerpos ha cambiado a lo largo de la historia. Cada periodo y cada cambio de discurso, muestra una transformación en la forma en la cual esta minoría se adapta al discurso de la mayoría al tiempo que resiste a partir de su diferencia misma. Si bien esta investigación no se extiende en un análisis histórico, reconocer estos momentos de contraste y adaptación, es un punto de partida para el tema que se abordará en el capítulo 4.

Contextos nacionales y esencialismo estratégico: en esta sección es necesario empezar diciendo que la reflexión sobre la sordera como generadora de procesos comunitarios, debe articularse a su vez con las discusiones que critican la idea de discapacidad como una categoría desligada del contexto nacional y del rol de ciudadanía. Hasta ahora los estudios sobre este tema han dejado por fuera de foco que estas personas son también sujetos políticos que articulan movimientos sociales, que son “poseedores de sexualidad, religión, etnia, clase social, edad, género y [son] actores/productores de narrativas propias”(Almeida et al., 2000, p. 9). En este sentido, la sordera y la Sordedad deben ser también abordadas desde una dimensión nacional en la cual se lea su lengua, y las interacciones producto de esta, como inmersos dentro de contextos culturales, históricos e incluso ideológicos.

En este sentido, el trabajo de Hoffman-Dilloway (2010) es un muy buen ejemplo para mostrar que, en el contexto de Nepal, la experiencia individual y colectiva de la sordera ha estado

atravesada por discursos nacionalistas y políticas etnolingüísticas. Lo primero con relación a la escuela como lugar de socialización primaria de las personas Sordas. El segundo, porque a través de estas políticas pueden aspirar a obtener reconocimiento o poder político-social tomando como base una “lengua materna” diferente que cumpliría el rol de frontera étnica, cosa que no podrían argumentar desde un paradigma religioso que interpretara su sordera como karma. Esto, además, permite adelantar una reflexión sobre las estrategias para negociar estos discursos de cultura Sorda con la categoría de discapacidad en diferentes escenarios como, por ejemplo, las acciones afirmativas del Estado.

Esta antropóloga, proporciona una base para la reflexión sobre los contextos nacionales en los que se vive la Sordera, que pasa por la pregunta por la relación entre la construcción de etnicidad y del estado, donde ambas ideologías trabajan por generar categorías de sí mismo y de otro dentro de la política (Hoffmann-Dilloway, 2010, p. 424). Además, al explicar la percepción de la sordera como resultado de un karma dentro del contexto religioso, muestra también la sordera entendida como un fenómeno de las castas bajas donde son relegadas estas personas, asociadas a menudo con contaminación y castigo (Hoffmann-Dilloway, 2010, p. 427). Lo anterior permite empezar una reflexión sobre cuál podría ser la relación entre sordera y clase social en Colombia, en qué sectores de la población se concentra la sordera y cómo podría relacionarse esto -o no- a creencias religiosas, o incluso con una construcción estructural de vulnerabilidad, que reduce la posibilidad de adquirir tratamientos médicos o quirúrgicos para prevenirla o curarla.

Ahora bien, estos apuntes sobre la importancia de leer los contextos nacionales pueden articularse con el concepto de ‘esencialismo estratégico’ propuesto por Gayatri Spivak (1988). Al hablar de Cultura Sorda puede proyectarse erróneamente una imagen de homogeneidad, cayendo de nuevo en una idea de esencialismo que ya ha sido criticada por los estudios poscoloniales. Sin embargo, el concepto propuesto por Spivak, que se refiere a la estrategia empleada por grupos minoritarios al momento de movilizarse y narrarse a sí mismos desde una posición esencialista con fines políticos, abre la posibilidad de cuestionar por qué las comunidades Sordas usan ese término, en qué espacios lo abanderan, por qué lo hacen y con quién pretenden dialogar a través del mismo. Los contextos nacionales

proveerían entonces el marco dentro del cual las comunidades Sordas deben entablar ese diálogo.

Un ejemplo en el cual se puede ver esta articulación analítica es en la contrastación entre los movimientos Sordos norteamericanos y latinoamericanos. El primero empezó a tomar fuerza pocos años después de los movimientos afroamericano y LGBTI. En ese contexto nacional, la creciente lucha por los derechos civiles abrió las puertas para que otras minorías, como la Sorda, empezara movilizarse bajo consignas y lemas similares -Gay Pride, Deaf Pride, Black Power, Deaf Power- (Berbrier, 2002). Aquí en América Latina, el discurso de reivindicación de derechos se encontró un panorama en el cual la multiculturalidad estaba ganando protagonismo en la esfera política. En este sentido, podría indagarse cómo estos contextos nacionales dan luces para comprender por qué estas comunidades Sordas piden derechos a partir de la defensa de sus características culturales. Preguntas como estas fueron las que impulsaron la escritura del capítulo 4 que pretende abordar las estrategias de luchas políticas de las cuales han sido parte algunos miembros de Asorcali.

Diseño Metodológico

Esta investigación de corte etnográfico se realizó durante 18 meses (entre marzo de 2018 y septiembre de 2019) a partir de visitas a lugares de encuentro de personas que se reconocen como parte de la comunidad Sorda en Cali, como son la Sala consentidos de la Biblioteca Comfandi y Asorcali. En estas, la observación participante fue central para identificar aquellas prácticas que permiten la reproducción de formas particulares de ver y experimentar el mundo desde la sordera sentida como característica cultural o comunitaria. Esta herramienta metodológica permite “detectar las situaciones en que se expresan y generan los universos culturales y sociales en su compleja articulación y variedad” (Guber, 2011, p. 52). Como estrategia metodológica, tomé la decisión de aprender señas durante ese tiempo de inmersión en campo -y no a través de cursos- para acercarme más al proceso de socialización que ahí ocurre, pues como bien me enseñaron, “una cultura se aprende viviéndola” (Guber, 2011, p. 55). Al presentarme como persona *hipoacúsica* que apenas está emprendiendo esta travesía de comprenderse como Sorda, y no sólo como antropóloga/socióloga, tuve la oportunidad de entablar vínculos con quienes me conocieron. Vínculos que no se limitaron

al rol de informante-investigadora, sino entre personas que han tenido experiencias similares. Esto me permitió ampliar y diversificar mi participación y rol en las actividades que ahí se realizaban, aprendiendo -no sólo desde testimonios de otros sino también desde mi propia experiencia- qué implicaba ser Sorda.

Este posicionamiento, que expone parte de mi vida personal además de profesional, ayudó a su vez a apaciguar las preocupaciones que diferentes miembros de la comunidad tenían frente a la posición desde la cuál yo iba a hablar. Uno de los líderes juveniles en una ocasión expresó: “los oyentes desconocen el contexto histórico y cultural nuestro, entonces vienen a apropiarse nuestra riqueza cultural y luego la implementan en sus tesis sin nuestra aprobación, y no estamos de acuerdo con lo que ellos plasman” (Javier, comunicación personal, 29 de septiembre de 2018). Parte del compromiso ético que hice con quienes me ayudaron en la investigación, fue permitirles leer y comentar estos capítulos antes de ser mostrados a más lectores. Esta decisión apunta a volver esta investigación un trabajo de un corte más colaborativo que extractivista, al estar abierta al diálogo y a las opiniones de quienes aparecen retratados en estas páginas.

Otro componente importante del diseño metodológico fueron las entrevistas a profundidad semiestructuradas que realicé a 4 personas Sordas. Los perfiles los seleccioné buscando diversidad en la muestra con relación a género, edad y rol dentro de la comunidad. Con cada una de estas personas entrevistadas socialicé el consentimiento informado y acordamos el uso de un seudónimo -elegido por cada uno- para preservar su identidad y comodidad. Es importante aclarar que tomé la decisión de preservar sus señas propias porque considero que son parte central de su identidad como persona Sorda. Estas señas pueden no ser relevantes en un contexto oyente, pero sí son un marcador importante dentro de este grupo y es aquello por lo cual se reconoce a la persona como miembro del mismo. Recuerdo que en ocasiones preguntaba por alguien letreando su nombre -el nombre oyente, las letras o palabras- y no sabían de quién estaba hablando hasta que hacía su seña. Lo que identifica a la persona en este contexto es la seña que se ha sido otorgada por los demás miembros. Siendo así, sentí que obviar la seña era dejar de lado una pequeña parte de ellos que ha sido construida en grupo y que los hace únicos: porque pueden existir miles de “Ana”, pero sólo una con mi seña. Enfrentada a esto en el capítulo que habla sobre sus historias de vida, con el reto de

preservar su anonimato oyente al tiempo que respeto su identidad Sorda, decidí realizar dibujos retratando cada una de sus señas-nombre realizadas por mí, en mi cuerpo. Así, la seña se muestra y sus nombres y rostros se mantienen anónimos.

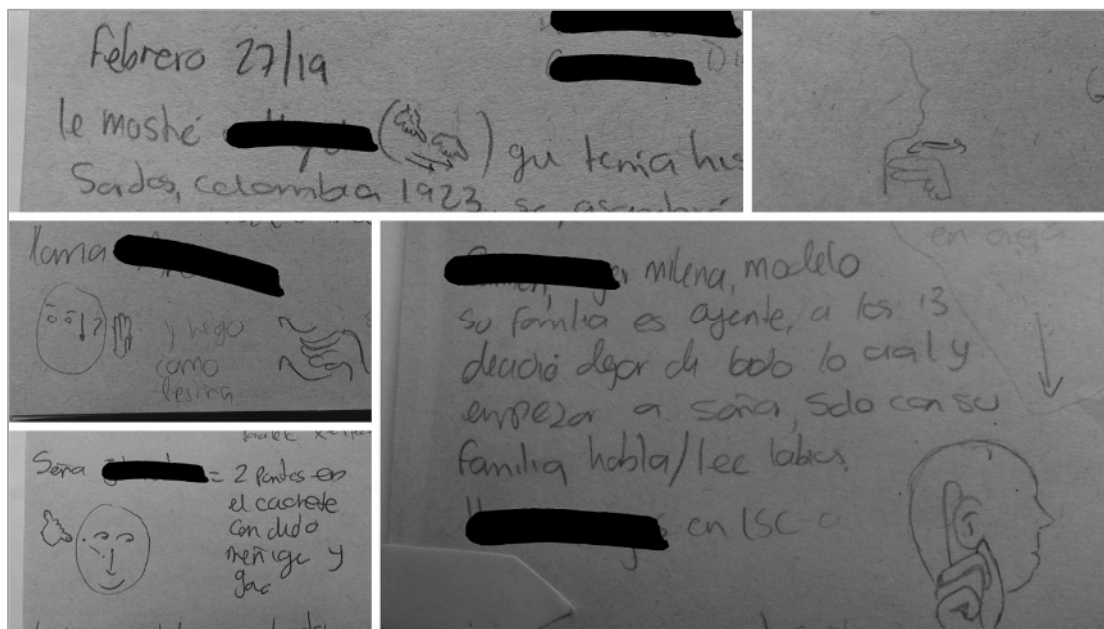


Ilustración 1. Conjunto de fotografías a mi diario de campo que muestra el registro de los nombres Sordos de quienes conocí.

Ahora bien, al realizar las entrevistas vi la necesidad de contar con una intérprete de señas que me apoyara en la fluidez de la entrevista. No puedo desconocer que llevo poco tiempo aprendiendo señas y mi vocabulario no alcanza a equipararse a la profundidad que he logrado de forma oral/oyente con los años de formación profesional. Si bien soy capaz de comprender lo que se está diciendo, me cuesta trabajo pasar mis pensamientos a señas con la suficiente fluidez o rapidez para mantener el ritmo de la conversación al tiempo que problematizo la información recibida. Aun así, tenía patinando en mi cabeza lo que alguna vez leí de Clifford Geertz: este trabajo ya no sería sólo interpretaciones elaboradas sobre interpretaciones de otras personas de su realidad, sino que estaría mediada también por las interpretaciones del intérprete de señas (valga la redundancia). Por lo anterior, decidí empezar a anotar durante la entrevista las señas que se escapaban en la traducción, las diferencias que sentía entre lo señado y lo interpretado. Estos apuntes, que dan cuenta de una reflexión sobre cómo se registra y qué se transcribe (Bucholtz, 2000), se daban por ejemplo cuando señas representan una situación de forma metafórica que no queda subsumida en las palabras con las que eran

interpretadas, o cuando la seña sí correspondía a la palabra interpretada, pero esta no reflejaba el componente espacial con la que se hizo. Cuando digo componente espacial me refiero a la forma en que se representa a los adjetivos en las señas, pues no son una seña aparte (como en el español escrito) sino que se hace en la misma seña.



Ilustración 2. Dibujo propio que ejemplifica cómo el componente espacial de la seña da cuenta a su vez de su adjetivo. Ambos son la seña “casa”, pero la primera hace referencia a “casa pequeña” y la segunda a “casa grande”.

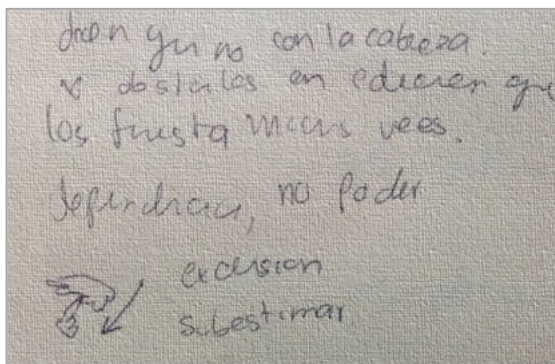


Ilustración 3. Fotografía de mi diario de campo que muestran que el registro durante una entrevista no era únicamente escrito y grabado en voz, sino también dibujando y describiendo componentes corporales.

Esta reflexión anterior se ve reflejada también a lo largo de los capítulos, dando cuenta así de unas políticas de las transcripciones que he decidido hacer consciente (Bucholtz, 2000). Las transcripciones que realicé de las entrevistas no son tal cual pasaron, no son una representación transparente de ese encuentro sino una interpretación de lo ocurrido. Creo correcto reconocer que estas se realizaron en señas y el formato de escritura requiere una adaptación al español que no abarca por completo la escena. Por esta razón, en algunos casos usted encontrará notas al pie en las cuales hago un esfuerzo por mostrar un espectro de lo que pudo haber pasado ahí, la seña que tuve que pensar cómo interpretar y las razones por las cuales decidí traducirlo a una determinada palabra en español. Porque también quiero hacer consciente en los lectores que hay muchas cosas más que suceden en la conversación en señas que se escapan en el registro, pero que hace parte del sentido de lo que se habla, pasando por los gestos faciales, los sonidos guturales, o incluso el uso del espacio usado al señar. Para dar cuenta también de esto, y teniendo en cuenta que no todos mis lectores están familiarizados con el tema, decidí realizar dibujos a partir de composiciones fotográficas de actividades de lo que ocurría cuando se reunían en comunidad.

En este sentido, las grandes discusiones y decisiones que acompañaron el diseño metodológico a lo largo de la investigación giraron en torno al uso de un servicio de interpretación en señas, en las formas de registrar los datos que se ven reflejado posteriormente en unas políticas de la transcripción, en el dibujo como herramienta metodológica, y las estrategias para garantizar el anonimato sin excluir el nombre Sordo que refleja una identidad construida colectivamente. Como respuesta a la decisión de contar con un intérprete, fue que me planteé una forma de escritura en el texto que me permitiera dar cuenta del proceso y la toma de decisión detrás de cada una de las entrevistas realizadas y transcritas. Las notas al pie, entonces, resultaron de dibujos anotados que mediaron entre eso que el intérprete dijo y lo que yo veo corporalmente que dice la persona pero que no queda subsumido a la verbalidad interpretada. Estas notas insertadas en el texto, que muestran un proceso de escritura que en términos éticos me parece importante dejar en evidencia: la toma de decisión de la palabra verbal que le va a dar traducción a la dimensión corporal de lo señalado.

Siendo así, el dibujo fue otra herramienta metodológica central a lo largo de la investigación para dar cuenta de esa dimensión corporal que difícilmente puede traducirse a letras. Fue útil, además, para ayudarme en un primer momento a reconocer en esos cuerpos los movimientos que tanto me costaron aprender para señar de forma coherente. Y finalmente, fue esencial para mostrar las personas, interacciones y nombres Sordos que hacían parte de esta investigación respetando el principio de anonimato de sus rostros y nombres oyentes.

Estructura de la investigación

Esta investigación situada en Cali tiene como objetivo dar cuenta de aquellas dinámicas sociales que permiten o no la producción de un sentido de pertenencia a un grupo cuyos participantes denominan “Comunidad y Cultura Sorda”. Tomando como base los objetivos específicos que estructuran esta investigación, he decidido organizar los hallazgos en cuatro capítulos. El primero, titulado “un islote de señas en un mar oyente: la biblioteca como catalizador”, tiene el propósito de situar el problema de investigación. En este, expongo datos cuantitativos para construir un panorama general de la población s/Sorda en alrededor de una

experiencia etnográfica particular, al tiempo que invito al lector a problematizar la sordera como desigualdad y no sólo como diferencia.

Una vez situado el problema de investigación en un contexto amplio, y expuesto la estructura de oportunidades que existe en el mismo, propongo en el capítulo II “una aproximación desde lentes Sordos: cómo se construye comunidad en la cotidianidad”, indagar cómo se posicionan socialmente los espacios en los cuales se vive y se entiende la sordera como Sordedad. Con la intención de dar respuesta al objetivo que se propone identificar las prácticas que permiten la reproducción de formas particulares de vivir esta condición, este capítulo recoge prácticas, interacciones, roles, normas, formas de tenencia de la membresía y las jerarquías que se forman dentro de este *campo*.

En el tercer capítulo, titulado “«Nuestros padres son oyentes, pero nosotros somos Sordos»: trayectorias de vida que desembocan en la Sordedad”, está dedicado a las historias que conforman y dan matices a las trayectorias vitales de quienes entrevisté. Esta sección nace en un intento por recoger experiencias del proceso mediante el cual estas personas llegan a reconocerse como Sordas. Por esta razón, da respuesta al objetivo que se propone explorar la construcción de sentido de la Sordera, tanto en el plano individual como en el sentir colectivo.

El último capítulo, que antecede las conclusiones generales de la investigación, se titula “identidades que trascienden a un escenario político”. En este, y con la intención de abordar el último objetivo de revisar procesos de acciones colectivas, problematizo la noción de identidad a la luz de las formas de reivindicación de derechos que han surgido en torno a la sordera significada como característica cultural minoritaria.

Capítulo I

Un islote de señas en un mar oyente: La Biblioteca como catalizador

“Ante todo, el gym, aísla de la calle y desempeña la función de escudo contra la inseguridad del gueto y las presiones de la vida cotidiana. A modo de santuario, ofrece un espacio protegido, cerrado, reservado”

(Wacquant, 2006, p. 30)

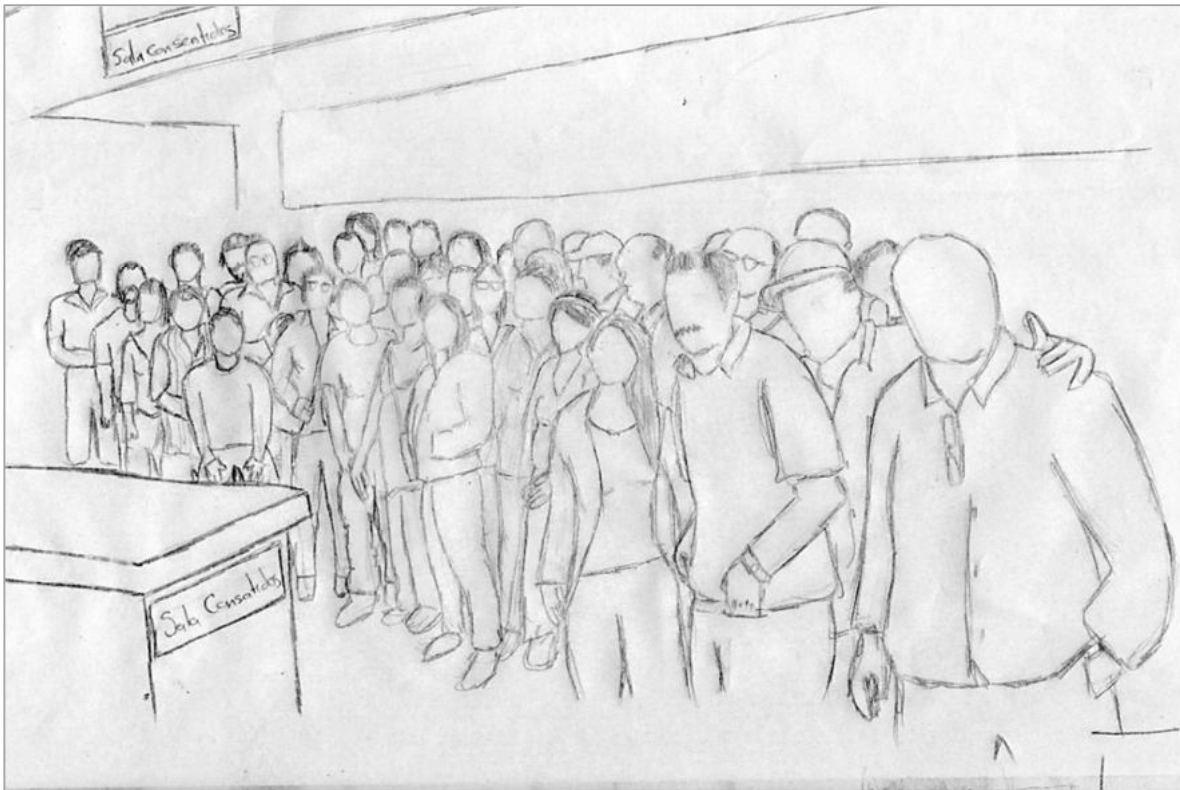


Ilustración 4. Dibujo de las personas Sordas congregadas en la Biblioteca el viernes 20 de septiembre de 2019. Se toma como base una fotografía tomada ese día por 'Millie' titulada "Comunidad Sorda de Cali".

Al final de cada semana la “Sala Consentidos” de la Biblioteca Comfandi, en el centro de Cali, reúne alrededor de 30 personas Sordas³. A primera vista, las características físicas de este espacio no parecían poder explicar la concurrencia. Esta sala, bordeada por escritorios individuales, no tiene más cosas materiales para ofrecer que algunos computadores y sillas. Los libros, títeres, tabletas, periódicos y cómics se encuentran al otro lado de las estanterías que delimitan lo que a ojo son unos 18 metros cuadrados que conforman esta sala de la que pocas veces salen. ¿Qué hace que estas personas vengan a esta parte de la Biblioteca? ¿Qué los hace estar dispuestos a pasar sus viernes y fines de semana en este espacio?

Como persona del común más que como investigadora, este hecho despertaba mi curiosidad. En mi contexto, no veía muy factible que alguien eligiera pasar su tiempo en una Biblioteca sin que esto se relacionara con actividades lúdicas u obligaciones escolares. Menos aún si era simplemente para hablar o estar juntos, como veía que estas personas hacían. ¿Por qué la Biblioteca? ¿Por qué la Sala Consentidos? Este capítulo busca dar respuesta a estas preguntas que, aunque nacieron lejos de una preocupación rigurosa, permiten dar cuenta del papel que juega este espacio para un grupo de personas sordas en Cali. No podría iniciar una inmersión en la construcción de sentido, sin antes reconocer el contexto en el cual están sumidos sus miembros y las experiencias comunes que el espacio y sus prácticas imprimen en las vidas de quienes conforman hoy el colectivo.

En este capítulo argumentaré, que la Biblioteca lejos de ser un simple espacio físico, se ha convertido a través interacciones grupales en un lugar de sentido y encuentro para sus integrantes. En oposición al mundo oyente de afuera, en oposición a las calles, casas, colegios o trabajos, en este espacio resignificado como *campo*, sus corporalidades no son vistas como una discapacidad estorbosa. Por el contrario, este lugar constituye una pequeña isla de escape

³ Si tuviera que hacer una caracterización, diría que entre estas personas, las mujeres suelen ser un poco más de la mitad. En días concurridos he llegado a contar más de quince mujeres. También sobresalen las personas de la tercera edad, de las cuales he visto entre cinco y siete. Los jóvenes veinteañeros, aunque no suelen ir con misma rigurosidad que el resto, pueden sumar entre ocho y doce. Entre las personas reunidas, también he visto unas 7 afrocolombianas. E incluso se pueden distinguir a otras 6 que abiertamente se reconocen como parte de la comunidad LGBTI.

para refugiarse, para escudarse de esa cruda realidad llena de obstáculos y prejuicios. Es un espacio, físico y social, para existir por un rato sin ser menos, sin estar solos, sin ser quienes deben esforzarse por encajar en “lo normal”. En palabras de Raúl, una persona Sorda que trabaja en esta Biblioteca como promotor, este es un espacio de encuentro, un espacio para estar en comunidad y aprender juntos⁴. Podría considerarse incluso como una escuela de moralidad en el sentido de Durkheim (1925), porque genera vínculos dentro del grupo, promueve la autonomía al invitar a deconstruir ese imaginario del discapacitado como incapaz, y enseña a respetar las diferentes corporalidades, trayectorias de vida y formas de vivir la sordera.

Además, la necesidad o el deseo que tienen estas personas Sordas por participar en la Biblioteca sólo cobra sentido si se tiene en cuenta, como lo hace Wacquant para el grupo de pugilistas de su estudio tras las cuerdas, “la estructura de las oportunidades que se dan en el sistema local” (Wacquant, 2006, p. 33). Es decir que, el papel que cumple este lugar, así como las posibilidades que ofrece, puede entenderse si se tiene en cuenta para este grupo qué posibilidades hay de reproducción y movilidad social en términos -por ejemplo- de trabajo o educación, en un contexto en el cual su diferencia es leída como discapacidad. Siendo así, en este primer capítulo pretendo situar el problema de investigación al traer a colación algunos datos estadísticos que me permitan construir un panorama general a partir de una experiencia etnográfica particular en la Biblioteca. Este no es un intento riguroso de caracterizar la situación socioeconómica de la población Sorda de Cali-Colombia. Mi intención es llevar al lector a problematizar la sordera como un fenómeno que está atravesado por la desigualdad, y no únicamente por la diferencia.

Antes de esto, quiero introducir una entrada de mi diario de campo que corresponde a la primera visita a la Biblioteca. Esta viñeta, si bien no se plantea las preguntas con las que abro este capítulo, muestra la primera sensación de contraste que me generó la Biblioteca tanto en términos físicos como sociales. Fue un momento etnográfico que detonó preguntas situadas dentro de una ciudad específica.

⁴ Raúl, una persona sordociega, trabaja para la Biblioteca Comfandi como promotor de cultura realizando talleres varios (por ejemplo: proyecto de vida, cómo reciclar, qué se conmemora el 20 de julio, etc.) en la Sala Consentidos. Las poblaciones con las que trabaja son Sordas y Sordociegas.

Entrada al diario de campo:

Sábado, marzo 24 de 2018

Anoche, después de colarme en un curso de lengua de señas en Univalle, pude conseguir el contacto de quien podría ser el enlace clave para conocer personas Sordas. El profesor Raúl, presidente de la Asociación de Sordos de Cali, se ofreció a ayudarme. Según me dijo, a nivel de dinámicas comunitarias hay varios espacios de encuentro. Uno de ellos es la Biblioteca Comfandi, específicamente la “Sala Consentidos”. Hoy fui a visitarla sin saber muy bien con qué me encontraría. Sin saber muy bien cómo haría para desenvolverme en lo que sería una de las primeras veces que estaría con más personas s/Sordas.

Como de costumbre, avisé a mis padres dónde iba y con quién me vería. Su respuesta fue una lista de recomendaciones para velar por mi seguridad. La Biblioteca, no muy lejos de la gobernación, está ubicada en un sitio cercano a “la olla” de Cali, la parte del centro que aún no han embellecido. La plaza y los andenes son espacios concurridos por personas en situación de calle. No dar papaya fue la principal recomendación. Vestida lo más sencilla posible y sólo con una agenda y un lapicero en la mochila, salí a coger el Mío mientras repetía el decálogo de seguridad que me fue encomendado: (1) no caminar por donde está solo, (2) avisar cuando llegue y salga, (3) informar dónde estoy, (4) no sacar el celular en la calle, (5) no poner cara de perdida incluso si estoy perdida, (6) buscar refugio si siento que alguien me sigue, (7) no subir sola a un pirata, (8) no hablar con extraños en la calle, (9) no esperar el mío en un lugar sólo y (10) no dejarme coger la noche por allá.

El primer bus del Mío me dejó en la Estación San Bosco. Crucé la opaca y concurrida plataforma para salir a esperar el alimentador que se adentraba en el centro de la ciudad. Era medio día y el murmullo de la calle era ensordecedor. Bajo el picante sol las palomas revoloteaban en busca de maíz mientras varios puestos ambulantes ofrecían con insistencia la piña, el chontaduro, el guarapo, la manga, y la grosella. Sólo los agudos pitos de los buses

al abrir y cerrar las puertas lograban abrirse paso en el murmullo de carros, motos, buses y Mios que componían el paisaje sonoro.

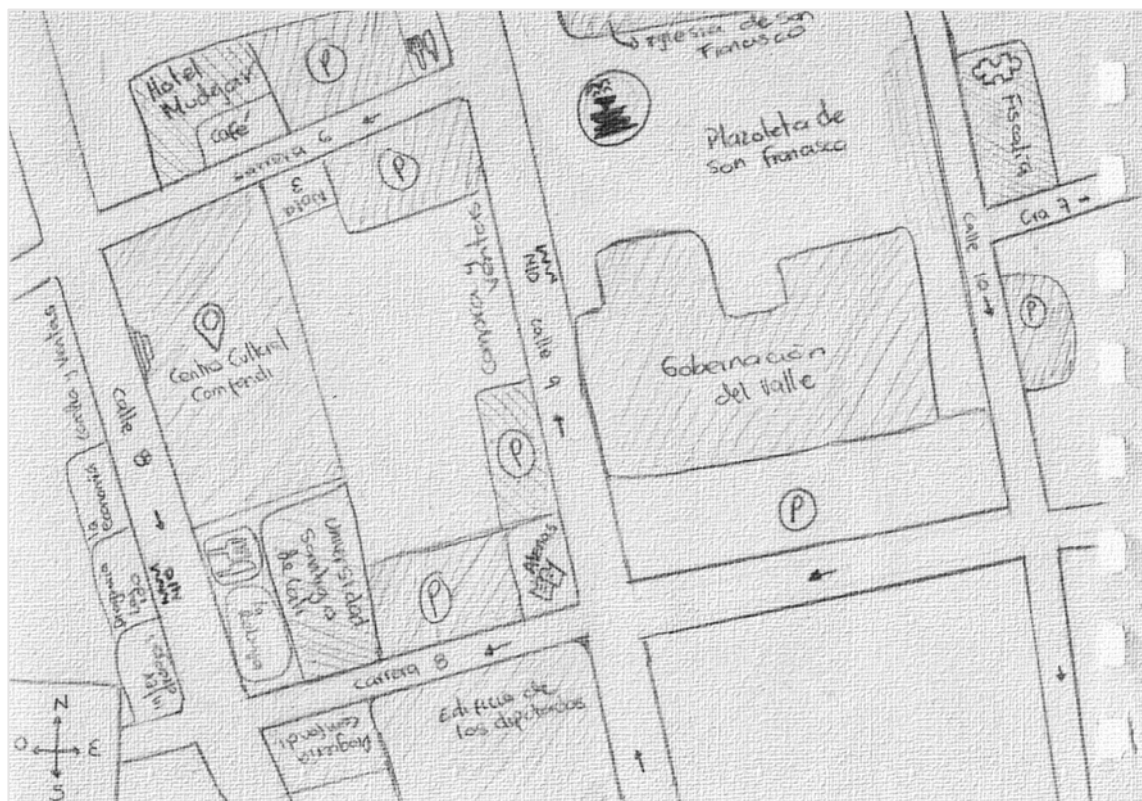


Ilustración 5. mapa propio que muestra la ubicación de la Biblioteca “Centro cultural Comfandi” con relación al centro de Cali.

El alimentador se fue derecho por la novena hasta parar en la gobernación. Durante este recorrido los contrastes se hicieron notar. Las paredes, que parecían no tener dueño, estaban atiborradas de grafitis y panfletos rasgados que cubrían una pintura descarachada y grisácea. A unas tres cuadras de la gobernación los andenes y la calle se hicieron más estrechos. Las viviendas dejaron de ser mayoría y los establecimientos comerciales de toda clase se tomaron el paisaje con pinturas brillantes y puertas sin oxidar. El tráfico empezó a hacerse más denso, carros, motos, piratas y bicicletas competían por meterse en cada espacio libre que veían. Me bajé en la plazoleta de San Francisco y caminé dos cuadras buscando la Biblioteca. Hacia mí venía caminando un joven, flaco y con ropas sucias, que con una mano cargaba un costal y con la otra olía pegante. Aceleré un poco el paso y me refugié en la entrada de la Biblioteca.

Ahí respiré aliviada. El peligro había pasado. Pude detallar con calma lo que me rodeaba. A unos dos metros de mí estaba un grupo de jóvenes conversando. Distinguía sólo sus risas porque en vez de sus labios, eran sus brazos, manos y dedos los que formaban palabras. Una sensación contradictoria me invadió. Sonreí para mis adentros porque supe que estaba en el lugar correcto y el dato de Raúl era acertado. Pero también sentí cómo se me hundía el estómago en señal de preocupación: no entiendo nada de lo que están diciendo y todavía no sé cómo hacerme entender.

Subí al quinto piso de la Biblioteca para encontrarme con Raúl en la Sala Consentidos. Allí, el calor sofocante de la calle fue reemplazado por un aire acondicionado sin olor a esmog. La luz blanca desplazó el amarillo del sol y el ruido desapareció. Raúl, que señaba con dos mujeres, salió a mi encuentro alzando su mano en señal de saludo. Su efusividad me tomó por sorpresa. En el contexto oyente del que vengo el saludar pasa más por un componente verbal de cordialidad sin hacer mayor énfasis en lo corporal más allá del apretón de manos. “Los sordos siempre nos abrazamos duro” me dijo disculpándose entre risas. Después de contarme en qué consistía su trabajo ahí como promotor de cultura, me presentó a quienes estaban en la sala mientras él interpretaba. La mayoría eran adultos entre los 40 y 60 años. Llamó mi atención que al presentarme con cada uno -como estudiante e hipoacúsica- y explicar que mi intención era empezar a compartir tiempo con la comunidad, su respuesta siempre era cálida. Era una invitación a aprender señas con ellos, a estar en ese lugar en el que ellos podían ser sí mismos y acceder a la información que no encontraban afuera. Es una bienvenida a un proceso de cambio mío también, porque en ese espacio ellos son los normales, yo soy la que rompo la norma por ser oralizada.

Al terminar, Raúl me invitó a participar en la clase de nivel básico de LSC para personas oyentes. Para mi sorpresa, en el gran salón sólo estaban dos jóvenes. Unos minutos más tarde entró un adulto mayor, a quien Raúl presentó como un adulto del sector que por su edad estaba perdiendo la audición y había decidido aprender señas porque “no quería vivir sólo y no poder hablar con más gente”. Habíamos repasado ya los números y los días de la semana, cuando entró una joven sorda acompañada de su madre. Raúl nos contó que ella había quedado sorda en los primeros años de vida y estaba tomando esa clase para aprender señas. En medio de su pelo, se lograba distinguir la forma del implante coclear que le

permitía captar las voces si se le hablaba despacio y de frente. Su voz, aunque lograba articular palabras que su madre adivinaba, era delgada y casi inaudible. La recuerdo porque no habían pasado sino un par de minutos cuando me percaté que esta joven acudía a su madre cada que Raúl le hablaba o preguntaba algo. Se hizo más evidente para mí, cuando él -en medio de un ejercicio para aprender los meses- le pidió que escribiera su fecha de cumpleaños en el tablero, junto con su nombre, para luego practicarlo en señas entre todos. Ella se quedó quieta unos segundos y miró a su madre en busca de respuestas. “Eso tú lo sabes, hija”, le dijo mientras le indicaba con una mano que se parara al tablero. Desde ahí, escribía despacio y con trazos chuecos. Cada letra la confirmaba volviendo la mirada y preguntando “¿sigue la que es como un espiral?”.

Fue sobrecogedor. Yo venía de un entorno en el cual las personas aprendían a leer y escribir desde su infancia, y de no ser así, podían recurrir a su habilidad en el habla para sopesar esa carencia. ¿Cómo se desenvolvía esta joven cuando no tenía de apoyo a su madre? ¿cómo se había comunicado todos estos años sin habla, señas o escritura? ¿cómo había sido su proceso de socialización si en esas pequeñas interacciones se hacían evidentes algunas dificultades para comunicarse incluso con su madre?

Zoom-out: un panorama más amplio de la población s/Sorda.

Retomo la entrada a mi diario de campo porque el caso de esta joven, a quien llamaré Julia, abre la posibilidad de situar las interacciones al interior de la Biblioteca como parte de una realidad municipal y nacional más amplia. ¿Es Julia un caso aislado o por el contrario es una muestra de las condiciones sociales y educativas de la población Sorda? La respuesta a esta pregunta a la luz de datos estadísticos permite analizar en el marco de esa estructura de oportunidades, qué puede ofrecer la Biblioteca como lugar de encuentro de la comunidad Sorda y cómo esto la posiciona –o no- como un islote de refugio. Pues esta experiencia, aunque sea individual, ayuda a pintar un panorama más amplio en el cual están inmersas, pues en términos de Bourdieu, “un caso particular bien construido deja de ser particular, se generaliza”(Bourdieu, 1997, p. 14).

Quiero aclarar que las categorías que hacen parte de estas estadísticas tienen una limitación que debe ser tomada en cuenta. Los instrumentos estadísticos que el DANE utiliza, como por ejemplo en los censos, miden únicamente si existe o no una pérdida de audición para agrupar cierta población en la categoría de “Persona con Discapacidad auditiva”. Hago esta aclaración porque si bien nos permiten tener un panorama general de lo que sucede, no permite discernir entre aquellas personas sin audición que han decidido considerarse Sordas. Tampoco permite diferenciar a aquellas que han sido oralizadas o implantadas, de aquellas que tienen la LSC como primera lengua. Menos aún nos permiten saber, por ejemplo, si el entorno familiar comparte la misma lengua, ni tampoco si la razón de su condición es genética o adquirida por factores externos.

Ahora bien, una de las primeras preguntas que evoca el caso de Julia está relacionada con la educación. Si bien durante el tiempo que hice campo pude registrar cuál era el nivel educativo de quienes iba conociendo (en su mayoría bachilleres), no podía asegurar qué tan representativos eran estos datos con respecto a la media municipal o nacional. Por esa razón, me remití a las estadísticas de discapacidad del DANE para contrastar estos datos con la proporción de personas sordas que han alcanzado niveles educativos básicos, secundarios o superiores. Como se puede observar en el gráfico 1 que hace referencia a la ciudad de Cali, la mayor proporción de personas sordas (44.8%) tienen primaria como último grado cursado, seguida por quienes no han tenido ningún tipo de educación, siendo estas el 33.7%. De primaria en adelante los porcentajes disminuyen más de la mitad hasta reducirse a 0.2% en postgrado.

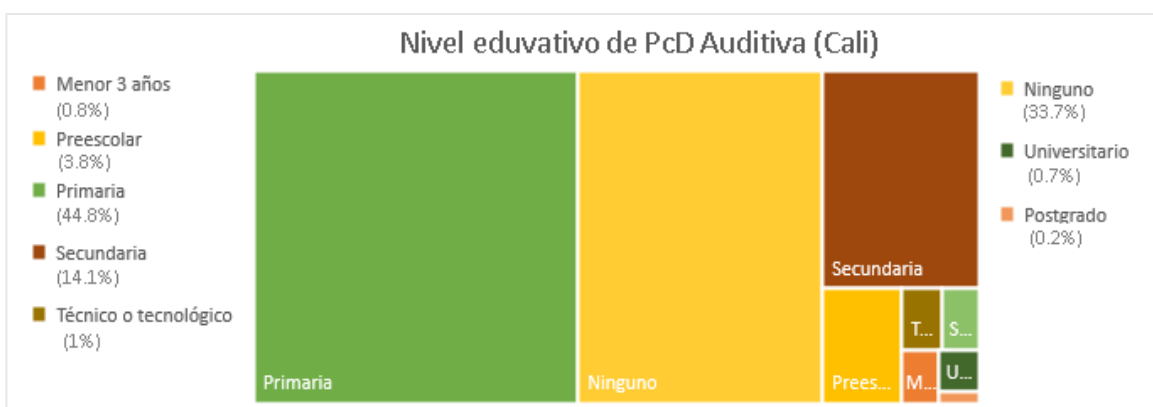


Gráfico 5. Nivel educativo de PcD Auditiva (Cali). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.

Si bien estos datos son específicos de la ciudad de Cali, no presentan diferencias significativas con los datos de esta población a nivel nacional cuya variación respectiva está entre uno y dos puntos porcentuales. Difieren poco, además, con las estadísticas en temas de educación que mide el conglomerado general de todas las personas con discapacidad, pues como el Plan Nacional de Desarrollo expone, “de cada 100 PcD mayores de 24 años, 42 tenían como último nivel aprobado la primaria; 20, la secundaria, y 31 no habían alcanzado ningún nivel educativo; mientras que 32 refirieron no saber leer ni escribir” (Presidencia de la República de Colombia, 2019, p. 995). Tampoco hay que desconocer que el panorama nacional para todas las personas colombianas habla por sí mismo de una diciente restricción estructural de acceso a la educación, en la cual una persona, sin importar si es s/Sorda u oyente, logra en promedio alcanzar únicamente educación básica primaria o secundaria. Sin embargo, esto no impide argumentar que los demás niveles de educación son claramente desiguales para las personas diagnosticadas con algún tipo de sordera.

Algunas situaciones de lectoescritura derivadas de este obstáculo en el acceso a la educación se empezaron a hacer evidentes en mi trabajo de campo durante las primeras semanas. Al inicio, la sola presencia de mi libreta generaba miradas curiosas entre quienes pedían ojear entre sus páginas cubiertas de letras y dibujos. Su presencia, tanto como la mía, tenía un efecto en el campo. Tuvieron que pasar un par de meses para que su presencia se volviera habitual. Lo noté cuando una señora comenzó a guardarme una silla a su lado para que le ayudara a tomar apuntes. Le costaba trabajo distinguir algunas letras, y constantemente me preguntaba cómo se escribían ciertas palabras que en el aire se señaban con rapidez y en qué garabato se debían traducir las letras que formaban unas manos en el aire. Como ella, otras personas empezaron a recurrir a mí para que escribiera la información que se brindaba en los talleres o les dijera en señas lo que ese conjunto de letras escritas significaba, ya fuera sobre decretos relacionados con discapacidad, o sobre recomendaciones para separar residuos en las canecas de colores.

Así como esta mujer, muchas personas -de diferentes edades- se sumaron a la tarea de intentar tomar apuntes de los talleres o charlas con lo poco que sabían de escritura. Esto me hizo preguntar, si esta voluntad existe entonces ¿cuáles son las razones por las cuales estas personas no acceden a una educación secundaria o superior? Dando respuesta desde un foco

más amplio al de la Sala Consentidos y a la sordera, la gráfica 2 organiza las causas registradas por cuales las PcD a nivel nacional no estudian, priorizando de forma descendente aquellas con más frecuencias. De esta manera, a la izquierda se pueden observar los factores con mayor incidencia dentro de esta población, y a la derecha se encuentran aquellas situaciones menos vitales.

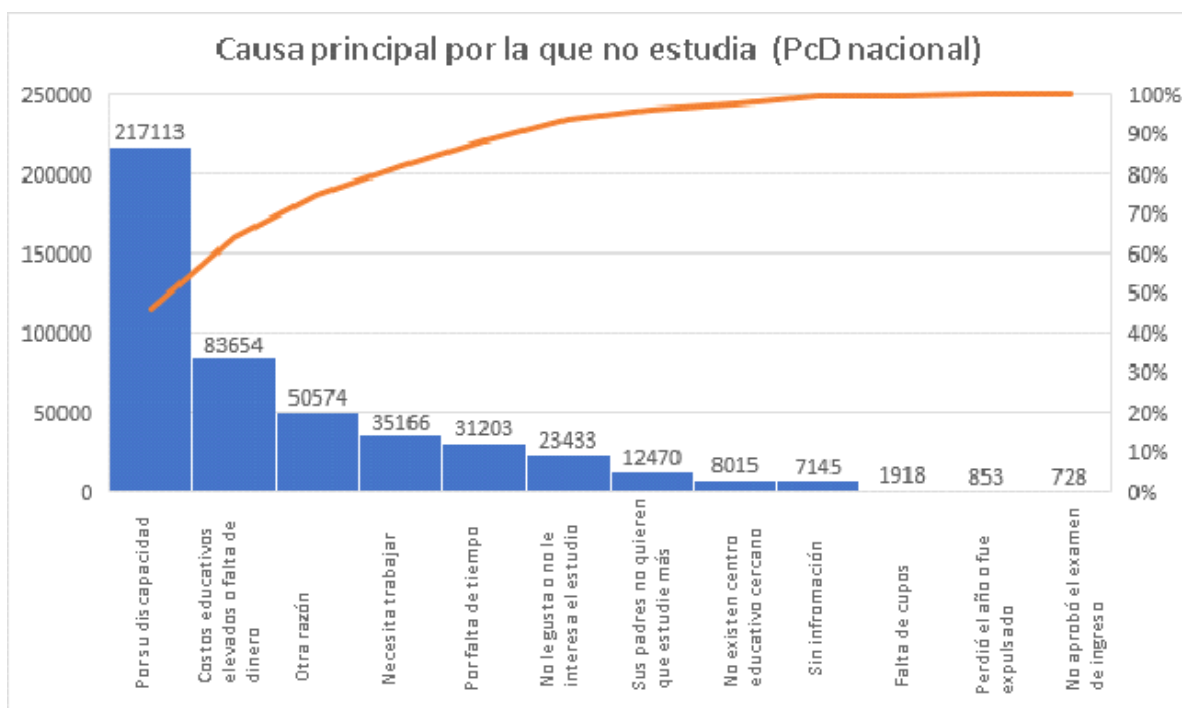


Gráfico 6. Causa principal por la que no estudian (PcD nacional). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.

Llama la atención que las razones con menor frecuencia son aquellas relacionadas con la capacidad cognitiva de la población, como perder un año lectivo o no aprobar los exámenes de ingreso de una institución educativa. Por el contrario, el factor principal por el cual no están o continúan un proceso educativo es su condición de discapacidad *per se*, seguidos por los costos educativos elevados o la falta de dinero.

Si lo que tiene mayor impacto es la condición de discapacidad de la persona, ¿hay alguna diferencia en términos de acceso según el tipo de discapacidad? ¿hay alguna diferencia en términos de acceso y estructura de oportunidades entre las personas s/Sordas y las personas ciegas? La gráfica 3 muestra de forma comparativa el nivel educativo de diferentes categorías de discapacidad. En esta se puede observar que la auditiva presenta unos niveles de

escolaridad más bajos que la discapacidad visual y motora. Para esta población, la única categoría en la cual supera en proporción a las demás, es en los casos donde no se registra ningún nivel educativo cursado. Incluso en secundaria, que tanto a nivel nacional como municipal es uno de los niveles predominante para las PcD auditiva, se puede observar una diferencia de casi 5 puntos porcentuales con respecto a las PcD visual.

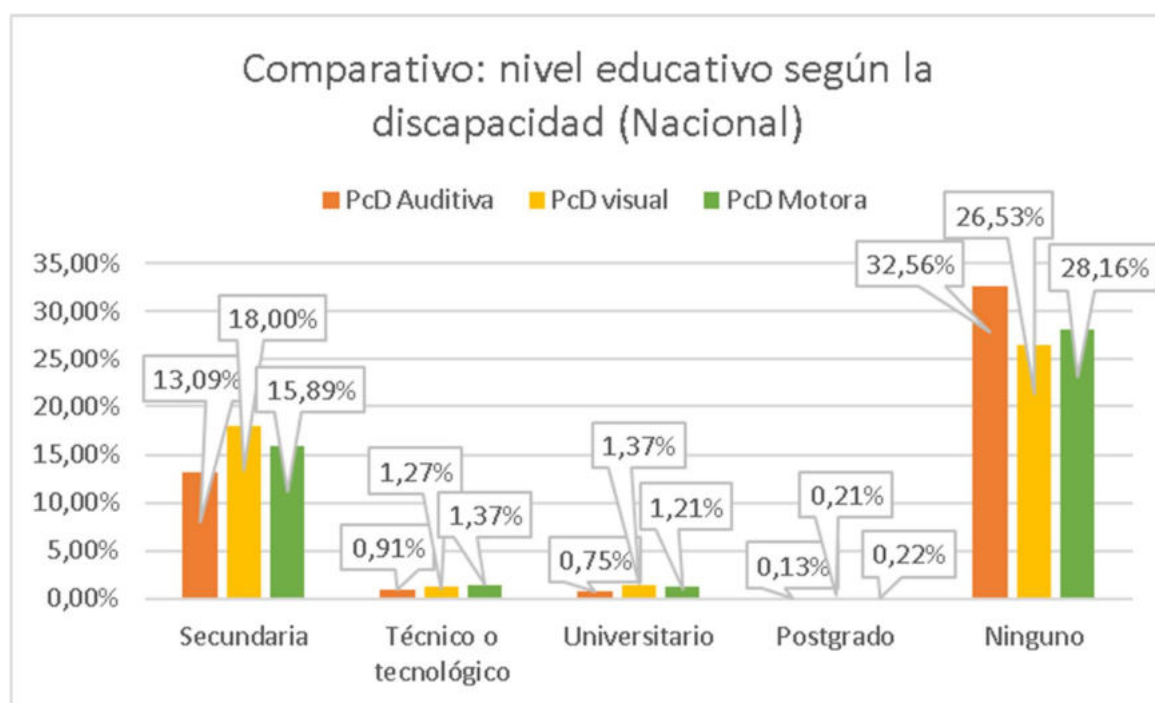


Gráfico 7. Nivel de Educación alcanzado según el tipo de discapacidad (nacional). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.

Estos indicadores nos obligan a preguntarnos ¿por qué se están generando estas brechas en la inclusión educativa?, ¿cómo la sordera opera en estas?, ¿desde qué perspectiva se está pensando dicha inclusión al sistema? Y ¿cuál sería un escenario alternativo viable? Ante panoramas como este, autores como Berbrier (2002, p. 563) hacen un llamado a que en los diferentes contextos nacionales la discapacidad deje de ser abordada como un problema de salud pública, para ser pensada desde un enfoque de derechos civiles. ¿Las políticas de educación inclusiva apuntan a reparar o buscan garantizar realmente el acceso educativo? ¿la forma en que se concibe la educación para las personas sordas realmente brinda los conocimientos y competencias de dicho nivel, o por el contrario continúa reproduciendo con un ideal de rehabilitación, normalización y paternalismo?

Es importante ver qué impactos tiene esta situación educativa en la calidad de vida de las PcD. Entre algunas de las personas que conocí en la Biblioteca, existe una sensación de inconformidad y de precariedad en tanto a las actividades laborales. Tener trabajo es algo de agradecer y aprovechar, pero en los comentarios que surgen en las conversaciones señadas dejan entrever que no es a lo que aspiraban, como labor o con relación a las condiciones de trabajo o vinculación. Hay celadores que armados con un trapo rojo y un bolillo improvisado deben pasar la noche en vela rondando por el barrio. Hay incluso técnicos en diseño gráfico que son mensajeros por el sector de la biblioteca. Pero también hay una gran mayoría que sigue intentando conseguir empleo, o de ser el caso, posibilidad de estudio. Otro indicador preocupante es el socioeconómico pues, como muestra la gráfica 4, la mayor población de PcD en Cali -el 80%- se concentra en los estratos 1 y 2.

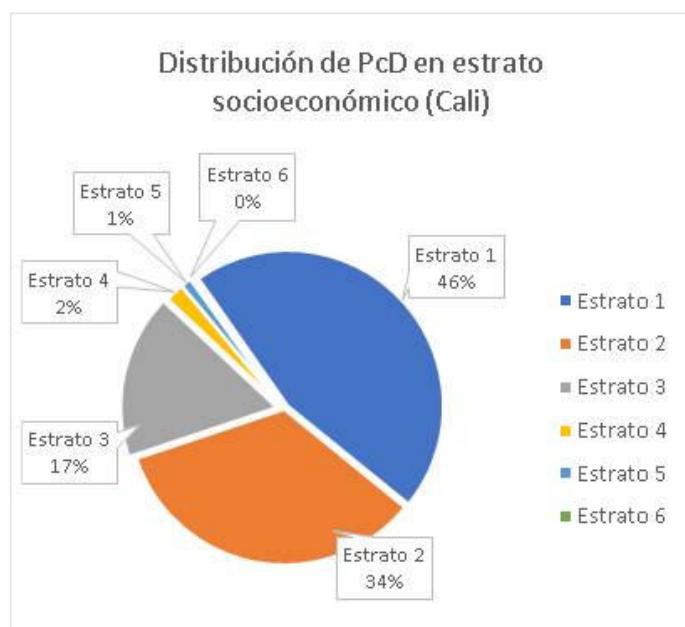


Gráfico 8. Distribución de PcD en los estratos socioeconómicos (Cali). Elaboración propia con datos de DANE - marzo 2010.

Estos indicadores a nivel nacional no son muy distantes a la situación caleña, pues los estratos 1-2 corresponden al 79.9%, los estratos 3-4 son el 15.6 %, y los estratos 5-6 tienen únicamente 0.3% de la población. Resalto estos datos estadísticos tanto de la población con discapacidad auditiva, como la PcD en general, porque permite introducir a la discusión las condiciones de vulnerabilidad en las que se encuentra la mayoría de la población que hace parte de esta investigación. Además, abre preguntas relacionadas con la construcción de

dicha vulnerabilidad al tener en cuenta que la mayoría de los niños sordos provienen de familias oyentes⁵. Abren también la posibilidad de empezar a imaginar en qué espacio se sitúan las personas que frecuentan la Biblioteca, y cómo se vive la ciudad como persona s/Sorda.

Recapitulación

Los datos estadísticos recopilados hasta ahora tienen la finalidad de presentar a modo de síntesis un panorama de aquello que Wacquant llama estructura de oportunidades de esta población. Estas estructuras arrojan una luz para empezar a indagar en los demás capítulos por qué estas personas deciden reunirse y pasar sus tardes en el colectivo Sordo. Cabe agregar que un estudio realizado en la Sala Consentidos de la Biblioteca Comfandi, identifica que estas personas Sordas tienen un sentimiento de dependencia muy fuerte por “dificultades comunicativas y por las pocas oportunidades laborales, solo el 2% cuenta con algún vínculo laboral, [y solo el] 2% del grupo tiene algún familiar que sepa comunicarse con ellos por medio de lengua de señas” (Gutiérrez, 2015, p. 39).

Por todo lo anterior, la Biblioteca se constituye como un espacio de refugio, de resguardo y de seguridad. Como dice Violeta, una joven Sorda, “yo me siento bien aquí, es como una casa, aquí uno está resguardado [...] está seguro y protegido”. Un lugar que recoge relatos cotidianos de desigualdad, discriminación y exclusión, para luego transformarlos en sentires de gozo y orgullo por aquello que los estigmatiza como diferentes. Sentires que empiezan luego a caminar en conjunto hacia la reivindicación, personal y/o política, de un silencio lleno de sentidos, saberes y significados.

Porque por muy sencillas que parezcan las interacciones que ocurren en su interior, estas rompen esa sensación de dependencia, vulnerabilidad y poca inteligencia con la que viven de estas puertas para afuera. En este *islote de señas*, es posible dejar de forzar las cuerdas vocales para emitir un sonido articulado y dar vía libre a sus manos, a sus cuerpos. Es posible aprender estas señas entre pares, ya sea como persona oralizada que apenas está descubriendo

⁵ Esto quiere decir que menos del 10% nace sordo por genética en una familia igualmente sorda que comparte su lengua, mientras que el resto la adquiere -en su mayoría- por enfermedades durante los primeros años de vida (Erting & Woodward, 1979, p. 289).

la LSC, o como migrante Sordo que quiere afinar y acostumbrar sus manos a esta nueva lengua. Es posible señar y mantener conversaciones largas en vez de aislarse a un lado, cosa que en otros contextos no es posible porque su círculo familiar y educativo poco saben de señas.

Este espacio brinda oportunidades que transmiten tranquilidad, pues como seña Raúl, “todos los viernes vienen a escuchar un tema nuevo, ellos esperan información nueva, porque para poder... porque hay ansiedad, angustia, por no saber, se necesita recibir información, porque siempre estamos aislados”. Se hace entonces posible preguntar y tener claro cómo se hacen trámites cotidianos, ya sea con el banco, con certificados médicos, con el icfes, con tutelas, y hasta con el pago de los servicios. Es un espacio de catarsis, para desahogarse de esos obstáculos que hacen retador el día a día, o para aprender a vivir y comunicarte *normal* después de quedar sordociega a los 60 años. Es un lugar donde la sola idea de estudiar o conseguir trabajo se hace posible de imaginar, porque de pronto en el grupo hay alguien que lo consiguió. Aquí se hace posible aprender sobre Cali, sobre Colombia y sobre los días festivos que conmemoran hitos de nuestra historia, porque hay alguien que se atreve a interpretar la información que los museos y los libros encriptan en letras. Es un lugar que, aunque está lleno de disputas o conflictos como cualquier otro, abre una posibilidad de sentir que se hace incidencia en ese mundo oyente al participar en asociaciones que se proponen dialogar con las organizaciones de la capital.

En síntesis, el situarnos en el marco de estas estructuras de oportunidades -a nivel nacional o municipal- permite reconocer el contexto que envuelve la población Sorda partícipe de esta investigación, al tiempo que permite identificar qué oportunidades o capitales les ofrece el campo y la idea de comunidad. En el capítulo siguiente, pretendo adentrarme en este *islot* *refugio*, para mostrar las interacciones y relaciones que se forman el interior de la misma.

Capítulo II

Una aproximación desde lentes Sordos: Cómo se construye comunidad en la cotidianidad

Las vidas sociales y lingüísticas de los Sordos nos han provisto de maneras únicas y valiosas de explorar el vasto potencial humano para el lenguaje y la cultura.

(Oviedo, s. f., p. 19)

“las personas con discapacidad, las personas Sordas, y otras que incluso no se considerarían a sí mismas teniendo una discapacidad, han sido marginadas por las mismas personas que han creado e impulsado la emergencia del multiculturalismo, de la conciencia de clase, del feminismo y de los estudios queer”

(Lennard Davis, 1997 en Ladd, 2011)

En las primeras etapas de investigación, en las cuales socializábamos entre pares académicos las ideas que teníamos para desarrollar, me topé con varias caras confusas al hacer explícita mi intención de trabajar con personas sordas. ‘¿Uno qué puede ver ahí?’ me dijeron en varias ocasiones con un tono de preocupación académica. Parecía que los temas pertinentes para las ciencias sociales eran aquellos relacionados con raza, género y violencia/conflicto; mientras que la discapacidad y todo lo relacionado a ella quedaba relegada a un mundo de discusiones médicas, pedagógicas y –de vez en cuando- psicológicas (Ginsburg & Rapp, 2013). ¿Hay realmente algo para ver? ¿podemos encontrar ahí reflexiones o preguntas que sean de interés a las ciencias sociales? Este capítulo es un intento por dar respuesta a estas preguntas iniciales. Las reflexiones que presento aquí, son una entrada para comenzar a explorar la Sordera -o más exactamente la Sordedad⁶- como un *campo* compuesto por relaciones, redes, roles, normas, valores y prácticas que concretan y dan orden a su existencia social (Bourdieu, 1997). Además, permiten alejarnos de una noción homogénea y pasiva de la discapacidad, para entrever que lo que está en disputa en este *campo* son los diferentes significados y sentidos de esta, y reconocer en el mismo las luchas, las historias, las resistencias, las

⁶ Concepto propuesto con el teórico Sordo Paddy Ladd (2011) que hace referencia al proceso en el cual las personas Sordas hacen llegar a considerar la pérdida auditiva como un rasgo de su identidad Sorda.

resignificaciones y los capitales en juego; que pueden pasar por el ámbito individual (quién soy), corporal (cómo me pongo en escena) y colectivo (quiénes somos). Este último da cuenta de la existencia de fronteras que clasifican y marcan la diferencia tanto con el otro externo, como con las personas que integran la comunidad Sorda. Estas clasificaciones (sordo, Sordo puro, Sordo oralizado, Sordo medio, Coda, oyente, aliado oyente, intérprete, etc.) ponen al individuo en una posición dentro del campo y le otorga un rango de participación específica dentro de la comunidad.

En concreto en el caso de la Biblioteca Comfandi (uno de los lugares donde se reúnen personas de la comunidad Sorda de Cali), la noción de *campo* permite pensar las lógicas que moldean experiencias, roles, agencias, disposiciones o actitudes, prácticas y discursos en el grupo, sin excluir las interacciones que los integrantes puedan tener en otras situaciones o espacios sociales. Para ejemplificarlo, he decidido poner como protagonista del capítulo a la práctica social que en este contexto se irgue como eje central a partir de la cual se construye y articula este campo: señar.

Antes de dar paso a los fragmentos que narran las situaciones que hacen explícita esta noción de *campo*, quiero sugerirle que haga un esfuerzo por no leer esos diálogos con voces (como estamos acostumbrados a hacer), que imagine el silencio de la conversación y los olvidados ruidos corporales que rodean ese señar, que intente sumergirse en la realidad de estas personas que hablan con sus manos y cuerpos, que visualice -así no sepa si en realidad es así- cómo se dirían esas palabras con señas, y que silencie por unos minutos la voz interna que acompaña su lectura. Los dibujos que he sacado de mi libreta de campo y que acompañan los relatos, pueden servir de guía para visualizar la escena a través de lentes Sordos en vez de Oyentes.

Percepciones de un día en la biblioteca

La primera vez que fui a la biblioteca sin la compañía –y las traducciones- de Raúl, quien desde el inicio me introdujo bajo su protección y guía a la comunidad, me sentí perdida y fuera de lugar. Me encontré en medio de la sala sin saber muy bien cómo encajar. Quienes estaban ahí *señaban* con tal rapidez y variedad de acentos que no lograba realmente comprender. A los lados se sumaban de a poco jóvenes, adultos o ancianos que acababan de

llegar. Yo, en un rincón, intentaba mantenerme al margen y disimular mi presencia extraña. Estaba contando en mi cabeza cuántos minutos faltaban para que se diera inicio a la actividad del día, cuando una joven, de similar edad y estatura, se me acercó y me saludó. Su rostro ovalado y jovial me era familiar, la había visto en ocasiones pasadas participando en las actividades con la camisa de Asorcali⁷, pero no nos habíamos cruzado. Se presentó letreando⁸ su nombre oyente –Millie– seguido de su nombre Sordo (su seña propia), y me invitó a sentarme a su lado. Una vez lo hice, quienes estaban cerca a nosotras me saludaron y me preguntaron con mirada interrogante si yo era oyente, por lo que decidí presentarme como muchas veces había visto a Raúl hacerlo por mí: nombre letreado + seña que me habían asignado + mi condición auditiva y su razón de ser + edad + ¿oralizada o señas? + de dónde soy + ¿estudio, trabajo? ¿dónde?

*Mi nombre es A-N-A, mi seña es
[ver ilustración 6]⁹, no escucho
por un oído desde nacimiento,
los médicos no saben por qué,
tengo 21 años y apenas estoy
aprendiendo señas, vivo en Cali
y estoy estudiando en
Universidad Icesi antropología y
sociología.*



Ilustración 6. Dibujo propio que ilustra la seña que me fue asignada por la comunidad en el lugar de mi nombre.

⁷ Asociación de Sordos de Cali, fundada en el 2005.

⁸ Este es el término que usan las personas Sordas de la comunidad para referirse a la acción señar letra por letra una palabra.

⁹ La descripción de mi seña es: juntar la punta de los dedos en cada mano, sonreír, llevar las manos en esta posición hasta los pómulos y tocarlos dos veces de forma simultánea con la punta de los dedos.

Lograr esta corta presentación en señas me quitó de encima la sensación de mosca en leche que tenía, pues quienes me habían preguntado empezaron a presentarse, a darme la bienvenida y a difundir esta pequeña presentación en medio de las pausas que la discusión más grande permitía. Sin embargo, estar inmersa en los diálogos cruzados que sobreponían las ideas de unos sobre otros agitando más sus manos, bloqueando del campo de vista a la otra persona o incluso interrumpiendo con sus manos las señas de otra persona para introducir su comentario, no hacía más fácil comprender lo que estaban diciendo.

“No entiendo qué está pasando, ¿tú sí?”, le pregunté a Millie confundida sin saber si la situación era parte del taller que tendría lugar ese día. Era mitad de febrero y ya estaba en marcha la programación acordada por los promotores de Cultura Sorda y la biblioteca Comfandi para la Sala Consentidos¹⁰ este año. Sin embargo, la acalorada escena daba cuenta que, bajo estos temas planeados sobre proyectos de vida, formación ciudadana, promoción de lectura con enfoque cultural o la creación de nuevas señas en el “laboratorio de señas”, se lograban inmiscuir otros temas de conversación cotidiana. Estos temas lograban dotar de otros tintes a estos encuentros y poner en evidencia las dinámicas comunitarias que al entretenerse hacen latente esto que ellos llaman Cultura Sorda.

¹⁰ Este es el nombre que recibe un espacio del 5to piso de la Biblioteca Comfandi que está destinado a las personas con discapacidad. Las imágenes 1 y 5 toman escena en este espacio, cuyo logo se puede apreciar al fondo.

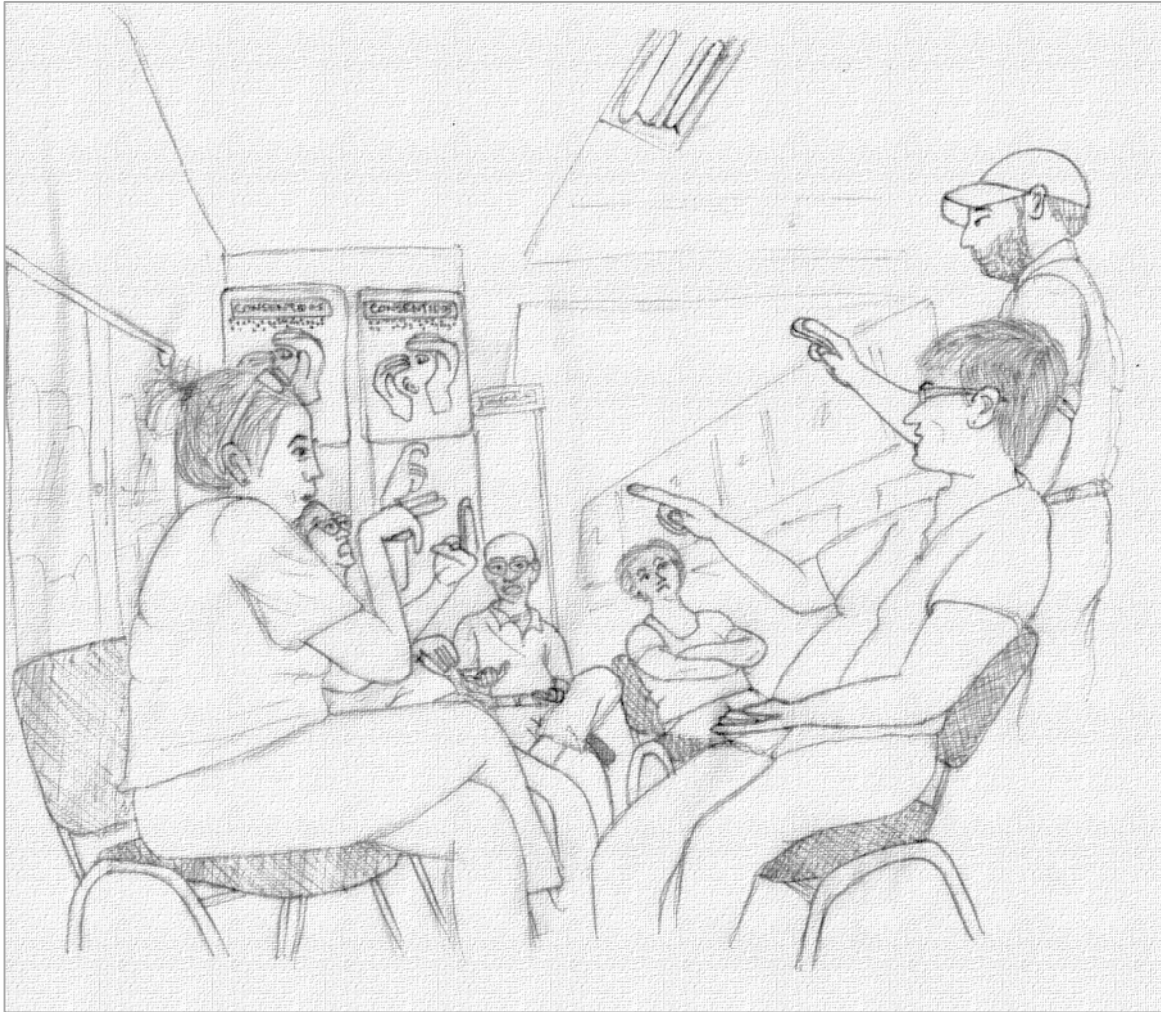


Ilustración 7. Dibujo propio que ilustra la discusión a la que poco a poco se sumaron más personas.

“Es sobre Venezuela -respondió- están intentando descifrar las noticias de hoy”¹¹. Pero no tardó mucho en advertir que mi inquietud no se había resuelto, pues mis ojos seguían extrañando esas manos ligeras que se movían con rapidez, atrapando sólo unas pocas palabras en el aire y volviendo de vez en cuando la mirada a ella para decirle entre risas -con mis torpes manos- que necesitaba practicar más. Cada que mi incompreensión se hacía explícita en mi rostro, ella sonreía y repetía más lento algo de lo *señado*, hasta que una de esas veces me dijo que no debía sentirme mal por no entender, pues en esta conversación estaban

¹¹ Es difícil traducir esta expresión, pues es una interpretación sobre la ubicación espacial y la profundidad corporal que se hace al *señar*. Por ejemplo: no hizo la seña de descifrar, sino la de buscar, pero “buscar” se hace usualmente con una mano, esta vez hizo la seña con las dos manos de forma alterna, entrecerró los ojos, infló los cachetes y encogió un poco los hombros. Es un buscar más difícil y para transmitir esto en un contexto oyente y escrito, decidí usar en su lugar la palabra descifrar.

presentes señas de Estados Unidos, Venezuela e incluso México. Todas tan particulares como los acentos de Buenaventura, Palmira, Popayán y Cartago que se imprimían en las señas locales. Desde ese momento, cada que veía alguna seña extranjera, ella llamaba mi atención agitando sus manos, para mostrarme el equivalente de esa seña en caleño. Así, poco a poco, Millie se volvió la persona a la que podía acudir en cualquier momento para que me ayudara a entender algo, ya fuera letreando (si ella reconocía la palabra en español escrito) o con ejemplos *señados* que dieran sentido a esa idea en este contexto. De vez en cuando, añadiendo también comentarios de apoyo como “lo importante es querer aprender, nunca es tarde... yo aprendí señas a los 14 años y empecé a participar en la comunidad poco a poco”.

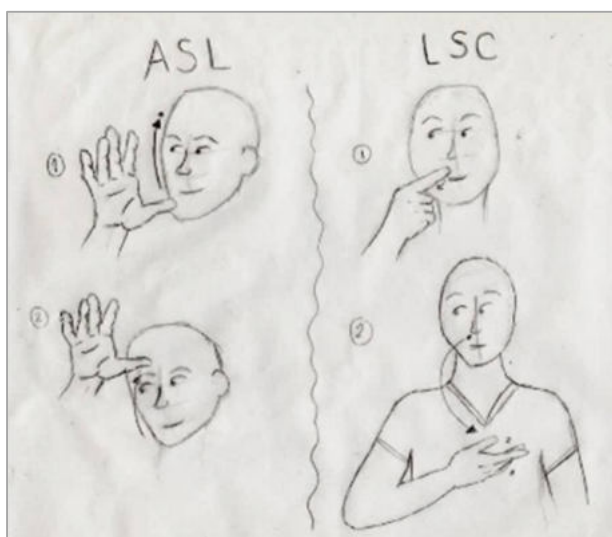


Ilustración 8. Dibujo propio que ilustra la diferencia de la palabra “padres” en ASL (American Sign Language) y LSC (Lengua de Señas Colombiana). Tomado del diario de campo.

Las reflexiones que de esta situación pretendo desglosar, tienen la intención de mostrar que, en escenarios cotidianos e incluso rutinarios de la comunidad Sorda, como el ver noticias, es posible abrir discusiones teóricas y metodológicas sobre las diferentes prácticas que se condensan ahí. Prácticas que hacen parte de esa identidad Sorda que se construye y se gana al estar en comunidad, al aprender en conjunto y al poner en juego nociones incorporadas de sordedad. Estas discusiones, que se preguntan -por un lado- por aquello que comprende el sentido de *cultura* que está en disputa en este contexto específico de ‘discapacidad auditiva’ (con relación a la construcción de identidad colectiva de quienes viven su sordera en comunidad) y -por otra parte- por los métodos de recolección y registro de datos en un mundo lingüísticamente ajeno a mí como investigadora, son las que pretendo hacer evidentes a lo

largo de este capítulo. Mi intención no es dar respuesta a estas inquietudes, pretendo más bien que estas líneas sirvan como un llamado de atención a quién hoy las lee, para que, desde la sensibilidad de su disciplina, oficio o trayectoria de vida, empiece a preguntarse con ojos curiosos por estas realidades Sordas que pasan invisibles en la cotidianidad, ya sea por su normalización, desconocimiento o marginalización. La sordera ha sido descrita como una discapacidad invisible, tan invisible como los procesos personales, comunitarios, e incluso políticos, que estas personas encarnan. Por eso aquí me propongo hacer explícitas algunas prácticas que al contarlas en otros espacios despertaron siempre asombro, mientras que para mí eran sólo otro día en campo.

Debo reconocer entonces que la historia relatada al inicio, aquella retratada en la ilustración 7, puede ser una sorpresa para quienes hoy lo leen como un primer acercamiento a la población Sorda. Aunque es comúnmente conocido que los idiomas hablados presentan variaciones de distintos tipos en cada país e incluso ciudad, muchas personas no-Sordas se asombran al saber que la lengua de señas no es única ni es compartida globalmente. Uno de los retos metodológicos más grandes que tuve que enfrentar, fue precisamente que ya no bastaba con aprender señas con los diccionarios “rolos”¹² creados por INSOR¹³ que estaban en la biblioteca. Tampoco fue suficiente aprender empíricamente las señas caleñas que predominaban en la sala. Fue, y continúa siendo, constante la necesidad de desarrollar esa sensibilidad para aprender en colectivo, para generar -en la biblioteca Comfandi como lugar de encuentro- diálogos entre esas señas equivalentes, en tensión o en transformación, no con el fin de remplazar o imponer una sobre otra, sino con el fin de conocer y reconocer los diferentes matices de la lengua de señas que se cristalizan en el día a día, en las interacciones de la cotidianidad que ahí se han normalizado.

¹² El término “diccionario rolo” es una categoría etnográfica que surge de la comunidad misma. En la biblioteca se encuentran diferentes tomos de diccionarios de Lengua de Señas Colombiana (LSC), sin embargo, pocas veces la población Sorda se remite a estos para corroborar una seña o palabra porque tienen un vocabulario propio de Bogotá que no corresponde en gran parte a la cotidianidad caleña. Las primeras veces que me vieron repasando con estos diccionarios, algunos se acercaban a decirme ‘*eso está malo, no sirve, es mejor que nos preguntes lo que dudas*’. Como respuesta a esto, ASORCALI ya está en la labor de crear un diccionario propio.

¹³ Instituto Nacional para Sordos (Bogotá)

Lo anterior no quiere decir que aquellas diferencias regionales obstaculicen las interacciones grupales, pues esas similitudes sintácticas que crean la ilusión de una universalidad de las señas, permiten que las personas Sordas tengan “la capacidad única de comunicarse de forma inmediata y sencilla a través de las fronteras internacionales (y, por lo tanto, verse a sí mismos como una entidad global)” (Batterbury, Ladd, & Gulliver, 2007, p. 2). Antes de la respuesta de Millie, no me percaté de las diferencias nacionales porque no se hacía visible una barrera lingüística entre ellos, por el contrario, la dinámica de construcción grupal de sentido permitía que se diera una conversación fluida e ininterrumpida, que de darse en un contexto oyente con características socioeconómicas¹⁴ similares no habría tenido éxito.

No es raro ver en la Biblioteca que las personas Sordas de Cali realicen videollamadas con personas Sordas de diferentes ciudades o países. Algunos son familiares o amigos residentes en Estados Unidos, otros son líderes de comunidades Sordas o Sordociegas norteamericanas, también hay organizadores del congreso de la Federación Mundial de Sordos (en Francia para el 2019), y no faltan los apenas conocidos que se han encontrado por redes sociales. Es difícil pasar por alto estas conversaciones porque pareciera que parte del saludo inicial es hacer una panorámica con la cámara frontal para que los presentes en la sala hagan un gesto de saludo y, si quieren, se acerquen a hacer un saludo más personal. Esta facilidad para tender puentes comunicativos con otros colectivos o personas Sordas geográficamente lejanas permite tender redes de apoyo para rotar información sobre -por ejemplo- estrategias educativas, incidencias políticas o legislativas, invitaciones a campamentos internacionales de verano de estas asociaciones, o incluso capacitaciones en nuevos sistemas de comunicación sordociego. ¿Qué es lo que lleva a las personas con discapacidad auditiva a buscar participación y membresía en una comunidad Sorda? ¿Cómo se crean las fronteras de pertenencia a esta comunidad que existe sin territorio geográfico delimitado y que además crea redes conjuntas con otras comunidades Sordas que trascienden las fronteras nacionales? ¿Cómo se justifica la idea de esencialismo al que apuntan estas identidades colectivas Sordas en una modernidad *-líquida* en términos de Bauman- en la que la delimitación de las

¹⁴ El adulto Sordo “promedio” que participa en la Sala Consentido de la biblioteca Comfandi (Cali) es bachiller de estrato 1 o 2, con dificultades de lectoescritura

entidades es difícil de pensar por la exaltación de la libertad-emancipación de un individuo en movimiento?

Sobre prácticas y cotidianidad

Cuando empecé a participar en las actividades de la Biblioteca Comfandi organizadas y concurridas por personas Sordas, me di cuenta que me era muy difícil poner en palabras lo que ahí sucedía. Las primeras veces que intenté narrar a un público oyente las situaciones en las que participaran Sordos, terminaba por enredar o alargar una explicación de esa historia en el proceso mismo de buscar una forma precisa para dar pie a esas voces sin invisibilizar aquello que las hace particulares y diferentes. Hablar, comunicar, expresar. Todos son verbos que parecen referirse a la acción de ponerse en común y compartir experiencias en el marco de una interacción cara-cara. Pero ninguno de estos me fue útil para dar a imaginar esa interacción como algo que se da sin palabras ni letras, pero no por eso sin contenido o contexto. Tampoco sirvieron para dimensionar que esa puesta en común pasa por interpretar movimientos corporales y faciales específicos que adquieren sentido dentro de una colectividad Sorda en constante construcción. Y menos aún permiten abrir la posibilidad de transmitir interacciones donde la multiplicidad de lenguas sea protagonista sin necesidad alguna de traducciones o de la imposición de una sobre otras. La respuesta fácil sería usar el verbo signar como traducción directa de la palabra “sign”, pero esto sólo permite referirse a los gestos, sin contemplar que más que una simple acción, es una práctica que sucede y se construye continuamente en grupo.

Cansada de ese sinsabor que deja la falta de precisión para darse a entender, y reflexionando sobre las relaciones de poder y dominación que Dorothy Hodgson (2011) identifica detrás o en el proceso mismo de nombrar la realidad que como antropólogas narramos, me di la tarea de proponer y usar –como he venido haciendo– un verbo que permita dar cuenta de esas interacciones que median la construcción de sentido de las realidades Sordas y que no necesariamente están acompañadas por sonidos o palabras articulados y cuyo componente central pasa por estar en grupo: *Señar*.

¿Qué tiene que ver esta reflexión con la conversación grupal sobre Venezuela? Pues, la discusión en la que me vi inmersa y que adquirió sentido gracias a la ayuda de Millie, es una

de las manifestaciones cotidianas no sólo de las barreras que obstaculizan su acceso a la información, sino también de las formas de sociabilidad propias de esta comunidad que las aborda de una forma muy particular: desde el *señar*. La discusión sobre Venezuela finalmente se disipó cuando Cristina, una interprete CODA¹⁵ conocida en la sala, agitó sus manos para llamar la atención de quienes estábamos ahí y nos avisó que interpretaría noticias actuales para entender lo que los medios estaban informando y, aclarar así, los rumores que daban pie a la acalorada discusión del momento. La noticia que proyectó en el televisor se trataba del desplante que vivió el canciller del gobierno de Maduro al pronunciar su discurso en la ONU. Aunque el video duraba escasos dos minutos, una interpretación clara y completa de la noticia tomó casi media hora. Las palabras, hechos y conceptos que la periodista pasaba rápidos y ligeros por su obviedad, en este contexto resultaban confusos e ininteligibles. El tablero que había acompañado en otras ocasiones las actividades de la sala ahora estaba lleno de palabras como *cercos diplomáticos, cierre de fronteras, Naciones Unidas y Grupo Lima*, que Cristina explicaba desde su experiencia con lo que se había oído en los medios durante las últimas semanas y que ayudaba a entender qué significaba cada cosa en el marco de esta noticia. Algo tan cotidiano y rutinario como enterarse del boom mediático internacional que resuena en los noticieros, adquiriría un mayor grado de complejidad en esta población que se enfrenta a diario con barreras de acceso a la información y comunicación en este mundo predominantemente oyente.

La comunidad Sorda, tal como la entienden estas personas, se preserva y robustece con el constante *señar* de sus miembros, pues la sola existencia de esta lengua depende de que los “[Sordos] se unan para desarrollarla, compartirla y refinarla” (Batterbury et al., 2007, p. 8). Algo tan cotidiano como ver las noticias de actualidad, se vuelve una tarea de construcción grupal. *Señar* no es únicamente pasar las palabras en español a su equivalente en lengua de señas colombiana (o caleñas), es traducir la situación que narra esa noticia desde términos oyentes, a una realidad descrita en los términos Sordos, e implica –como dice Violeta, una de las jóvenes de la comunidad– cambiar de cerebro¹⁶. Pues las formas y el orden de narrar,

¹⁵ Término que usan las personas Sordas para referirse a los hijos oyentes de padres Sordos (Children Of Deaf Adults)

¹⁶ La seña que hizo y que interpreté como “cambiar de cerebro” se compuso así: puso sus manos bien abiertas sobre su cabeza simulando agarrar la parte de atrás del cráneo y la frente. Luego hizo un movimiento paralelo

de especificar los tiempos, de hacer énfasis en las descripciones, de representar los adjetivos en la misma seña del sustantivo, de repetir puntos claves, así como la introducción y personificación de terceras personas y sus diálogos, cambian en este contexto. No tardé en darme cuenta que cuando señaba pensando en español mi mensaje no era entendido, el orden de la idea no era coherente y olvidaba siempre hacer las repeticiones o los énfasis faciales necesarios para exaltar aquello que es central recordar. Un ejemplo sencillo para mostrar este cambio sería la frase en presente “yo estudio”, que en señas sería “yo-estudiar-ahora/hoy-yo”, en pasado “yo estudié” sería “yo-estudiar-ya/acabar-yo”, y en futuro “yo estudiaré” sería “yo-estudiar-después/ahora/mañana-yo”.

Es un cambio de cerebro que se presenta en dos escenarios según cuentan Violeta y Raúl. El primero cuando los Sordos que intentan comprender el español escrito u oral, y el segundo cuando los intérpretes oyentes intentan transmitir contenidos para ellos. Violeta se remite a su experiencia para explicar el primero:

“A mí me gusta mucho el español, me gusta la lectura, pero yo no entiendo toda las palabras que aparecen ahí [...] yo nací sorda, hay cosas que leo y que entiendo, pero si yo copio eso que está escrito a la lengua de señas tal y como está ahí... es muy diferente, muy muy diferente... me toca leer y releer el texto, entenderlo, interpretarlo y aquí en mi cabeza sacarlo en lengua de señas, tengo que hacer un ajuste cerebral, eso es lo que sucede en realidad” (Violeta, comunicación personal, 15 mayo de 2019)

Raúl se refirió al segundo escenario haciendo énfasis en la necesidad de repensar si las políticas de accesibilidad a la información (como los subtítulos o el cuadrado con el intérprete) están siendo realmente efectivas teniendo en cuenta los problemas de lectoescritura y el problema de traducción cultural:

“A mí sólo me gusta una intérprete que está en el congreso, porque es CODA, ella es muy buena porque articula el discurso... otros no lo hacen, son malos intérpretes, muy pocas veces se les entiende, yo entiendo por pedazos, pero ellos [sordos sin audífonos o profundos] no, [hace seña mostrando que la información pasa derecho por encima de ellos], pierden mucho,

levantándolas en posición de agarre por el aire, e intercambió su posición (como volteando un cerebro imaginario). Finalizó bajando las manos de nuevo a la cabeza (como posicionando un nuevo cerebro). El movimiento de rotación de las manos es una ampliación de la seña “cambio”.

se pierde mucho mucho mucho cuando no son buenos, es muy triste” (Raúl, comunicación personal, marzo 09 de 2019)

Esta tarea de interpretar una noticia, en apariencia sencilla, estuvo acompañada –como es usual– por una tallerista. Cristina, que cumplió ese día esta función, iba escuchando la noticia a medida que hacía pausas para escribir en el tablero las palabras claves o desconocidas que creía necesario explicar detenidamente para tener clara la información. Con estas palabras anotadas, lo primero que hace es letrear una de ellas con sus manos para luego –en caso de saberlo– mostrar la seña que la representa u otra que sirva como sinónimo (por ejemplo, en ocasiones anteriores para “zona de confort” la seña que se usó fue “lugar-cómodo”; para “reducir, reutilizar y reciclar” se usó “cantidad-poquito, usar-otra vez y basura-separar”).

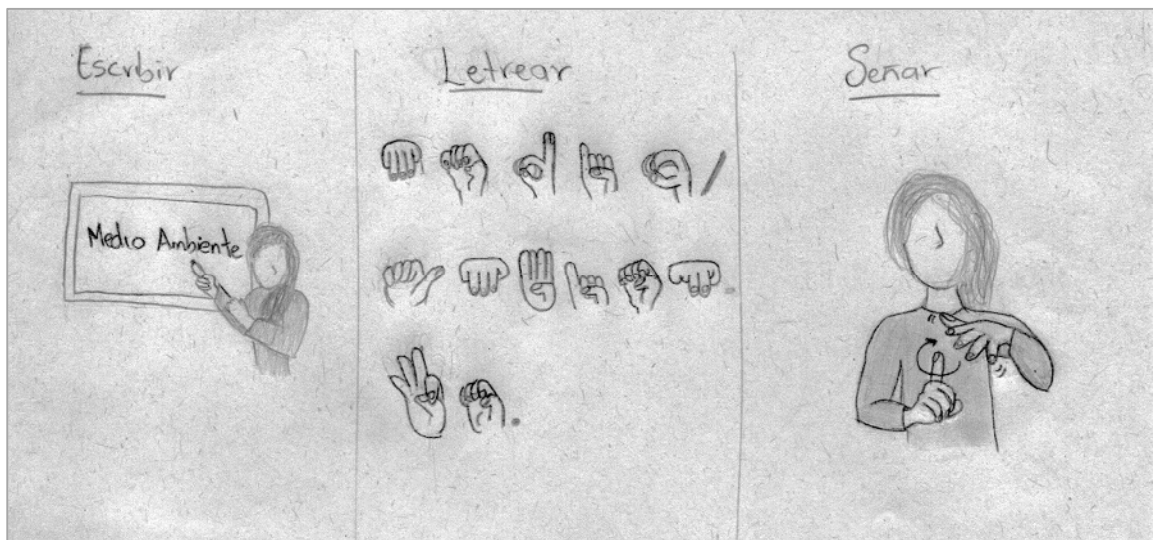


Ilustración 9. Dibujo propio que ilustra la diferencia entre escribir, letrear y señar “medio ambiente”. Ejemplo extraído de las notas de campo.

En medio de la interpretación de la noticia, Cristina se topó con palabras que no recordaba o no conocía en señas, ya fueran lugares de la ciudad o del país, personajes políticos, o conceptos claves. Las escribió y preguntó al público si sabían la seña. En ese momento, se generó un pequeño debate alrededor de compartir lo que se recordaba de esa seña, de su existencia y sus transformaciones. Ese instante, me permitió dar cuenta que las variaciones se dan no sólo entre municipios del valle, sino también en distancias temporales o generacionales capaces de rastrear los cambios de las mismas. *Señar* pone en evidencia que la lengua de señas está en constante transformación y construcción en estos ejercicios de

diálogo conjunto. Muestra también que hay jerarquías en este proceso de la construcción de conocimiento que hacen parte de la membresía dentro de la comunidad. Esas jerarquías se vuelven palpables en escenarios como la discusión de la noticia en cuestión, porque al momento de debatir cómo interpretar una palabra en señas, son quienes tienen el rol de *modelos lingüísticos, líderes Sordos o promotores de cultura Sorda*, los que legitiman finalmente qué seña es la correcta, qué sinónimo en términos de señas es el que más se acerca, e incluso qué palabra se debe llevar al “laboratorio de señas”¹⁷ para crear su seña equivalente. Esta decisión no se da como imposición al instante que se hace la pregunta, ni descarta la opinión de los demás, por el contrario, se da al final del debate cuando se han compartido diferentes conocimientos sobre la seña en cuestión y hay puntos de concordancia entre los mismos. Al inicio de la interpretación de la noticia, por ejemplo, se hizo una pequeña discusión sobre la seña de Juan Guaidó porque Cristina no estaba segura si la que sabía era la correcta. En ese momento no había llegado al espacio alguien que ocupara ese lugar legitimador en la discusión, así que uno de los participantes hizo una rápida videollamada con una de estas personas para que diera su opinión para así confirmar lo que se había dicho en el grupo y dar cierre a la misma.

¿Qué es lo que hace que la opinión de estas personas sea tomada como acertada? Tanto los trabajos de Muñoz & Ruiz (2000) desde España, como los de Reagan (1995) en Estados Unidos, consideran que un aspecto central de la experiencia comunitaria de esta población es lo que denominan “membresía Sorda”. Esta membresía debe ganarse y mejorarse poco a poco con la acumulación de experiencias compartidas, con el conocimiento y la historia transmitida de la comunidad, con la participación social y política, con la construcción de redes de solidaridad y con la apropiación sentida de una identidad cultural. La experiencia de Violeta y Millie son un ejemplo de esto. Violeta nació y creció como persona Sorda, asistió a un colegio donde estableció conexiones con otros niños Sordos a partir de la lengua de señas y empezó a conocer desde temprana edad lo que ella llama identidad, comunidad y cultura Sorda que hoy transmite como modelo lingüístico. Millie, quien nació sorda en una familia oyente, tuvo por muchos años una educación oralizada con la ayuda de un implante;

¹⁷ Este es un espacio que la comunidad Sorda abrió la mañana de los viernes en la Biblioteca -donde sólo pueden participar personas Sordas (no intérpretes ni oyentes)- en el cual se reúnen para proponer, discutir y decidir nuevas señas para palabras que aún no se encuentran en su vocabulario.

luego decidió dejarlo a un lado al ir conociendo la lengua de señas y la comunidad a los 14 años; desde ese entonces su participación en la comunidad por medio de la asociación ha ido creciendo al punto de ser nombrada este año presidenta de Asorcali. Ambas tienen trayectorias de vida que inicia de formas diferentes pero que luego encuentran puntos en común en tanto membresía colectiva, pues a pesar de ser bachilleres, su participación activa en las asociaciones, los grupos juveniles (como la CNJS¹⁸) y en la configuración misma de redes de solidaridad, las ha dotado de ciertos conocimientos –capitales culturales – y por tanto de un estatus particular en el grupo.

En contraste, otros autores como Paddy Ladd (2011) introducen variables como clase social y experiencia educativa dentro de los marcadores que permiten ascender o no en esta membresía social, y que tienen un papel importante en las estrategias de interpelación política en contextos oyentes. Raúl sería un ejemplo de la incidencia de estos marcadores. Su nivel educativo de universitario como licenciado le ha permitido tener habilidades de lectoescritura y oralidad mucho más altas que el promedio en la comunidad, lo que a su vez, es una herramienta fundamental para cumplir su rol en este espacio como promotor o facilitador haciendo énfasis en la enseñanza de los derechos de la población, los trámites legales que usualmente se requiere, y los decretos, leyes y ajustes que son de interés para la misma. El estatus de Carlos (un adulto Sordo profundo de la comunidad), que también domina la lengua oral y escrita, puede entenderse también desde esta propuesta. En palabras de Millie, Carlos es una de las personas que tiene más conocimientos sobre el mundo Sordo y oyente, pues “es el que más conoce palabras aquí, sabe mucho, conoce muchas cosas, sabe buscar información, lee mucho y está enterado de lo que pasa en el mundo... él aprende y luego viene y nos informa”.

Para dar cierre a este capítulo, quisiera retomar el ejemplo inicial. Una vez alguna de estas personas concluye el debate sobre la seña a usar en el marco de la noticia en auge, la tallerista hace una pequeña síntesis del mismo mostrando de nuevo la palabra escrita, la seña, y procede a contextualizarla *señando* “qué-significar” que da paso a una explicación situada en lo cotidiano para entender este concepto situado en la noticia. Esta explicación, que se

¹⁸ La Comisión nacional de la Juventud Sorda, es un grupo que busca fomentar el liderazgo y trabajar por la defensa de los derechos de niños, jóvenes y adolescentes sordos. Trabaja de la mano de FENASCOL (Federación Nacional de Sordo de Colombia)

basa en ejemplos y en experiencias vividas, busca darles sentido a esos garabatos del tablero que a los ojos de Oyentes forman letras y palabras con un sentido casi intrínseco. Pero la interacción no acaba ahí, pues conocer de qué se trata la noticia, abre la posibilidad de conversación y de opinión. A medida que esto pasa, las personas van saliendo al frente a compartir su posición frente al tema e invitan a los demás a hacer lo mismo. La pena no tiene protagonismo en estos espacios, salir al frente se parte fundamental de las conversaciones en grupo porque permite que todos los presentes puedan acceder a lo que se dice. Rehusarse a salir por pena, es objeto de burla, y negarse a repetir al frente la idea señalada desde el asiento, es tomado como un desaire.



Ilustración 10. Dibujo propio que ilustra cómo se toman la palabra en una conversación grupal.

En escenarios cotidianos como estos, en los cuales se generan diálogos en grupo, el *señar* imprime una característica particular que no puede pasarse por alto. Las dinámicas grupales que se tejen alrededor del *señar* permiten incluso una articulación entre lo que se dice y quien lo dice, pues la necesidad constante de contacto visual entre pares dentro de una conversación hace que la persona que enuncia una idea se ubique en un lugar visible para todos. En este

sentido, no hay posibilidad de lanzar comentarios u opiniones al aire como una voz anónima que surge del montón. ¿Cómo esta pérdida del anonimato configura las relaciones dentro de la comunidad? ¿más allá de ser una forma de hacer accesible la conversación, puede ser parte de las prácticas de participación que permitan el reconocimiento de alguien dentro de la comunidad? ¿el momento de la asignación de una seña única y personal -que llamo *bautizo Sordo*- podría considerarse el momento de reconocimiento de una membresía que implica a su vez la pérdida del anonimato dentro de la comunidad?

Hasta aquí, he desmenuzado lo que sería un día en la Biblioteca con la intención de identificar aquellas prácticas cotidianas que permiten la reproducción de la sordedad como campo y del sentir de colectividad. Al tiempo, procuré picar curiosidades sobre el tema y dejar pistas sobre aspectos que serán ahondados en los próximos capítulos. En concreto, si bien este capítulo se preguntó por aquello que sucede una vez se está en este campo, el capítulo siguiente se interesa en un principio por los procesos o experiencias vitales que llevaron a estas personas a ingresar al mismo, a aprender las reglas de juego y adquirir los capitales o sentidos que se disputan y, sobre todo, a quedarse.

Capítulo III

“Nuestros padres son oyentes, pero nosotros somos Sordos”: trayectorias vitales que desembocan en la Sordedad

“Si yo me alejo de la comunidad Sorda es como si yo llegara a un mundo muy diferente, vacío, depresivo, no tengo quién me ayude, con quién comunicarme, estoy sola¹⁹... entonces ¿dónde podría buscar ayuda?”

“Somos los responsables de conocer la historia de la lengua de señas, de las personas que han sido importantes dentro de la comunidad Sorda, y de mostrarle eso sobre todo a los niños”

(Violeta, comunicación personal, 15 de mayo de 2019)

Por años, dieron vueltas en mi cabeza razones disparatadas para justificar la existencia de mi sordera. Me cansé de lanzar preguntas que medio mundo no sabía responder. Existía un silencio tímido en torno a esta. Quienes conocían del tema y se atrevían a opinar, la describían como si fuera una experiencia ajena e inusual, adornada con jergas médicas, sin agregar cualidades que pudiera volverla más tangible. Llegué incluso a imaginar que era la única en el planeta con *esto*, a sentirme como un islote extraño en medio de un mar *normal*. Más tarde me enteré que habían personas -otras muy diferentes a mí según me decían- que hablaban con sus manos. Pero resultó que nada tan novelesco adornaba su existencia, ni la mía. Eran personas, como usted y como yo, que simplemente escuchaban el mundo diferente.

Cuando llegué a hacer trabajo de campo, a pesar de haber leído varios meses seguidos sobre la existencia de algo llamado Comunidad Sorda, me costó trabajo atravesar esa idea del sentir colectivo en mi propia trayectoria. Sí, me emocionó conocer personas similares a mí y ver cómo narraban sus historias con sus manos, pero ¿qué hacía que ellos llegaran ahí y decidieran quedarse? A mí me había acercado un interés académico investigativo que sirvió de excusa para conocer una parte de mí que había ignorado, pero ¿habría algo que me llevara

¹⁹ Al señalar la palabra “sola”, lo hace pegando su mano activa a su pecho, al tiempo que su cuerpo se encoge o encorva un poco en torno a esta mano. Podría pensarse que no se trata de estar sola, sino de sentir soledad, sentir una ausencia que te hace vulnerable, chiquita.

más adelante a quedarme y a sentirme parte de un colectivo? ¿cómo fue ese proceso para ellos? ¿pasaría lo mismo conmigo?

No he resuelto esta pregunta aún, ni creo estar cerca de hacerlo. Sin embargo, me he dado cuenta que, desde que conocí a Millie, a Violeta y a los demás jóvenes Sordos que frecuentan la biblioteca, he empezado a preguntar cosas que antes averiguaba y asumía yo sola. Eso que la literatura llama “experiencias comunes”(Massone et al., 2010; Muñoz, Ruiz, Álvarez, Ferreiro, & Aroca, 2011), tendió puentes para conversar sobre cosas básicas del día a día que no podía compartir por fuera, como por ejemplo: sobre los despertadores y las estrategias para lograr levantarse a tiempo sin depender de nadie; las reuniones familiares numerosas en las que se vuelve un reto seguir las conversaciones; o incluso sobre la frustración de lidiar con médicos que hablan dando la espalda, con tapabocas, o que te ignoran y prefieren hablar con los acudientes.

En el capítulo anterior exploramos la Sordedad como *campo*, es decir, como espacio social en el cual los sentidos o significados de la sordera están en disputa dentro de esta colectividad en la cual debe ganarse una membresía. Ahora, presento este capítulo como un esfuerzo por entender cómo estas disposiciones empiezan a aprenderse, incorporarse, significarse y operar en la trayectoria vital de cuatro personas Sordas. Para ello presentaré primero sus perfiles de una manera muy sintética identificando los lugares desde los cuales hablan, para luego pasar a profundizar asuntos más de orden familiar, educativo, y de participación en espacios comunitarios o colectivos.

Para finalizar esta introducción es importante mencionar antes algunos asuntos conceptuales y de orden analítico. Primero, al usar la idea de trayectoria, más que mostrar una verdad absoluta sobre sus vidas, muestro la forma en la cual ellos se narran y posicionan la sordera en dicho ejercicio. En este sentido, al retomar la idea de trayectoria hago referencia a “ejercicios de biografización [que] posibilitan ver como la subjetividad se constituye en la interrelación de lo social con la experiencia individual, coadyuvando a la construcción de las formas del narrar-se, juzgar-se y ver-se” (Olaya & Herrera, 2018). Con este término no pretendo generalizar, ni desconocer que existen particularidades en estas trayectorias, marcadas por su género, su autorreconocimiento étnico, la procedencia de su sordera, su edad, o su clase social, entre otros. Sin embargo, estas experiencias individuales me permiten

encontrar puntos en común para explorar el rol de la familia e instituciones educativas como agentes socializadores primarios, así como el papel que juega el contacto con otras personas s/Sordas en el proceso de construcción de sus identidades. Aquí vale la pena aclarar que me referiré a identidad de forma relacional y en una doble vía: una individual construida desde experiencias personales significadas y otra colectiva que “hace referencia a los marcos comunes que se establecen dentro de un grupo o comunidad, es decir a las formas de pensar, ser y actuar que se construyen en conjunto” (Palma-García & Escobar-Ospina, 2016, p. 82).

Igualmente, como se verá más adelante, las situaciones vivenciales que retomaré en este capítulo dan cuenta de la construcción de sentido Sordo en tanto la forma en la cual estas personas se piensan y se narran, y también en la forma como se posicionan dentro de una colectividad que los lleva a un distanciamiento de unos *otros* al tiempo que los acerca a un *nosotros*.

Bosquejo de cuatro vidas: perfil de las personas entrevistadas

Millie es una mujer Sorda caleña de 25 años. Nació siendo sorda en una familia oyente. Sus años de educación iniciaron en el Instituto de ciegos y sordos, que desde un enfoque de rehabilitación acompañó su proceso de oralización con la ayuda de un implante y terapia del lenguaje. En su adolescencia conoció a personas Sordas señantes que la invitaron a aprender la lengua. Desde ese momento empezó a priorizar la lengua de señas sobre el español oral y se ha involucrado cada vez más con los colectivos Sordos. Actualmente hace parte de la CNJS (Comisión Nacional de la Juventud Sorda), es presidenta de ASORCALI (Asociación de Sordos de Cali) y trabaja como profesora de Lengua de señas.



Ilustración 11. Dibujo propio que ilustra la seña de Millie.

Violeta es una mujer Sorda de 34 años que se reconoce como afrocolombiana. Nació en Buenaventura y se vino a vivir con su familia oyente a Cali cuando entró a estudiar en el ITES (Instituto de Terapia Especial de los Sentidos), un colegio para estudiantes Sordos en el cual aprendió lengua de señas. Este instituto, también conocido como Club De Leones de San Fernando, ofrece en sus programas una educación básica y primaria de carácter bilingüe y bicultural para niños y niñas con discapacidad auditiva. Violeta reconoce como su lengua materna la lengua de señas, y como segunda lengua el español escrito. Actualmente trabaja como Modelo Lingüístico en un colegio con población Sorda.



Ilustración 13. Dibujo propio que ilustra la seña de Violeta.

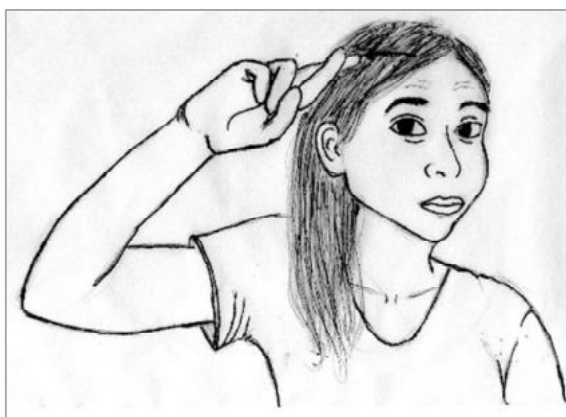


Ilustración 12. Dibujo propio que ilustra la seña de Aldemar.

Aldemar es un hombre Sordo oriundo de Puerto Tejada que se reconoce como afrocolombiano. Tiene 60 años, está casado con una mujer Sorda que conoció en una Asociación de Sordos, es pensionado y recuerda que a sus 3 años perdió la audición. Su familiar más cercano era un primo también con diferencias auditivas con el cual se comunicaba a través de señas hogareñas.

Cuando su primo se fue al exterior, su familia lo mandó a Cali buscando cabida en el Instituto de ciegos y sordos, en el cual conoció la lengua de señas a través de otros niños Sordos que le enseñaron. Ha participado de diferentes asociaciones de Sordos a lo largo de su vida, sobre todo desde las actividades de deporte, y actualmente es un usuario recurrente de la Sala Consentidos de la Biblioteca Comfandi.

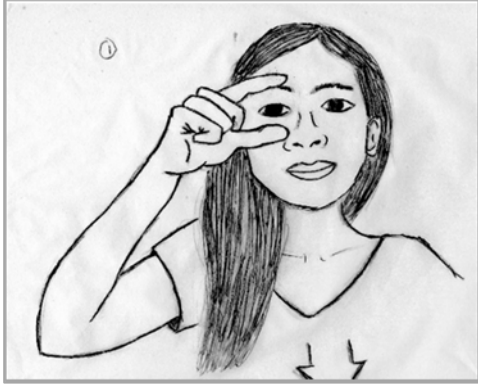


Ilustración 14. Dibujo propio que ilustra la seña de Raúl.

Raúl es un hombre palmireño sordociego de 58 años. Su familia es oyente. Estudió los primeros años en Manizales en un colegio con énfasis en rehabilitación en el cual fue oralizado con ayuda de audífonos. Estudió dibujo publicitario en la academia de dibujo profesional mientras terminaba el bachiller. A los 20 años conoció más personas sordas que le enseñaron la lengua de señas y quienes más adelante lo invitaron a participar en las asociaciones. Hizo una carrera de

pregrado en licenciatura en la Universidad del Valle. Ha trabajado como intérprete, profesor de LSC y fue presidente de ASORCALI. Actualmente trabaja en la biblioteca Comfandi como orientador y facilitador de la sala consentidos.

Familia: cuando la sordera se vuelve asunto de varios

Siempre hay un primer momento, de choque, de asimilación, de preocupación o incluso de culpa. Aceptar que tu hijo es *diferente*, da miedo. Pensar en su futuro, genera ansiedad. Al inicio de las historias compartidas por estas cuatro personas Sordas, e incluso en la mía, la preocupación de las madres y sus esfuerzos por hacer todo lo posible para el bienestar nuestro, es lo que da apertura a esas trayectorias. Unas veces estas preocupaciones logran apaciguarse con las respuestas esperanzadoras de los médicos, que dan esperanzas a que podamos vivir una vida *normal*. Otras veces se opta por migrar a otras ciudades en busca de respuestas, de otras familias en situaciones similares, o de niños en la misma situación.

Procuré empezar las entrevistas con la misma pregunta, “¿cuál es tu historia?”. Sin falta empezaron sus relatos con los recuerdos más tempranos que tenían sobre su sordera: su causa, las reacciones y las decisiones que le siguieron. “Mi mamá no sabía qué hacer”, recuerda Violeta, “estaba preocupada porque no sabía cómo iba a ser la comunicación conmigo”. Y es que en el momento inicial en que se diagnostica, la sordera deja de pertenecer únicamente a uno y se vuelve un asunto que involucra a la familia (Claros, 2017, p. 67). Este cuerpo nuevo es un misterio que en muchas ocasiones no se sabe cómo abordar. Lo que debería ser su espacio de socialización primaria y de aprendizaje de las características esenciales de la identidad familiar a la que pertenece -por ejemplo, marcadores de diferencia social-, se ve

enfrentado a estigmas y obstáculos comunicativos importantes. Dicho de otra manera, “se transforman en miembros minoritarios del grupo de personas más importante en sus vidas – sus familias.” (Claros, 2017, p. 66).

El inicio de la historia de Millie estuvo rodeado por una incertidumbre similar, en la cual los sentimientos encontrados generaron disyuntivas al actuar. Durante el embarazo, su madre se contagió de rubeola. La recomendación, tanto de médicos como de familiares y amigos, era abortar. Se esperaba que Millie naciera ciega, sorda y con problemas cognitivos graves. Pero no lo hizo. Frente a todo pronóstico, lo único *anormal* era sus niveles de audición. Sin embargo, la tranquilidad de esta noticia poco a poco se fue tornando en una nueva preocupación. Era demasiado quieta, solitaria, y no respondía a los estímulos e interacciones de sus padres. Había una aparente imposibilidad de comunicarse con su hija. Pero su mamá no perdió la esperanza. Declaró, frente a las adversidades, que su hija sería capaz de lograr muchas cosas. El día que le pusieron el audífono, cuando fue implantada, la posibilidad real de esta declaración por fin se hizo palpable:

“Mi mamá estaba super feliz [...] le dijo a la fonoaudióloga *si ve que mi hija sí podía hablar oralmente, ella puede, es capaz de lograr muchas cosas*²⁰, y la fonoaudióloga le dio la razón. Y qué lástima porque mi papá [que falleció] no vio ese proceso, mi papá estaba muy preocupado si yo avanzaba o no en la vida, en la comunicación, en la interacción” (Millie, comunicación personal, 12 de julio de 2019).

Los imaginarios que surgen del paradigma de normalidad cambian de golpe las expectativas de futuro de ese nuevo hijo, crea confusión, culpa e impotencia. Y son precisamente estas sensaciones las que impulsan a las familias a encausar sus esfuerzos y energías en un deseo de reparación, en una búsqueda de posibilidades -por mínimas que sean- para solucionar la situación limitante de este hijo o hija (Palma-García & Escobar-Ospina, 2016, p. 85). Las decisiones que se toman en familia, desde estos sentires frente a la sordera, tienen repercusiones en los cuerpos de sus hijos s/Sordos; en el tipo de contenido educativo que se les ofrece; la forma en que se ubican en la dualidad [mayoría/minoría – bueno/malo] que plantea el paradigma de la normalidad de su condición; en la distancia moral que ponen a la

²⁰ Movimiento del cuerpo que simula otra persona. Millie seña mirando al frente, pero cuando introduce esta frase mueve su tronco hacia un lado, mirando hacia el centro donde ella antes estaba, y seña desde ahí. Por eso, interpreto esta frase como una voz de una tercera persona. Esa voz se corta cuando ella retoma su posición original.

lengua de señas; y en la forma en que narran y posicionan su sordera en su trayectoria vital. Quiero detenerme por lo pronto en la relación corporal como parte de la construcción de identidad de estas personas, pues como argumenta la argentina María Rey,

“adquirir conductas de oyente modifica el cuerpo de los sordos: el cuerpo como experiencia sensible, los usos del cuerpo y sus sentidos según se use o no la lengua de señas, los usos del espacio y del tiempo, el cuerpo en el espacio y en el tiempo de otro orden cultural, las interacciones sociales, los contactos corporales, el vivenciar el cuerpo como deficitario o como un ser en el mundo diferente: ser sordo (identidad cultural)” (Rey, 2008, p. 8).

Así, para Rey el cuerpo se entiende como una experiencia sensible que refleja posturas corporales, emociones, formas de sociabilidad, tipos de afectividad, valores, interpretaciones y sentires construidos social e históricamente. Es subjetivado y socializado como parte de la incorporación y puesta en escena de una identidad individual y social. Estas prácticas médicas normalizadoras, encuentran por tanto una resistencia mayor en aquellos que han tenido la posibilidad de explorar la Sordedad desde su primera infancia. Para Aldemar, el gran error de los padres es el desconocimiento de lo que significa vivir y ser Sordo. Pues, ante la incertidumbre que despierta lo extraño recurren únicamente a los saberes médicos, y en este escenario los implantes son presentados como la respuesta acertada, como la mejor opción de futuro, o como una salvación.

“Pero el implante no cambia ni soluciona nada”, reflexiona Aldemar preguntándose, además, “¿dónde queda el respeto a la persona Sorda, a sus experiencias, a su cuerpo, a su lengua y a su cultura?”. Esta posición, que refleja una perspectiva común en el colectivo Sordo sobre las prácticas quirúrgicas, están vinculadas a una sensación de compromiso frente a la identidad colectiva Sorda. Desde este punto de vista, los implantes ocurren cuando no existe una actitud positiva hacia las señas y la cultura Sorda, y por lo tanto, “tales intentos de ‘curar’ o ‘remediar’ médicamente la sordera se consideran no sólo equivocados, sino también culturalmente opresivos” (Reagan, 1995, p. 248, traducción propia). Esto que menciona Reagan puede verse reflejado en el siguiente testimonio de Aldemar:

“También, que los fuerzan a hablar oralmente [sonidos guturales fuertes y forzados con mano agarrando fuerte la garganta] *que sigan las terapias que tiene que ir* [imitando el regaño de un padre] y más terapias y más terapias. Entonces a veces se gasta mucho dinero en eso, ¿por qué no

se invierte en otras cosas de la educación del hijo, en la lengua de señas? ¿por qué les insisten en mejorar algo que ellos no quieren?” (Aldemar, comunicación personal, 5 de junio de 2019).

Si bien la Sordedad no ha sido criminalizada, como es el caso de las sexualidades diversas, desde la perspectiva culturalista de la Sordedad se consideran estos métodos como formas de violencia y negación histórica de los derechos lingüísticos de las personas Sordas. En este sentido, los esfuerzos por educar únicamente de forma oral, acompañado por discursos científicos que desalientan el conocimiento de las lenguas de señas, representan una forma de control social opresivo (Berbrier, 2002, p. 566), e incluso una forma de violencia simbólica normalizada que impide la posibilidad de acceso a formas diferentes de percibir el mundo y su cuerpo (Morales, 2015).

Para Violeta la relación del cuerpo que es intervenido pensando en normalizar y en mitigar el miedo a lo anormal, más que en el bienestar de la persona sorda, se ve reflejada en los implantes:

“El implante coclear es un sufrimiento desde la parte física muy grande y desde la parte emocional también. Hay familias a las que sus hijos los han operado una o dos veces, les han hecho un implante en un oído, luego en el otro... finalmente [...] los jóvenes terminan decidiendo que no quieren el implante porque les hace más daño, escuchan de una forma distorsionada o se sienten físicamente enfermos, les duele la cabeza y ellos deciden, toman esa decisión [de quitarse el implante] y los padres se enojan, algunos finalmente lo aceptan, pero es difícil. [...] Yo estoy totalmente ²¹en desacuerdo con eso, es mejor aceptar la naturaleza que Dios ha permitido que tengamos. Nacimos Sordos, o quedamos Sordos, pero eso es y ya, aceptémoslo. No hay nada malo en eso” (Violeta, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

Lo interesante es que esa dificultad que ella identifica en los padres para aceptar esta condición de sordera, no la atribuye al poder de convencimiento de los argumentos médicos, sino a unos valores y un orden que rigen de forma diferenciada estos cuerpos Sordos-oyentes. “Ellos son muy diferentes²², en la forma de pensar, en la forma de escribir el mundo, y de

²¹ La palabra “totalmente” no fue señada, sin embargo, decidí usarla porque la seña “desacuerdo” se hizo con un énfasis facial y espacial más marcado y con mayor repetición que acentuaron la magnitud de esa discrepancia.

²² La interpretación exacta sería “ellos son diferentes”, sin embargo, decido poner “muy diferentes” porque la seña que se hizo en esta última palabra tuvo un énfasis espacial diferente. Su velocidad fue más lenta que el resto de la oración y se repitió dos veces, enfatizando así en la magnitud de la diferencia.

entenderlo”, seña Violeta refiriéndose no sólo a sus familiares sino también a los demás oyentes, “tienen valores, los valores que ellos tienen pueden ser muy diferentes a los míos viendo lo que es la sordera”. Esto que Violeta llama valores nos permite pensar que existen normas inscritas en este campo de la Sordedad, normas que regulan comportamientos e interacciones al tiempo que cohesionan juicios dispersos de la vida cotidiana de quienes comparten el colectivo (Escalante, 1992). En las secciones siguientes encontraremos situaciones de choque que fueron sentidas y descritas así precisamente al confrontar lo que llamo una “socialización oralista” de crianza con un contexto Sordo nuevo.

Los puentes orales que en los primeros años de vida acercaron a estos padres oyentes con sus hijos sordos, empiezan a debilitarse una vez estos empiezan a incorporar los valores morales que comprenden la Sordedad. Cuando se generan -como veremos más adelante- las situaciones de quiebre y de cuestionamiento de ese ideal oral, la familia como institución de socialización primaria empieza a perder peso. Millie ilustra con sus manos esta parte de su experiencia vital al contar lo que pasó al decidir quitarse el audífono después de haber crecido oralizada. La comunicación con su familia se redujo a frases sencillas, minimalistas, como ¿ya hizo la tarea? ¿cómo estás? ¿estás trabajando?, y resúmenes cortos que su mamá hace para explicarle largas y complejas conversaciones familiares. La brevedad y simplificación de las interacciones, la aburre, le hacen sentir que hay mucho de lo que no se da cuenta, mucho de lo que no la hacen parte. Es la cercanía en cotidianidad con más personas Sordas lo que saca a la luz la razón de este distanciamiento:

“Hace poco mi mamá se sintió mal y me dijo que quería aprender señas... pero es muy tarde ¿no? la ha impactado mucho la presencia de mis amigos sordos en la casa, y dice ¡ay! ¿cómo le digo hola a su amigo? entonces le hago a mi mamá la seña [hace la seña de hola, buenos días, buenas tardes, buenas noches] y ¿cómo le digo tal cosa? entonces ella [...] se ha impactado. Al inicio me daba mucha rabia, pero ya me fui acostumbrando. Yo antes le insistí mucho pero francamente ahora estoy como muy desanimada para ponerme a enseñarle, ya después de tantos años que ella no me quiso hacer caso...” (Millie, comunicación personal, 12 de julio de 2019).

El contacto con personas Sordas señantes detona un cambio de actitud. En el caso de Millie ese cambio confronta dos visiones diferentes en su propio cuerpo: el de su mamá que puso su fe en la rehabilitación oralista pensando en un futuro *normal* para su hija, y la suya al quitarse el audífono y proponerse priorizar las señas como su forma de comunicación. Quiero

resaltar por último que estos contactos con personas Sordas, que pasan por fuera de la institución de la familia, ocurren en los colegios que se configuran como lugares de encuentros y reconocimientos.

Colegio: experiencias de socialización y violencias normalizadas.

Cuando hablo de encuentros no me refiero únicamente a las experiencias de socialización, exploración y aprendizaje de la persona Sorda. La familia también entra en diálogo con las dinámicas escolares y se ve interpelada por estos. Violeta pone un claro ejemplo de esto.

“Ellos siempre me decían [con la boca abierta y con voz] V-I-O-L-E-T-A, me hablaban oralmente, luego se fueron acostumbrando que tenían que acercarse y tocarme el hombro para decirme alguna cosa que necesitaran. Entonces digamos que, el colegio sirvió mucho para que mis papás, sobre todo mi mamá y mis tías se concientizaran de que a mí me tenían que hablar en lengua de señas, ser más expresivos, o tratar de comunicarse no desde la lengua oral sino desde una lengua más gestual, más visual.” (Violeta, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

Sin embargo, un análisis que profundice en el papel que juega el colegio como escenario socializador debe poder identificar los contrastes y contradicciones, así como también las experiencias de exclusión y desigualdad en el mismo. Antes de seguir mostrando experiencias de aprendizaje Sordo, quiero empezar identificando en este mismo escenario aquellos detalles que dan cuenta de obstáculos, discriminación, rupturas y violencias.

Un punto de partida en la literatura sobre educación para personas sordas es la crítica al paternalismo que se ha imbricado en estos sistemas y pasa desapercibido. En varios de los relatos, es recurrente que las familias oyentes optaran por enviar a sus hijos sordos a estudiar en institutos especiales con características de internados. Ahí, todo el proceso de rehabilitación oralista y auditiva era guiado por una maestra que al tiempo hacía el papel de cuidadora. Actitudes como estas, de cuidado y compasión, suelen ignorarse al hablar de discursos o prácticas de dominación. El paternalismo permite que detrás de una profunda y sincera simpatía por este grupo de personas, se reproduzcan posiciones de subordinación y desigualdad social y económica. En parte, la figura de maestra-cuidadora puede rastrearse a perspectivas médicas que inciden en los programas educativos de estas personas. Durante varios años, recuerda Raúl, su historia clínica lo declaró “persona sorda con retardo” porque no lograba comunicarse bien oralmente. Sus oídos, ahora eran asociados con una dificultad

de aprendizaje, a problemas cognitivos y, por tanto, a una educación especial. Especial, porque se dedicaba en gran medida a reparar, a rehabilitar y curar, en vez de educar.

“Siento mucho pesar, en el instituto de ciegos y sordos, en el santa librada, a ellos ya no es importante... que pasen su bachillerato que lo logren y ya, tenga su cartón. Pero en los procesos no pasa nada.” [...] ellos sienten mucho miedo, no se sienten preparados, siempre saben sólo lo básico, lo básico, lo básico, entonces uno se queda ahí frenado, por eso” (Aldemar, comunicación personal, 5 de junio de 2019).

¿Cómo se está pensando el espacio educativo de las personas s/Sordas? La crítica de Aldemar a estas instituciones no fue la única, en las diferentes entrevistas hubo un punto recurrente donde se reclamaron cambios y mejoras en la política educativa. La perspectiva de rehabilitación, que parece dominar las ofertas que existen en esta materia, mide los avances y logros en términos de capacidad de escuchar y comunicarse oralmente, más que los procesos de aprendizaje. Como explicó Raúl, hay un momento (alrededor de los 9 años) en el cual se evalúa si ha cumplido con dichos logros, y de no hacerlo, se remite -casi con resignación- al colegio ITES o alguno de las Asociaciones de Sordos que usan señas. De cumplirlo, continúan en proceso de rehabilitación hasta los 12 o 14 años, donde los remiten a colegios ‘normales’. Por cualquiera de esas dos vías, se llega tarde a ese proceso de aprendizaje ‘normal’ que es ofrecido al resto de colombianos, abriendo la posibilidad de tener implicaciones negativas a largo plazo en su independencia y proyecto de vida.

Ahora bien, la violencia simbólica ejercida desde esos paradigmas de normalidad es también protagonista en los relatos, especialmente desde estereotipos que se van interiorizando. Juicios de valor que se normalizan. Estigmatizaciones que, al repetirse reiteradamente desde diferentes escenarios, desde diferentes personas, empiezan a volverse creíbles y ordenadoras, incuestionables e inmutables:

“siempre nos decían a nosotros cuando estábamos pequeños que no hablemos en señas porque entonces somos micos, somos micos, “hablen, hablen”, [...] y aún todavía los sitios como Ciegos y Sordos que lo dicen, nos lo dicen, que no lo hagamos [...] A uno le queda grabado en la mente, entonces es importante lo que tiene que ver con la comunidad, la integración... porque eso permite que ellos se enriquezcan y se sientan como familia y no se sientan solos.” (Raúl, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

Este tipo de violencia simbólica, que refuerza estereotipos y castiga lo que se sale de la norma o lo esperado, es interiorizado y más adelante puede reflejarse en parte como -lo que algunos autores se atreven a llamar- colonialismo interno. Hacen referencia a este concepto al tiempo que se preguntan ¿los sordos oralistas que se asimilan a la mayoría oyente lo hacen porque sienten que experimentan una discriminación menos intensa que los Sordos señantes de la comunidad? (Eckert, 2010, p. 321). En este sentido, la experiencia narrada por Millie permite ver cómo opera en la cotidianidad esta interiorización de estigmas²³:

“[...] cuando ingresé al colegio, estuve con sordos, pero no quería, yo quería era hablar oralmente porque ya me sentía como parte de los oyentes para esa época. Yo me sentí en mi espacio. En cambio, yo miraba a los sordos y yo decía *no esos son animales, ¡no no no, yo no quiero, no quiero!* ... Eran muy diferentes, la cultura, la forma en que se comunicaban, hacían las señas muy grandes²⁴, usaban mucho el espacio... y con los oyentes era diferente... la comunicación, para mí era como más educado, más sobrio, más bonito, y yo le dije para esa época que yo no quería estar con sordos sino con oyentes” (Millie, comunicación personal, 12 de julio de 2019).

Lo que está en juego en esta experiencia refleja un proceso de producción de subjetividad y otredad a partir de unas premisas desplegadas por una hegemonía oyente capaz, como diría Césaire, de «inventar almas». En este sentido, estos discursos de poder normalizadores establecen formas de relaciones sociales específicas que a su vez dan cuenta de formas en las cuales los sujetos se representan a sí mismos con respecto al resto (Fanon, 2009). Para Millie, entran a un colegio con presencia de personas Sordas y oyentes, la obligó a elegir un lado, a enunciarse como una de las dos, a confrontar los dos mundos de los cuales era inevitablemente parte.

²³ Quiero agregar como nota adicional otra experiencia sobre la interiorización de estigmas. Es una nota porque no hace parte de las trayectorias de las cuatro personas que conforman el capítulo, pero es interesante porque fue enunciada por un líder Sordo “puro”, es decir de familia Sorda:

“yo nací, mis papás me cuentan que a pesar de que ellos son Sordos, cuando nació Sordo ellos se preocuparon mucho por mí, dijeron *no, nuestro hijo es sordo, va a sufrir, le va a ir muy mal*, porque ellos tuvieron una historia muy difícil, pero ahorita ya gracias a los derechos, a toda la influencia que ha hecho la comunidad, tenemos una vida mucho más fácil en el sentido de que podemos trabajar, tenemos opciones para tener una vida dentro de los normales entre comillas” (Javier, Conversatorio, 8 de febrero de 2019).

²⁴ “hacer las señas muy grandes” es una interpretación de un movimiento corporal en el cual las manos hacen la seña de “seña” de una forma exageradamente amplia.

“¿Ser oyentes para qué?”: procesos de choque y reconocimiento identitario

No obstante, estas sacudidas que ponen en evidencia obstáculos, rupturas y violencias, coexisten en los lugares que se configuran como espacios sociales de encuentro a través de vivencias compartidas. Por ejemplo, autores como Skliar (1997) y Oviedo (s. f.), exponen para el caso de Argentina y Estados Unidos formas de violencia institucional vividas en escuelas para sordos. Así, dan cuenta que estas instituciones con ambientes opresivos, que durante más de cien años pretendieron corregir y normalizar “para controlar, separar y negar la existencia misma de la comunidad, la lengua y [sus] hechos culturales” (Skliar, 1997, p. 6), proveyeron en su interior “el espacio necesario para el surgimiento de comunidades lingüísticas entre los niños internos” (Oviedo, s. f., p. 4).

Así pues, se empieza a vislumbrar una estrecha relación entre la diferencia y la desigualdad, entre el proceso de construcción o reconocimiento de una identidad Sorda y las experiencias cotidianas de exclusión que son compartidas por quienes conforman este colectivo. En mi caso, como he narrado en la introducción, las experiencias de diferencia tuvieron como resultado dos procesos. Uno es la negación a todo aquello que me relacionara con la sordera y los imaginarios que se tuvieran de esta, que se puede ver reflejado en mi intención de pasar desapercibida mostrándome como “normal” al disimular meticulosamente las veces que no escuchaba. Y otro es el proceso de reconocimiento que llega con la apropiación de esas características diferentes como algo que reivindica quien soy y me une a un colectivo de personas. Ambos son procesos, presentes tanto en mi relato como en las trayectorias de vidas enunciadas en este capítulo, en los cuales la reivindicación de la diferencia y las experiencias de desigualdad encuentran un punto de contacto teniendo como escenario, por ejemplo, el colegio.

Para Aldemar, Violeta y Millie, el colegio se convirtió en un lugar para reconocer la existencia de otras formas alternativas a la visión normalizante de vivir, pensar y narrar la sordera. Violeta, por ejemplo, aprendió en el ITES su primera lengua: las señas. Ahí, rodeada de personas Sordas y modelos lingüísticos, aprendió de la existencia de algo llamado Cultura

Sorda. Y sin las barreras lingüísticas de por medio -afirmó- empezó a conocer sobre sexualidad, finanzas, y valores.

Aldemar, aunque estuvo en un colegio con un enfoque totalmente diferente, recuerda el Instituto como un lugar que a pesar de ser exigente y con una educación que describe como militar, le permitió también conocer a quienes lo guiaron años más tarde a las Asociaciones. “Yo me sentaba con ellos, me esforzaba, ellos hablaban mucho en señas... y así fue como aprendí [en los descansos], fui copiando”, recuerda Aldemar con nostalgia, “ahora los del instituto de ciegos y sordos son muy brutos, [...] antes dejaban señar y ahora no”. Esta última frase -que tiene un tono corporal de reclamo- deja en evidencia que, para él, la pérdida de estos espacios no oficiales, cotidianos, e incluso de resistencia al modelo rehabilitador, para aprender señas representa un daño para los niños y niñas s/Sorda. Tanto para su futuro personal, como para su proceso escolar.

Quiero ahora compartir fragmentos pulidos de la entrevista a Millie porque narra de forma personal y emocional lo que podríamos llamar las diferentes etapas que pasa una persona sorda para reconocerse como Sorda. Es un proceso, en este caso todo enmarcado en la experiencia escolar -con presencia tanto de oyentes como de Sordos- que está atravesado por choques, encuentros, reconocimientos externos e internos, y finalmente un sentir de colectividad:

Yo entré a bachillerato, en sexto, al colegio José María Carbonell. Ahí tenía las mismas barreras que antes, de comunicación, pero al menos tenía una mejor amiga que me ayudaba mucho. Poco a poco, con el tiempo, cuando salíamos a descanso, yo estaba sentada ahí con mi mejor amiga hablando y me dijo *¡Ay mirá tan chévere que hablan en lengua de señas!*, yo me asomé y dije *¡Ay no no no! eso tan feo, las señas... hacer señas parecen animales*. Pero de tanto insistir, acepté ir donde ellos. Estaba muy nerviosa y no sabía cómo comunicarme. Entonces me acerqué y le escribí a uno en un papel *buenas tardes, disculpe, yo soy sorda y quiero aprender lengua de señas*. Y me dijo emocionado *¿verdad usted es sorda? Venga, claro que sí venga yo le enseño señas, venga, venga, venga*.

Ahí fue cuando empecé a aprender señas, siempre en el descanso nos encontrábamos y me enseñaban señas. Fui aprendiendo poco a poco. Mi mejor amiga... con ella perdí la comunicación, empecé fue a relacionarme más y más sólo con personas Sordas, con usuarios de la lengua de señas. Yo sentí que mi identidad era igual a la de ellos. Yo empecé a sentir como que éramos de

una familia, y empecé a sentir que mi amiga oyente -y con todos mis compañeros oyentes- yo no sentía esa familiaridad... sólo con los Sordos. Yo me fui adaptando a la cultura, a las formas de hablar, fui aprendiendo.

En octavo, una amiga Sorda me aconsejó *¡uy no! Usted ya ha estado mucho tiempo con oyentes, ¿por qué no mejor se mete a un salón donde estamos los Sordos? Para que comprenda, yo le aseguro que, con el servicio de interpretación, con la lengua de señas, a usted le va a quedar completa la información.* Y se veía muy segura de lo que me decía, entonces en las vacaciones antes de pasar a noveno, reflexioné mucho. Le dije a mi mamá que quería estudiar con Sordos. Ella me dijo *¿seguro? Acuérdesse que eso no es un juego – no mamá, no estoy jugando.* Así fue como pasé a noveno a estudiar con Sordos. Ellos estaban felices porque me habían cambiado de salón, estaban super contentos.

Pero ya cuando la intérprete empezó... uy no [cara de frustración y confusión], me confundía bastante, me tocaba preguntar *¿qué es lo que dice? ¿esa seña qué es, qué significa?* pues porque yo no comprendía completamente la lengua de señas. Pero el contacto con los Sordos me ayudó mucho, la insistencia, la adaptación que tuve en el salón... yo me sentí completamente identificada en la comunidad Sorda, me sentía en mi espacio, ya con el tiempo le comprendía al intérprete mucho más claro y yo dije *¡Ay! Dios mío, yo perdí mucho tiempo, muchos años,* porque había muchas cosas que quería saber, pero desde la lengua oral no lo comprendía y, ahora, con la LS lo conseguí y hasta me pude graduar. Ese día de la graduación lloré de felicidad. Agradecí mucho la insistencia de la comunidad Sorda. Logré terminar ese proceso escolar con Sordos usuarios de la LS y por eso yo digo que las manos, y usar la LS, es muy valioso, eso me ha hecho muy feliz, eso fue lo que yo reflexioné cuando me gradué.

Podría decir que cuando yo estaba pequeña, estaba en una cultura oyente. Yo me acuerdo. Estaban los modales, la educación, el caminar bien, el no hacer bulla al caminar, el estar atentos, el sentarse bien, el tener una buena postura... todo era parte de esa cultura oyente. Y cuando estuve en la comunidad Sorda por primera vez, fue muy diferente. Aunque yo toda esa información la guardé cuando llegué a la comunidad Sorda, porque yo también soy implantada y eso me ha ayudado mucho a entender el mundo auditivo. Incluso corregía a algunos sordos cuando hacían bulla y caminaban y gritaban. Pero cuando ya me quité el implante, dejé de usarlo y lo guardé, entonces empecé a azotar la puerta, a comer mal, a hacer bulla con el plato y la cuchara, a caminar y hacer ruido, entonces... eso, todas esas cosas que parecieran de mala educación, comprendí que eso lo hacen los Sordos. Eso hace parte de esa cultura de ellos, y de los oyentes no. Viví esa gran diferencia, yo crecí con oyentes hasta que empecé con la comunidad Sorda.

(Millie, comunicación personal, 12 de julio de 2019).

Este fragmento, pone en evidencia la identidad como algo móvil. Stuart Hall (2010) desde los estudios culturales, por ejemplo, argumenta que las identidades culturales no son estáticas y delimitadas, sino que son dinámicas y construidas situacionalmente en lugares y tiempos particulares. En la historia de Millie, el colegio funciona como un escenario de encuentro y contacto con unas personas que enuncian su Sordedad desde ciertas posiciones. Posiciones que son nuevas e incluso opuestas a los que ella, como persona sorda oralizada, conocía. Las interacciones con estas personas, permite explorar cómo hemos construido esa frontera con el otro, que al inicio de este caso era tan cercano y lejano a la vez.

Paddy Ladd (2011) se refiere a esta dualidad como identidades híbridas, porque es en ese momento de reconocimiento y exploración cuando se deja espacio para la coexistencia de identidades polarizadas. Entre ser sordo y oyente. Sobre ser ambos en un mismo cuerpo. Es la copresencia de comunidades imaginadas o diferentes categorías que conforman la trayectoria vital, creando identidades híbridas y complejas. Personalmente, me ha llamado mucho la atención pensar que las reflexiones personales que he tenido antes y durante el trabajo de campo para esta investigación han sido parte de ese proceso de hibridación. De cierta manera, me he sentido en la mitad de dos grandes categorías. Para los oyentes que han tenido que lidiar con mi frustración al toparme con alguna barrera de accesibilidad, soy sorda. Para los Sordos que conocí, soy mucho más oyente porque me desenvuelvo sin problema en un contexto oral y no soy fluida en señas. Y ambos tienen razón. Mi cuerpo refleja posturas corporales y formas de relacionamiento que se enmarcan en lo que las personas Sordas llaman “cultura oyente”. Al aprender a señar me vi obligada a modificarlo, a soltarlo, a no incomodarme con las miradas fijas, con el tacto, con el silencio, ni con las risas o abrazos fuertes. Pero al tiempo, no puedo negar que mi sordera existe a pesar de mis habilidades al hablar. Las frustraciones por las barreras existen y se avivan cuando me llaman discapacitada. Las preguntas por su causa y el futuro de mi ‘oído bueno’ también están presentes. Las experiencias compartidas hasta ahora dejan una semilla para empezar a pensar en mí la Sordedad. Soy ambas, soy ninguna, pero soy.

En este sentido, y de acuerdo con Ladd (2011), las luchas y resistencias que se hacen desde la Sordedad se vive también dentro de cada persona que decide posicionarse como tal. Las violencias simbólicas interiorizadas, como las presentadas anteriormente, pueden reflejarse

como miedo a reconocerse como Sordos o aprender señas. Apartarse de esa corporalidad oyente y normal idealizada los pone en peligro de ser considerados incapaces y dependientes. Pero, como veremos más adelante, las actividades colectivas que se realizan en la biblioteca o en las asociaciones son un intento por romper esos miedos impuestos y generar *islotos de señas* seguros para ser Sordo. Así, la resistencia colectiva empieza sencillamente con vivir día a día los valores culturales Sordos incluso en un contexto oyente hostil, pues se trata de una identidad que opera tanto para sí como para otros, al tiempo que se articula y moldea con las circunstancias del contexto, como la familia, el colegio o las asociaciones (Briones, 2007).

De la sordera individual a la Sordedad colectiva

Hace muchos años, cuenta Raúl, el mundo de ‘afuera’ era un mundo hostil. La lengua de señas aún no había sido reconocida y usarla en público atraía miradas castigadoras. “nos miraban como si ... estuviéramos locos”-recuerda- “decían, *están hablando con señas, son micos, están locos*, y nos miraban feo. Esa generación de los Sordos, que a mí no me tocó por ser oralista, cuentan que no podían hablar en la calle”. ¿Qué hacían entonces? “Se reunían en lugares cerrados para poder desahogarse”, contestó. En diferentes etapas de las trayectorias vitales narradas, la idea de comunidad Sorda, el estar en colectivo, se manifiesta como una búsqueda por un espacio seguro para todo aquello que ‘afuera’ es casi imposible: ser y aprender.

Por ejemplo, Aldemar recuerda su llegada a los 14 años a ASORVAL²⁵ como algo emocionante. “Yo quedé [cara y ruido de asombro], me quedé sorprendido, estaban hablando en señas” -recuerda con emoción- “allá cogimos experiencia, pero yo sí estaba muy joven”. Las personas que conoció aquí fueron las que le explicaron cosas que, según cuenta, fueron muy importantes en su vida, como el matrimonio, el noviazgo, las relaciones e incluso a aprender a decir cosas oralmente para tener más oportunidades de empleo. Su llegada aquí lo hizo caer en cuenta de lo mucho que le faltaba aprender, sobre señas, sobre historia, sobre lo que significa Cultura Sorda -que aprendió al llegar a ASORCALI- y, sobre todo, la

²⁵ Asociación de Sordos del Valle

importancia de enseñar a los demás lo que uno sabe. Para él, reconocer este conjunto de cosas es lo que significa comunidad Sorda.

Para Violeta, la importancia de este espacio colectivo no reside únicamente en aprender sobre cultura sorda y aquello que lo compone. Para ella, como modelo lingüístico y lideresa Sorda de la ciudad, lo que permiten el compartir y conocerse entre personas s/Sordas es crear espacios para que los niños Sordos comprendan que no son discapacitados, que son capaces. Es un espacio social para deconstruir todos los estereotipos que se reproducen desde la normalidad, desde los saberes médicos, desde las violencias estructurales y simbólicas que sobrevienen en los colegios y familias.

Millie, por su parte, describe la vida comunitaria a través de una metáfora cristiana: la Koinonía. No se trata de ser y pensar todos lo mismo, porque reconoce que todos los Sordos son diferentes, por sus historias y contextos. Se trata de la posibilidad de encontrarse, de acercarse y construir vínculos. Reconoce, además, que su decisión de asociarse a ASORCALI fue para poder seguir aprendiendo cosas una vez se graduó. “Tomé la decisión de unirme y yo dije *¡Uy sí! [quienes me invitaron] Tienen razón, hay mucho que uno puede aprender*”- contó orgullosa- *“uno puede ampliar el conocimiento, lo que yo puedo ver de mi vida para mi futuro... mi amiga tiene toda la razón, estoy construyendo también mi futuro”*. Así, los colectivos de personas Sordas, como se argumentó en el capítulo 1, se posicionan como un lugar en el cual se pueden suplir aquellas necesidades que no se encuentran afuera de estos por las estructuras de oportunidades que operan en el contexto.

En palabras de Raúl, “es un espacio de encuentro, que permite uno ubicarse para varias cosas”, ya sea en temas judiciales, trámites burocráticos, servicio de interpretación entre ellos, explicar los resultados médicos escritos (porque un resultado positivo no se interpreta como buenas noticias), o simplemente de catarsis, como es el caso de una señora de edad que acaba de quedar sordociega y debe aprender no sólo a comunicarse sino también a resignificar su cuerpo. Son espacios que, a pesar de interactuar poco con los contextos oyentes de afuera, tienen puentes de diálogo más allá de las fronteras nacionales. Así como el Gran Caribe, aquellas islas en apariencia solitarias, tejen entre si dinámicas y saberes que van más allá de las líneas continentales que las reclaman. “No podemos quedarnos sólo aquí en Cali”, seña con firmeza Aldemar, “nosotros debemos tener contacto con otros Sordos que

vivan en otros países y tener oportunidad de saber qué es lo que ellos están haciendo y cómo podemos nosotros avanzar aquí en Cali”.

Estas redes de apoyo que tejen en estos contextos de encuentro sirven para hacer frente a la incertidumbre que experimentan las personas s/Sordas sobre su futuro, para no sentirse solos incluso cuando no pueden comunicarse con nadie en su propia casa, para tener una institución social de soporte que alivie los huecos que deja la familia oyente que no sabe señar. “No podemos estar solos, regados”, seña Raúl-, “porque estaríamos aislados de todo”. Pero, así como ellos necesitan la comunidad, la comunidad los necesita. “Si nos alejamos de esa comunidad Sorda, la comunidad se va a acabar, si cada uno tomara la decisión de irse retirando, se acaba”, seña Violeta con preocupación, “pero es vital para nosotros”. Como se abordará en el capítulo siguiente, hay situaciones que amenazan su futuro, tanto externas (como la ingeniería genética y discursos médicos), como internas. Sería un acto ingenuo de romanticismo pensar que no existen conflictos y diferencias dentro de estos colectivos. Son espacios tan plurales como los cuerpos que lo componen, y negar esto, sería caer de nuevo en las dinámicas de borramiento de la heterogeneidad de experiencias e identidades intrínsecas en la categoría de ‘persona diferente’.

Recapitulación

Presento este capítulo como un esfuerzo por entender los discursos detrás del reconocimiento de la Sordedad, las contradicciones en este proceso, y las particularidades -así como similitudes- de cada trayectoria. Aun cuando los propósitos de este capítulo no se centran en la marginalización, ni en las violencias físicas o simbólicas que experimentan las personas s/Sordas en un contexto oyente muchas veces hostil, quiero dar cuenta no sólo de la resiliencia de estas personas, sino también de la relación que existe entre esas experiencias de desigualdad y la posterior reivindicación de la diferencia desde diferentes escenarios. Quiero mostrar, a través de estos relatos, su capacidad de adaptarse, tanto lingüística como corporalmente al tiempo que confrontan los estereotipos, estigmas y miedos que rodean su existencia al defender política, personal y culturalmente la reivindicación del silencio.

La naturalización de la sordera como enfermedad, como problema indeseable y como una situación vergonzosa, ha sido asimilada por muchas personas -tanto sordas como oyentes- y

ha reproducido prácticas acordes a estos modelos médicos discapacitantes. Llevando así, como vimos en el primer capítulo, a condiciones educativas, económicas y sociales desiguales que se escudan en un imaginario de carencia. Lo que he mostrado, tanto en los capítulos anteriores como en este, es que las redes que se tejen y forman colectivos Sordos, ayudan a hacer frente a los obstáculos e incertidumbres que el mundo oyente depara.

Estas trayectorias, con relatos de contradicciones, dilemas existenciales, y caminos diferentes para llegar a sentir la Sordedad, busca alejarnos de una noción homogénea y pasiva de la discapacidad para invitarnos a entrever que lo que está en disputa en este *campo*, tanto en el plano grupal como individual, son las diferentes formas de significar la ausencia de audición. Significaciones que pasan por luchas internas y externas, por historias de personas Sordas consideradas líderes o lideresas, por resistencias simbólicas y políticas, y por los capitales en juego durante el proceso de resignificación del cuerpo mismo, de la existencia misma.

Capítulo IV

Identidades que trascienden a un escenario político

“Unless Deaf people challenge the culturally determined meanings of deaf and disability with at least as much vigor as the technologies of normalization seek to institutionalize those meanings, the day will continue to recede in which Deaf children and adults live the fullest lives and make the fullest contribution to our diverse society”

(Lane, 2002, p. 376)

Si bien el capítulo anterior abordó de manera relacional la noción de identidad a través de trayectorias de vida de personas Sordas, este capítulo cuarto, apuntando al tercer objetivo, problematiza esta noción a la luz de las formas de reivindicación de derechos que han surgido en torno a la sordera significada como característica cultural minoritaria. Para esto, empezaré revisando en qué escenarios y de qué forma se dialoga sobre cómo representarse como colectivo Sordo configurando la lengua de señas como pilar diferenciador. Continúo luego llevando este *deber ser* colectivo a discusiones sobre el modelo educativo y los neologismos que -consideran- está abriendo brechas generacionales entre las personas Sordas. Concluyo finalmente con una reflexión sobre cómo las reacciones en estos escenarios mencionados están mediadas por una representación colectiva esencializada pensada de forma estratégica.

Antes de continuar valdría la pena preguntarse, ¿por qué insistir en la noción identidad siendo este un tema que ha experimentado tantas revisiones en la teoría social, y que ha estado en el centro del debate de las “políticas de la identidad” contemporáneas? Primero, habría que decir que, en las entrevistas y conversaciones cotidianas, el término “identidad Sorda” surgió de forma recurrente, casi como una categoría “local” o “nativa” que aunque tenía claras conexiones con contextos más amplios aparecía apropiada y naturalizada en la mayoría de mis interlocutores. Por ello, más que indagar si este era el término adecuado o no analíticamente, lo que me interesó fue entrever qué entendían ellos por esa “identidad,” cómo operaba en la narración de su trayectoria de vida, en qué escenarios se enunciaba y con qué finalidad. Como mencioné en el anterior capítulo, se trataba de una identidad pensada en dos dimensiones. La primera, sentida como experiencias personales significadas para dotar de

sentido al yo, que a su vez guía la narración de una trayectoria de vida alrededor de estas experiencias articuladoras. La segunda, entendida en el marco de una colectividad enunciada como Comunidad Sorda. Los escenarios y las formas en las cuales esta última es enunciada son los que pretendo abordar ahora.

Si bien cada persona que conforma esta sentida Comunidad tiene formas de pertenecer, trayectorias vitales y experiencias de sordera diferentes, en los espacios sociales de encuentro (como la Biblioteca) se pueden observar interacciones o dinámicas de colectividad mediadas por una semejanza sentida y expresada. Una similitud que se manifiesta en disposiciones compartidas, redes de apoyo e incluso invitaciones a acciones colectivas. Lo interesante de esta dimensión colectiva de la identidad, que articula experiencias y abre espacios para reclamos simbólicos y estructurales, es que permite también un constante diálogo y reflexión entre “sordo/discapacitado” como identificación impuesta y “Sordo” como autoidentificación que resignifica o rearticula la experiencia de la sordera por fuera de la discapacidad. Sentirme capaz de decir en voz alta o señando ‘*Sí, soy Sorda y qué*’, tiene detrás un proceso personal y grupal de reconocimiento y posicionamiento frente a estas *etiquetas*. Se trata de una interacción dialéctica, que podría considerarse similar a la experiencia afroamericana de la “raza” en el marco del lenguaje de la identidad que tomó fuerza en Estados Unidos a finales de 1960 y se consolidó como base para reivindicaciones de identidad de diferentes grupos poblacionales, como aquellos basados en el género, la sexualidad, y, en el caso del Deaf Power, la Sordedad (Brubaker & Cooper, 2000, p. 28).

Estas reivindicaciones, que surgen de la organización de las interacciones colectivas ahora posicionadas políticamente, se enmarcan en un contexto nacional particular. Como muestra Hoffman-Dilloway para el caso de la política etnolingüística de la sordera de Nepal, las acciones de estos colectivos Sordos deben saber interlocutar con las realidades y los marcos de referencia a partir de los cuales se construyen categorías de *otredad* en la política, de tal forma que logre dar cabida a sus reivindicaciones dentro de este escenario (Hoffmann-Dilloway, 2010, p. 424). En este sentido, el concepto de “esencialismo estratégico” propuesto por Gayatri Spivak (1988), permite llevar la discusión del término “Identidad” Sorda a las estrategias a las que han recurrido estos colectivos para movilizarse y narrarse en las esferas públicas y políticas. Estrategias que, al verse enmarcadas en un panorama nacional que

reconoce la multiculturalidad como base a partir de la cual es posible exigir derechos, abanderan la Sordedad como rasgo cultural y lingüístico minoritario. En esta lógica, la relación entre una mayoría oyente y una minoría Sorda se caracteriza por acciones que parten por empezar a hablar desde y con las organizaciones del Estado o sociedad civil (como por ejemplo INSOR, FENASCOL, e instituciones que forman intérpretes) cuyas decisiones impactan directamente esta población. En otras palabras, “se ‘afilian’ a las organizaciones políticas preexistentes al tiempo que presionan por sus propias reivindicaciones [...] dentro de un “marco” social y político preexistente”(Rosberry, 2007, p. 126).

Sin embargo, que existan personas que activamente se reconozcan como parte de un colectivo Sordo y frecuenten lugares de encuentro, no implica necesariamente que todas estén igualmente involucradas con las asociaciones que se proponen hacer incidencia. En encuentros convocados en fechas especiales, como la celebración del día internacional de lengua de señas, se han abierto discusiones que se preguntan por ese quehacer y ser de colectivo que trascienden los encuentros grupales cotidianos. En uno de estos eventos²⁶, Javier, un joven Sordo, se tomó el escenario. Él, que creció concurriendo la Biblioteca y rodeado de una familia compuesta por varias generaciones de Sordos señantes, manifestó como líder una preocupación por el futuro de las acciones colectivas Sordas. “La comunidad ha ido cambiando y perdiendo el interés por estos procesos, no estamos unidos para actuar”, señó con notoria frustración en su rostro, “miren a los indígenas, son fuertes porque siguen sus procesos comunitarios, se movilizan fuerte porque la participación en comunidad no muere”, concluyó mirando a quienes estábamos en el auditorio de la Biblioteca.

En el discurso que enuncia Javier -que fue aplaudido por los presentes- hay un ideal. Incidir políticamente como los grupos indígenas lo han logrado. Movilizarse mostrando unidad sobre la base de una identidad compartida, al menos estratégicamente. Representarse a sí mismos de una manera que les permita hacerse escuchar. Es claro que, si bien existen diferencias entre los miembros que se reconocen como Sordos -como en lo que respecta al uso de audífonos y enseñanza del habla-, en este panorama se vuelve favorable para ellos ‘esencializarse’ de forma que proyecten una identidad grupal simplificada que les permita

²⁶ Evento “las palabras de la cultura”, 29 de septiembre de 2018, Biblioteca Centro Cultural Comfandi – Cali.

abrirse paso en la agenda política y alcanzar ciertos objetivos en término de derechos. Y digo esencializarse para referirme al proceso mediante el cual deciden presentarse en la esfera pública a través de una identidad colectiva Sorda cuyas características en términos culturales permitan entrar a hablar con un Estado multicultural. Proceso en el cual, las diferencias, fisuras, placeres y afectos que pueden existir al interior de la comunidad desaparecen en el discurso -y en los relatos de trayectorias vitales- en aras de fortalecer ese propósito político.

Lo preocupante en este escenario, según lo manifestado por Javier, es que “los jóvenes están débiles culturalmente, se dejan influenciar de otros”, y por esa razón recuerda a los asistentes que “la comunidad sorda debe pensarse con cuidado los lineamientos del [decreto] 1421²⁷, y los derechos básicos de educación para niños Sordos en contextos oyentes”.

La preocupación por los efectos -positivos o negativos- de la implementación de este decreto u otros documentos que impacten a la población s/Sorda, como se profundizará más adelante, está relacionada con la importancia del colegio como espacio de socialización y encuentro Sordo, y como primer escenario de aprendizaje de la lengua de señas a través de compañeros y/o modelos lingüísticos. Uno de los logros más importantes que como colectivo Sordo Colombiano alcanzaron, en 1996 después de manifestarse en las calles frente a la Casa de Nariño, fue lograr que se reconociera constitucionalmente la existencia de la Lengua de Señas Colombiana (LSC) mediante la ley 324²⁸. Como recuerda Raúl,

“[Antes] no había reconocimiento de la lengua de seña entonces las personas nos miraban como si ... que éramos locos "ve están hablando con señas, son micos o están locos" nos miraban feo, en esa generación, de los sordos de esa generación, a mí no me tocó porque como yo te decía yo he sido oralista pero ellos me cuentan que no podían hablar en la calle entonces se reunían lugares cerrados para poder desahogarse” (Raúl, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

Este suceso no sólo permitió a las personas Sordas en Colombia ampliar los lugares de participación y encuentro en la ciudad, sino que también sembró la posibilidad de abanderar

²⁷ Decreto 1421 de agosto 29 de 2017 Por el cual se reglamenta, en el marco de la educación inclusiva, la atención educativa a la población con discapacidad.

²⁸ Para conocer cómo se llevó la propuesta al congreso y qué se aprobó en la ley, recomiendo ver este video realizado por FENASCOL titulado “¿conoces la ley 324 de 1996 que reconoce la Lengua de Señas Colombiana?” (consultado el 23 de octubre de 2019): <https://www.youtube.com/watch?v=AYfuN6Z4n1o>

las señas en procesos colectivos como una lengua materna y como factor diferenciador de esta minoría. En este contexto, Spivak nos da el concepto clave para entender las dinámicas de este colectivo. Si bien hay un afán que apunta a un *esencialismo* cristalizado en la idea de Cultura y Comunidad Sorda para reivindicarse como minoría lingüística y cultural, también hay un margen de aceptación y flexibilidad para recibir los beneficios de ser reconocidos como Personas con Discapacidad (PcD) en ciertos escenarios. Por ejemplo, como Javier ha dicho en diferentes ocasiones,

“El problema gubernamental oyente es que no saben de la historia, la cultura, entonces usan palabras como “discapacidad” para enfocar las políticas a los Sordos, en vez de tener enfoques culturales. [...] Hay una necesidad de iniciar movimientos para mostrar precisamente esta cultura... Pero, el problema auditivo se reconoce para tener, dentro del marco de la ley, beneficios que son muy útiles para nosotros, como los intérpretes” (Javier, conferencia en evento “las palabras de la cultura”, 29 de septiembre de 2018)

“El gobierno usa las leyes y decretos categorizando las personas Sordas con alguna discapacidad auditiva, y bueno es positivo y beneficioso por los recursos, y por la ayuda del servicio de interpretación hablando del sistema en general. [...] pero, nosotros como comunidad lingüística diversa tenemos unas características, obviamente tenemos en cuenta que luchamos por nuestra lengua, por hacer incidencia²⁹ política y social, para que de verdad nuestra comunidad pueda mejorar... pero con otro enfoque, no con el enfoque de discapacidad. Aunque sabemos que el enfoque de discapacidad nos brinda alguna accesibilidad” (Javier, conversatorio cultura Sorda, febrero 8 de 2019).

Por otra parte, vale la pena recordar qué movimientos internacionales rodean las leyes que posibilita beneficios, y los discursos que invitan de nuevo a la acción colectiva como Comunidad Sorda. Según Paddy Ladd(2011), un académico Sordo británico, en la década de los ochenta hubo un “resurgimiento Sordo” alrededor del mundo, acontecido por una serie de cambios relacionados con la situación de los Sordos -en términos de derechos- en diferentes organizaciones y países como la Federación Mundial de Sordos, Estados Unidos, Inglaterra, y Venezuela. Quiero resaltar en esta ocasión el movimiento DPN “Deaf President Now” que tomó lugar en 1988 en el marco del movimiento estadounidense por los derechos

²⁹ La seña usada por Javier fue “impacto/impactar”, que en el contexto en el cuál estaba siendo usada, decidí interpretar como incidir.

civiles, y “dio origen a otras iniciativas que tuvieron un impacto global” (Jordan, 2006, p. 4, traducción propia). Fue, y continúa siendo, el símbolo de un movimiento social Sordo que trascendió las fronteras nacionales al hacer resistencia a las decisiones tomadas por oyentes en el Congreso Internacional de Milán³⁰ en 1880 que prohibió el uso y la enseñanza de la lengua de señas en las aulas. Este congreso, tuvo efectos en las políticas educativas implementadas para la población Sorda en diferentes países por más de medio siglo, pues no solo priorizó la oralización, sino que también argumentó la expulsión de los maestros y modelos lingüísticos Sordos de estos modelos educativos. El movimiento DPN, que empezó exigiendo una persona Sorda para dirigir la Universidad de Gallaudet³¹, deja de nuevo en evidencia la importancia de los espacios escolares en los colectivos Sordos. En el caso nuestro,

“Tristemente, la historia de la comunidad sorda colombiana y su lengua se desvanece con la muerte de líderes sordos. [...] Además, inevitablemente se debe reconocer que la historia de la comunidad sorda del país y de su lengua está altamente ligada a la historia de su educación”(Cortés & Chacón, 2017, p. 147)

Siendo así me interesó revisar si se han intentado aquí en Colombia (Cali), desde las agrupaciones o asociaciones de Sordos, acciones colectivas que apunten a incidir en esta magnitud los espacios de toma de decisión sobre educación de las personas Sordas. Según me respondieron Raúl y Javier a esta pregunta que hice en el conversatorio “Cultura Sorda”, a diferencia de Gallaudet que lleva casi 200 años funcionando en Washington, en Colombia apenas se están empezando a formar estos procesos. Durante el 2018 se convocó un movimiento asociativo en el cual personas Sordas líderes de cada ciudad se organizaron para hacer incidencia enfocada en una meta similar a lo que pasó en Gallaudet. La meta era que INSOR, institución gubernamental dirigida por oyentes que se encarga de asesorar las políticas de educación inclusiva y que lleva 64 años de funcionamiento a manos personas de oyentes, tuviera por primera vez a una persona Sorda en su dirección.

³⁰ Segundo Congreso Internacional de Maestros de Sordomudos celebrado en Milán Italia entre los días 06 y 11 de septiembre de 1880

³¹ Es la única universidad del mundo de artes liberales para Sordos. Ofrece una educación superior bilingüe en ASL (American Sign Language) y sus programas e infraestructura están diseñados específicamente para personas Sordas.

Para esto, hicieron los oficios y documentos de petición necesarios apoyados por las Asociaciones de Sordos municipales al igual que por FENASCOL, en los cuales se presentaron a personas calificadas como candidatas. Se organizaron también para que en cada ciudad que el recientemente electo presidente Duque visitara, una persona líder Sorda fuera a hacer conocer la causa. Lo mismo se hizo en el Ministerio de Educación. Incluso se realizaron videos informativos para la comunidad en general que explicaran la importancia de tener a una persona Sorda en la dirección de INSOR. Por ejemplo, un video de JUVENSOR³² pide un director de la institución que sea igual a ellos, parte de su comunidad, parte de su sangre, con experiencias reales, con conocimiento en la cultura, la lengua de señas y en la educación acorde a las vivencias de la comunidad. Desde ASORCALI también se hicieron públicos algunos videos³³ con arengas que señan “director INSOR debe /tiene ser Sordo”. Desafortunadamente, a pesar de proponer a personas Sordas preparadas con maestrías y doctorados, se nombró directora a una persona oyente, “que realmente es peor, no tienen ni idea o sabe escasamente del tema de personas Sordas [...]el sistema debería entender estas adecuaciones, es con el fin de mejorar. Hasta ahora seguimos haciendo incidencia, pero ha sido complejo”, agrega Javier. Como veremos a continuación, el entorno educativo se vuelve escenario de luchas de reivindicación, porque las interacciones que ahí ocurren tienen eco en las relaciones que ocurren a nivel de colectivo.

“La lucha por la educación Sorda es una lucha por el futuro de la Cultura Sorda”:

Esta frase que titula esta sección fue enunciada en señas por alguien del público en el evento de celebración del mes internacional de la persona Sorda en el 2018. En este contexto de resistencia taimada, quiero introducir un tema que ha generado rupturas y desencuentros entre estos colectivos Sordos. Se trata del papel que está jugando la Fundación Árbol de Vida (Fundavid) en la creación de neologismos o nuevas señas. Las opiniones están divididas entre quienes lo apoyan porque lo consideran necesario, y entre quienes sienten pertinente una

³² Video consultado el junio de 2019 y recuperado de <https://www.facebook.com/juvenzor/videos/1151366921689385/>

³³ Como por ejemplo el video consultado en junio de 2019 y recuperado de <https://www.facebook.com/comunicaciones.asorcali.5/videos/349239315810669/>

resistencia a estas prácticas que -consideran- están causando rupturas generacionales en la comunidad. Esta fundación encarna un movimiento educativo capitalino que le apunta a transformar las lenguas de señas colombianas mediante neologismos, y por esa razón ha despertado una gran polémica al interior de los colectivos Sordos. Polémica que evidencia complejas dinámicas políticas sobre la forma en que significan su lengua en términos de representación, relaciones y prácticas sociales.

Una de las características de la educación para Sordos en Colombia, es que “ha sido una salida improvisada y no proyectada del modelo de educación inclusiva” (Barreto, 2015, p. 315). Pues cuando en la década de los noventa se empezó a implementar el modelo bilingüe y bicultural, los intérpretes de LSC y los s/Sordos “fueron ‘arrojados’ al contacto interlingüístico e intercultural en las aulas regulares, sin una política clara sobre el uso de la lengua de señas en contextos académicos” (Barreto, 2015, p. 315); situación que temen se podría repetir con la implementación del decreto 1421, aquel que Javier pide revisar en detalle. Fue precisamente en estas experiencias de incertidumbre las que alimentaron la creación del movimiento encarado por *Árbol de vida*, que vio en la creación de nuevas señas una oportunidad para dar respuesta a los procesos de educación de esta población.

Quiero hacer un paréntesis para mostrar en breve un intercambio que ocurrió en el XVII Congreso de Antropología en Colombia. En este, tuve la oportunidad de participar como ponente³⁴, y quiero compartir un fragmento de lo que ocurrió en este intercambio. Pues quienes dieron su opinión, permiten entrever un ejemplo de las posiciones frente a estos neologismos por parte de personas Sordas e intérpretes, así como la relación entre la capital y las otras regiones. Ese día, más específicamente en el momento de la discusión que expongo, contamos con la participación de Millie y Sergio (hacen parte de ASORCALI), y de quienes llamaré Alejandro (intérprete caleño), Andrea y Carmenza (estudiante Sorda de Licenciatura en Educación Infantil de la Universidad Pedagógica Nacional y su profesora e intérprete de LSC respectivamente), César (un investigador oyente, maestrante en Estudios Culturales en Bogotá), y María (investigadora oyente de Bogotá). El tema que empezó la

³⁴ Con “El regreso a las islas Trobriand: El encuentro de la antropología y la sordera” en la modalidad de Salón.

discusión fue un proyecto de ley que proponía la enseñanza y/o creación de señas estándar para todo el territorio nacional:

	Qué se dijo/señó	Cómo se dijo/señó ³⁵
César: Oyente procedente de Bogotá	“Yo creo que hay unas señas que son complejas, justamente porque la noción con las que se construyen pueden ser colonizadoras entendiéndolas desde la Antropología. Pienso por ejemplo en la seña para referirse a indígena... indígena usualmente se hace de esta manera [mano abierta toca varias veces la boca] y lo que hace es exotizar a los grupos indígenas. Y hay otras que podrían ser más interesantes como por ejemplo esta [simula una persona parada en la otra mano cerrada] que hace referencia a ellos, tal vez también exotizante, pero recurre a otras formas de entender al indígena.”	Hace su participación de forma verbal estando sentado. Su cuerpo mira a las ponentes que se encuentran al frente, y da la espalda los demás asistentes. Un intérprete (caleña) pasa a señas la información en tiempo real desde el frente, al lado de las ponentes.
Alejandro: Intérprete oyente procedente de Cali	“Yo estoy estudiando en la universidad del valle, en el programa de interpretación, y recientemente hicimos un ensayo sobre los neologismos propuestos por Árbol de Vida, yo hice un breve análisis sobre algunas de las señas y estoy muy de acuerdo con lo que han dicho. Porque la lengua de señas colombiana pues, aunque es muy amplia, hasta el momento no abarca todas las necesidades, por ejemplo, en ámbitos académicos la terminología es escasa en ese asunto. Así que Árbol de Vida ha logrado llenar este vacío en algunos temas académicos en cuanto a las señas. Yo de entrada, mi opinión, no estaría dispuesto a rechazar todas esas [nuevas] señas sino más bien, lo que decía mi compañero antes. [...], para la conformación de las señas, debe haber dos condiciones: la condición de dominancia y la condición de simetría. [...] Discutir eso hace parte de ver si se aceptan o no esos neologismos”	Pide permiso para participar desde su opinión y no desde su rol de intérprete que ha sido contratado para ese servicio. Participa desde su asiento en la parte de atrás del salón, mirando al frente. Su compañera intérprete (caleña) se encarga de pasar a señas la información en tiempo real desde el frente, al lado de las ponentes.
Andrea: Sorda procedente de Bogotá	“Estoy de acuerdo con lo que estaba diciendo Alejandro con respecto a la propuesta que hace la asociación Árbol de Vida, generando toda esta terminología en lengua de señas... y con respecto a esa actitud que muchos de las personas de la comunidad Sorda y los intérpretes hacen con respecto a esos aportes ... yo lo que pienso es que depende de la situación. Por ejemplo, cuando uno entra a la universidad y empieza a recibir una cantidad de información donde están estos términos académicos, la noción es compleja y si no hay seña... muy difícil, entonces ¿por qué rechazamos esas propuestas? porque es muy importante tener el concepto, tener la noción, que	Seña las dos primeras palabras estando sentada, pero Millie llama su atención seña (alzando sus manos) que por favor salga al frente. Se para al lado de las ponentes. Antes de empezar a señar, la intérprete toma asiento y se dispone a hacer interpretación en voz (pasar a español las señas), sin embargo, Carmenza anuncia

³⁵ Quiero compartir una reflexión que acompañó la construcción de esta tabla. La intención, más que mostrar el diálogo, es ayudar a reconstruir cómo se dio esa interacción, y la forma más común para hacer transcripciones en un formato multimodal, comprende dos dimensiones: verbal y no-verbal. Sin embargo, me vi en una encrucijada mental cuando, al empezar a hacerlo de esa manera, caí en cuenta que las señas son una lengua no-verbal. Por esta razón titulé las columnas de esta manera.

	<p>haya una seña... y los tiempos para generarla no. Hay muchas cosas en ese contexto universitario que hace que uno pues, es la locura. Entonces hay un asunto muy importante y es que los sordos obligatoriamente debemos ser bilingües y biculturales. Hay una gran población que hace una crítica al respecto, pero falta como una... como un encuentro, una reflexión en torno a esas producciones que se hacen, para poder hacer el análisis, para poder que todo se sientan cómodos”</p>	<p>que será ella la intérprete porque ellas han trabajado juntas en Bogotá y está más familiarizada con sus señas y discurso. Esto acordado, Andrea empieza a señar. Al terminar, seña “gracias” y se vuelve a sentar.</p>
<p>Carmenza: Profesora e intérprete oyente procedente de Bogotá</p>	<p>“Eso es un asunto que se llama planeación lingüística y eso es todo un rollo complejísimo y pues a nivel de INSOR, de FENASCOL, se ha participado ahí en ese asunto de los neologismos, y ese es un tema muy complejo, pero la realidad es la que vivimos nosotros los intérpretes cuando estamos en el aula. Y cuando estoy en la licenciatura en educación infantil, cuando estuve haciendo mi rol de intérprete, o cuando estoy en la universidad distrital en la maestría en educación en cultura e infancias... aparecen una cantidad de nociones, pues no tenemos el tiempo para decir "ay, es la palabral, después miramos...”, pues si está la seña, de una se usa, y después se entra en ese análisis, de sí la siento cómoda, no la siento cómoda, entonces, es una cosa muy complicada. Y pues [...] la necesidad está, toca la seña que haya y ya, hay que usarla y pues no sé qué pasará con el cuento de la planeación lingüística”</p>	<p>Desde su asiento, hace un gesto a la intérprete en servicio para que retome rol. Esta se pone de pie al frente del salón y se dispone a señar lo que Carmenza enuncie verbalmente. Carmenza participa desde su asiento, mirando a las ponentes y dando la espalda a los demás asistentes.</p>
<p>María: Oyente procedente de Bogotá</p>	<p>“Yo quería hablar precisamente sobre eso [diversidad de la lengua de señas entre ciudades]. Sobre un proceso que viví hace ya mucho tiempo, cuando empezó el plan piloto de accesibilidad en el Museo Nacional. [...] Me acuerdo que muy inocentemente pensamos en ese momento, “bueno, cómo vamos a hacer para que la LSC entre en el museo nacional”, y entonces ingenuamente pensamos como oyentes "pues la solución es muy fácil, que nos enseñen cuáles son las señas que se necesitan", hicimos de hecho un glosario de las palabras claves que se necesitaban para el museo, "que vengan y nos digan cómo se dice esto en LS y ya resuelto el problema", y cuando nosotros empezamos a dialogar con otros museos, pero también con la comunidad Sorda y con las universidades, pues entendimos que la cosa no funcionaba así... y ni siquiera entre una región y otra, estamos hablando solamente dentro de los museos de Bogotá y las universidades. Y, por ejemplo, había señas en el museo del oro que eran completamente distintas a las señas que teníamos en el museo nacional y estamos hablando de dos museos grandes en Bogotá. Y no eran palabras, digamos del léxico corriente, digamos del tipo chuspa o bolsa, sino eran términos que creíamos que estaban estandarizados pero que además eran conceptualmente tan fuertes que deberían tener una sola seña, el caso de indígena, que les</p>	<p>Alza la mano pidiendo la palabra. Las ponentes le piden que espere mientras los intérpretes hacen relevo. Alejandro pasa ahora al frente y le indica que ya puede iniciar. María habla sentada en la última fila de asientos del salón. Algunos oyentes voltean el cuerpo hacia ella para mirarla y/o escucharla, mientras que los asistentes Sordos mantienen su atención al frente del salón donde se interpreta en señas.</p>

	contaba ahorita César sobre las dos señas ... [interrumpe César]”	
César: Oyente de Bogotá	“Lo que ha pasado es que se llegan a acuerdos casi que institucionales, donde hay unas señas tan específicas por ejemplo para las colecciones... Son acuerdos institucionales”	Sin esperar que María termine su intervención, César enuncia estas palabras desde su silla. El intérprete se ve obligado a señar ese cambio abrupto de voces como un cambio de personaje, es decir, mover su cuerpo hacia un lado para que visualmente se vea que se cambia el lugar de enunciación.
Millie: Sorda procedente de Cali	“Mi opinión no es una crítica a Árbol de Vida, en realidad es lo que quiero explicar. Sus señas en realidad apoyan mucho los procesos o los conceptos académicos, pero a Árbol de Vida por ejemplo le falta mucho la gesticulación, la parte corporal, que es muy importante para el uso de la lengua de señas. El compañero, por ejemplo, hace referencia a una seña, la seña natural de indígena que es la que siempre se ha utilizado. Pero esa [nueva] ¿qué indica? Árbol de Vida la ha creado y no es muy claro para la comunidad. Por ejemplo, lo que decía Andrea con relación al acceso, en realidad necesitamos es construir, por ejemplo, si la carrera es psicología entonces empezar a hacer talleres, proyectos, relacionados con esto para que poco a poco exista una LS, pero no siempre relacionado con lo que Árbol de Vida esté realizando”	Sale al frente a señar y el intérprete toma asiento desde el cual hace la interpretación a voz. Al finalizar seña “gracias” y se dirige de nuevo a su asiento.
Sergio: Sordo procedente de Cali	“Sí, es una situación a veces compleja, crear estos debates, algunos sordos no compartimos... pero en mi opinión, no es que sea un asunto malo lo que Árbol de Vida ha hecho, no. Es necesario sí, son sus conocimientos, sus conceptos, y sí a veces pueden proveernos información importante. Pero, ya por ejemplo tenemos una seña para profesor y crean otra seña para eso. ¿Quién, quién fue el originario de todo esto? dicen que es un oyente, no conozco la historia de dónde ha surgido todo esto, ¿quién fue el responsable? los Sordos conocemos poco de eso, pero ¿son señas de todas maneras? sí. Quizás sean importantes para el intérprete, los ayude, pero son señas que rápidamente se olvidan. Esas señas tienen una finalidad académica. En cambio, el origen de esta lengua fue hace muchos años y nació a raíz de una cultura, de una identidad o de una lengua que se fue creando naturalmente. Ha sido un proceso, no pasa lo mismo con las señas nuevas que se han creado, no son resultado de los mismos Sordos que nos han enseñado por generaciones esta lengua. Ahora, en cuanto a la universidad, estos términos ellos [Sordos] también pueden generar esas ideas o estrategias, ellos mismos	Sale al frente a señar. El intérprete continúa sentado en el público desde el cual hace la interpretación a voz. Su participación es interrumpida (sus manos quedan a mitad de camino de una seña) cuando Millie agita sus manos en el público para señar algo. Durante esto, Sergio continúa de pie, espera que Millie termine su corta intervención y luego seña “ya, gracias” y se dirige de nuevo a su asiento.

	planear estas señas, este léxico para hacer las denominaciones correspondientes al léxico universitario en el ambiente académico para que ellos puedan aprender y de esta manera se pueden enseñar por generaciones también. Yo no quiero decir que sean malas esas señas nuevas, sino que es una imposición, creo que es mejor aceptar o seguir conservando las señas que por muchos años han nacido de manera natural. Señas que son de los Sordos o producto de ellos... [interrumpe Millie]”	
Millie: Sorda procedente de Cali	“Claro sí, en cuanto el tema de las violencias que estaban hablando ahora. sí puede haber violencia y puede afectar en cuanto a la generación de las señas, puede hacer una ruptura en la lengua, eso puede afectar”	Desde su asiento en medio del público, agita sus manos llamando la atención de Sergio y de las ponentes para señar. El intérprete alcanza a notar que Sergio tiene su atención en el público y se percata que Millie seña. Empieza ahí su interpretación a voz. Sin embargo, Andrea se queda sin saber qué se dijo porque Millie no salió al frente y el intérprete no replicó a modo de señas (sino en voz) la información.

Ese fragmento pone en evidencia preocupaciones que abordan tanto la necesidad institucional y educativa, como la preocupación por el futuro de la comunidad como colectivo. No podemos negar la existencia de lagunas léxicas o conceptuales en la lengua de señas, especialmente con lo relacionado a espacios en los que apenas ha conseguido acceso esta población, puesto que son estas situaciones las que obligan a los intérpretes a idear estrategias nuevas para explicar y referirse a aquello que aún no ha sido nombrado en señas. Por ejemplo, expone Raúl,

“si hablamos de la generación de los 60-70 esa generación llegó hasta 5to de primaria, entonces su nivel de señas es básico, ya después de los 80 viene una generación de bachilleres. Y finales de 90, a partir del 2000 o un poquito más, están llegando a la generación de la parte de vocabulario técnico y ya más adelante viene el vocabulario universitario. Entonces eso cada vez es más exigente, tenemos que prepararnos” (Raúl, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

Así, la incursión de personas Sordas en nuevos y diversos escenarios sociales de los cuales antes eran sistemáticamente excluidos, como por ejemplo los educativos de nivel superior, empieza a demandar un crecimiento lingüístico que abarque un vocabulario más amplio y

especializado, capaz de “adaptarse a las necesidades comunicativas –y por tanto cambiantes– de sus usuarios, [...] a nuevas funciones o contextos comunicativos” (Cortés & Chacón, 2017, p. 143). Pero esta necesidad no se limita únicamente a un contexto académico. La ciudad como lugar de tránsito y encuentro también aparece como un nuevo escenario que debe nombrarse desde la realidad Sorda para poder ser apropiada por esta. La representación de un lugar por medio de las letras³⁶ que lo nombran, no adquiere el sentido que la realidad oyente ha otorgado al lugar. Nombrar algo requiere asignar una seña que se legitime y comparta entre los miembros del colectivo. El no tenerla genera obstáculos en la comunicación, tanto con otras personas Sordas que han construido una seña diferente o no conocen la existente, como con los intérpretes oyentes que reconocen el nombre oyente letreado del lugar y no la seña.

La necesidad de una planificación lingüística, o un crecimiento del vocabulario de la lengua de señas colombiana, es real, conocida y discutida entre los miembros de este colectivo. Pero no significa que exista un consenso sobre la forma en la cual debe ser abordada la necesidad o las señas que árbol de vida ha propuesto en respuesta. Lo que me llama la atención, es que el discurso esencialista de acción colectiva que busca hacer resistencia a las etiquetas y estereotipos oyentes, y que reclaman derechos culturales como minoría lingüística, es el mismo desde el cual se responde a este dilema de los neologismos.

Durante septiembre, que se celebra el mes de la persona Sorda, se realizan actividades que recojan testimonios diversos sobre la historia de ‘la comunidad’ y la experiencia de ser parte de esta. En la celebración del 2018 se proyectaron videos compilados de personas Sordas de diferentes partes del mundo y del país que señaban un mensaje de saludo y celebración que exaltaba su lengua y su unidad. Quienes eran de otras regiones del país, se extendían un poco en el mensaje para recalcar la importancia de sentirse orgullosos de las influencias que ha tenido la lengua de señas en el territorio nacional y que la hace diversa. “En Cali, por ejemplo”, señó en el video un joven Sordo de Medellín, “hay influencias del pacífico y de España... otras ciudades tienen influencia de las señas americanas o francesas, y eso es

³⁶ Recuerdo al lector la diferencia entre escribir, letrear y señar.

lindo”, y termina señando con firmeza, “hay que protegerlo y no cambiarlo por presiones de oyentes, ni por la presión de universalizar o internacionalizar las señas”.

Similar, en la celebración del 2019 se proyectaron cortometrajes sobre la historia de vida de cinco adultos mayores Sordos de Cali que fueron fundadores de las asociaciones. En estos, más allá de los detalles personales de sus relatos, había un tono de crítica a los jóvenes Sordos, al desconocimiento de la historia de la comunidad que se ha ido perdiendo con la muerte de las generaciones adultas de Sordos, y de los conocimientos que podrían perderse porque no hay puentes de transmisión con esas nuevas generaciones. Hay una sensación de rasgadura que debe remediarse para evitar ruptura en la lengua. Sensación que se atribuye al que los niños pocas veces tengan como modelos lingüísticos a adultos Sordos, sino que reciban en su mayoría influencia de intérpretes oyentes y sus señas.

Uno podría pensar que esas diferencias no generarían roce teniendo en cuenta que en cada ciudad, región y país las señas cambian. Sin embargo, no se trata únicamente de una configuración manual diferente, sino de un cambio en la corporalidad que la enmarca y le da sentido, una corporalidad que ahora está guiada por márgenes oyentes, con expresiones faciales y guturales más rígidas, pero, sobre todo, por una forma de organización del pensamiento que ordena las ideas de forma gramaticalmente oyente. Tal vez para mí, que crecí socializada como oralista, estos cambios me facilitan la comunicación porque no tengo que *cambiar de cerebro* –como explicó Violeta en el capítulo II– para tener una conversación en señas, pero para quienes han crecido y socializado en estos colectivos estos cambios crea distancia porque significa tener que *cambiar de cerebro* para comunicarse no sólo con oyentes, sino también incluso con sus pares.

La discordancia sobre el *deber ser* como colectivo frente a este tema, ha sido tal, cuenta Millie, que “algunas ciudades se han desvinculado de los procesos de los Sordos, de las asociaciones, de las federaciones... se han separado. Incluso acá en Cali, antes éramos sólo Asorval y ahora somos Asorcali”. Ciudades como Medellín, Bogotá y Popayán, cuenta ella, se han dejado permea de pensamientos de los oyentes. “Hay otras que somos... que creamos resistencia porque no estamos de acuerdo”, continúa con una expresión facial que trasmite desgaste, “somos 22 asociaciones a nivel nacional que hemos tenido esa resistencia frente a

Árbol de Vida. [...] los que no están asociados sí se dejan permear más porque conocen sólo las señas académicas de ellos”.

Javier, por su parte argumenta que cambiar o reemplazar señas para adaptarlas a un vocablo más académico, es cambiar características propias de la Cultura Sorda que se han creado y reproducido durante generaciones. Pone como ejemplo la seña de “psicología/ psicólogo”. Para él, la imposición de una nueva seña argumentando que la anterior era muy coloquial o poco profesional, borra toda una construcción histórica del significado de la seña *natural* (creada por colectivos Sordos). En el caso de “psicólogo”, cuenta que se puede rastrear al papel que cumplía esta persona en la educación o en la vida de las personas Sordas. Al psicólogo se lo recuerda en posición de escucha y observación, con una mano pensativa sobre el mentón que al momento de empezar una conversación en esta postura, hacía que se notaran los botones de su saco [ver ilustración 15].

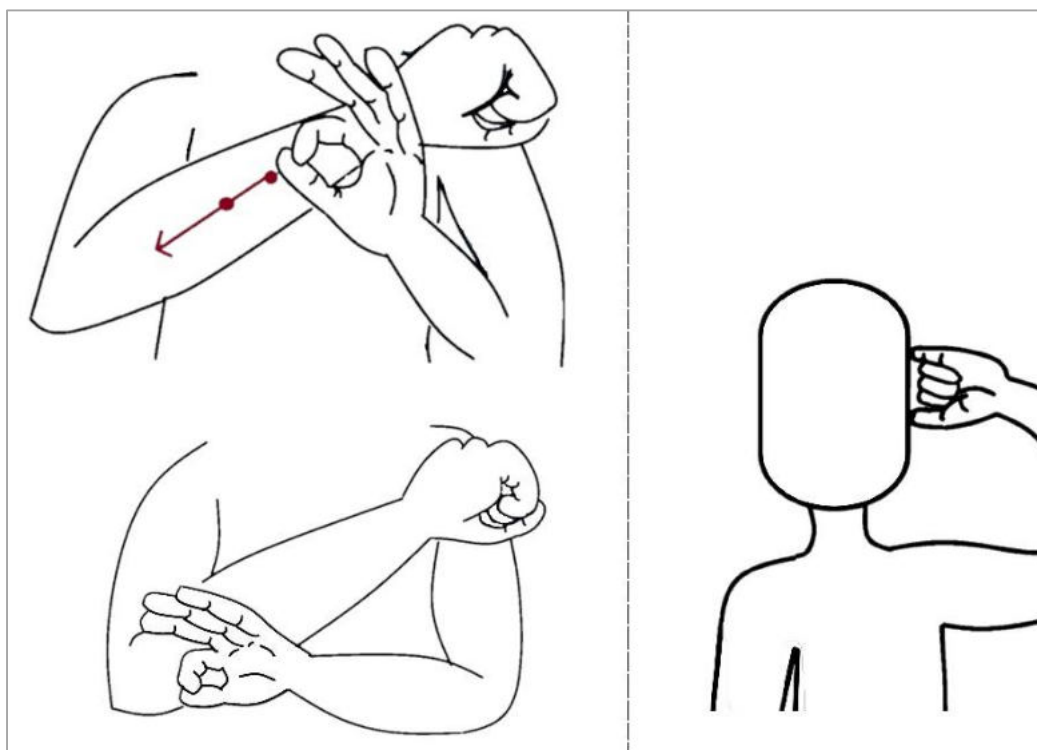


Ilustración 15. Dibujo digital propio que muestra a la izquierda la seña “natural” para psicología, y a la derecha la nueva seña para psicología propuesta por Fundavid.

Esta imagen del psicólogo que observa se plasmó en una seña que asemeja los botones y la postura corporal. Así se enseña y explica la seña a quienes recién la están aprendiendo.

Mientras que la nueva, como también hacía referencia Daniela frente a la nueva seña de ‘profesor’ o ‘indígena’, no proporciona ese sentido o explicación histórica y cotidiana. Es un concepto significado desde una realidad *continental* oyente que no está articulado con esas experiencias que se viven en estos *islotés* Sordos. Me he tomado la libertad de jugar con la metáfora del Gran Caribe a lo largo de los capítulos -con las reservas que el tema se merecía- para potencializar en el lector la imagen de estas redes de experiencia, de intercambio de saberes y discursos de reivindicación. Redes que se tejen entre los colectivos sordos, que se tienden incluso más allá de los límites territoriales que demarcan una nacionalidad que pasa a segundo plano una vez se reconoce la pertenencia a una comunidad Sorda más amplia.

Además, Oviedo (2001) hace una invitación a pensar las lenguas de señas como un creole en términos del proceso que les da vida. Pues surgen de pidgins, es decir, de una variedad de códigos de comunicación hogareños que entran en contacto con el español hablado y con otras señas en el territorio. Una vez estos pidgins son aprendidos y compartidos por las nuevas generaciones de Sordos, se conforma como lengua de señas de un territorio. Sin embargo, hay una diferencia significativa con los creoles del Caribe, pues como sólo aproximadamente el 4% de las personas s/Sordas tienen padres que compartan esta característica, el hogar no es en la mayoría de los casos el lugar desde el cual se interioriza y reproduce la lengua (Barreto, 2015, p. 316). He aquí la razón por la cual el colegio es el escenario en el cual se posicionan las reivindicaciones de derechos y autonomía cultural³⁷. Porque son en estos espacios en los cuales se trasmite la lengua, ya sea a través de otros compañeros Sordos y modelos lingüísticos, o de intérpretes oyentes y docentes.

Recapitulación

A lo largo de este capítulo, expuse a través de literatura y de datos etnográficos una creciente tensión centrada en la educación como escenario político. Una tensión que se expresa no sólo entre intérpretes y lingüistas oyentes (como Barreto) y personas Sordas, sino también en posturas diferentes entre los colectivos Sordos del centro que apoyan y los de la periferia que

³⁷ Desde activistas y líderes Sordos, como el académico Paddy Ladd, se han formulado argumentos que rechazan el modelo de educación bilingüe y bicultural que lo que ha hecho es integrar la población sorda a la política educativa sin reconocer la interculturalidad en el aula. Para quienes apoyan este argumento, la llamada integración no es más que otra forma de asimilación cultural” (Cortés & Chacón, 2017, p. 152).

-en señas de Millie- le hace resistencia. Las experiencias que a lo largo de la investigación narré, muestran que hay un componente que desde la antropología lingüística no parece discutirse con la importancia que merece. Pues en el contexto de la lucha política de reivindicación cultural, no debería primar la discusión sobre la estructura manual de las señas y las reglas lingüísticas que la clasifican como válida. Se trata de poner la mirada en los procesos sociales y colectivos que están detrás de los reclamos que están siendo obstaculizados, relegados, ignorados, o incluso ridiculizados al minimizarlos. Desestimular la planeación lingüística por cuestiones ideológicas, como afirma Barreto (2015, p. 315), no es el objetivo de estos reclamos. Tampoco se trata de obstaculizar los programas de inclusión propuestos por oyentes para persona s/Sordas, ni de arrogancia, terquedad o miedo al cambio, como lo sienten algunos intérpretes con los que conversé sobre el tema. Visiones de este tipo reducen la experiencia comunitaria a los límites de las normas lingüísticas o el apremio de suplir las necesidades de una política del uso de la lengua de señas en contextos académicos. Ignorando a su paso la complejidad de las interacciones que la hacen posible y las múltiples dimensiones que se superponen en estos espacios sociales de la Sordedad en materia de intercambios, capitales y oportunidades.

Quiero cerrar esta revisión de la discusión y resistencia a los neologismos en la lengua de señas, recordando el poder social y simbólico que tiene las palabras en los sistemas de comunicación al afirmar, nombrar, denominar y posicionar realidades en el mundo (Rosberry, 2007). En la etapa preliminar de la investigación, di con literatura como la del antropólogo e intérprete bogotano Alex Barreto, quien decide no hacer uso de la distinción sordo/Sordo o sordera/Sordedad al escribir sobre estas realidades. Barreto explica en sus pies de página, que tales distinciones resultan “dicotómicas y ambiguas” (Barreto, 2015, p. 301) y por tanto decide abandonarlas en sus escritos. Sin embargo, y retomando el caso de la seña para ‘psicología’ discutida en la sección anterior, en el marco discursivo que les otorga significado, estas señas y palabras recuerdan historias diferentes, historias de resistencia, de posicionamientos, así como de conflictos, desafíos y violencias. Desconocerlo es, pues, un acto de hegemonía, en el cual las “palabras, imágenes, símbolos, [...] instituciones y movimientos utilizados por las poblaciones subordinadas para hablar [señar], entender, confrontar, adaptarse o resistir su dominación son moldeadas por el mismo proceso de dominación” (Rosberry, 2007, p. 127).

Conclusiones

“Vamos en búsqueda de silencios en los que sea audible nuestra propia voz. Escapamos a las miradas vigilantes, cambiamos o destruimos las fachadas que nos imponen, que nos disgustan, que no nos representan, en el que construimos «un espejo que nos dibuje por dentro»”

(Santiesteban M., 2017, p. 208).

De alguna manera, las voces de Raúl, Millie, Violeta, Aldemar y muchas otras más citadas a lo largo de los capítulos anteriores, ponen sobre la mesa diferentes elementos que atraviesan esta investigación y que enuncio desde las primeras páginas de la introducción. Aparecen en estas páginas preguntas sobre los procesos de reproducción cultural de un grupo lingüístico minoritario, por las prácticas de un colectivo que pocas veces ha estado en el foco de las ciencias sociales en Colombia, y por la interacción entre esas dinámicas grupales de Sordedad en el contexto político multicultural que permite enmarcar las reivindicaciones desde la diferencia.

Para concluir este trabajo, presentaré algunas reflexiones finales sobre esas inquietudes que dieron forma a la investigación. Para ello volveré a los objetivos que la guiaron para hilar los trazos entre los capítulos, las reflexiones conceptuales y las experiencias etnográficas recopiladas. El objetivo central surgió como una inquietud en torno a las dinámicas que permiten la producción de sentidos de pertenencia a un grupo cuyos participantes autodenominan “Comunidad y Cultura Sorda”. Para esta indagación, me valí de la existencia de tres dimensiones que a lo largo del trabajo de campo identifiqué como parte del proceso de reconocimiento: las prácticas y valores de la sordera como Sordedad; la llamada *identidad Sorda* en el plano personal y grupal; y finalmente las luchas colectivas de reivindicación.

El capítulo primero, que responde precisamente al análisis de aquello que hace posible la convergencia y participación continua en estos espacios -físicos y sociales- de ‘Cultura Sorda’, ha mostrado que la posición de la biblioteca como *islot de refugio*, debe entenderse también desde la estructura de oportunidades existente para la población en cuestión. Este capítulo, a través de narraciones etnográficas y de estadísticas oficiales, busca situar el problema de investigación al tiempo que establece la base para construir un argumento que

se inmiscuye con matices y toma fuerza a lo largo de los capítulos en términos de la reivindicación de derechos: la desigualdad.

Pensar la sordera o Sordedad en términos de desigualdad y no únicamente como diversidad, introduce perspectivas de análisis diferentes a la discusión. Una discusión que ya no únicamente habla desde un paradigma cultural desde las cuales se defiende identidades colectivas y se pide el reconocimiento de la diferencia, sino también desde un paradigma que complejiza el análisis al llevarnos a encarar aspectos, discursos, prácticas, y políticas que hacen de esa diversidad sensorial y lingüística una desigualdad. Una desigualdad que no sólo se hace palpable en las grandes estructuras e instituciones que afectan históricamente a esta población, sino también los aspectos micro de la vida social: el cuerpo mismo, la corporalidad y su expresión como escenario político, como escenario de dominación. No debo remitirme más allá de mi experiencia propia para dar ejemplo de esto. Como narré en la introducción, fue el saber médico quien introdujo en mí una visión negativa y discapacitante de mi cuerpo, una visión que moldeó aspiraciones y expectativas, encausadas en la idea de una normalidad impuesta. Una visión que apenas ahora estoy desaprendiendo en el proceso mismo de posicionarme políticamente frente al tema.

He mostrado también en el capítulo segundo que ese tránsito hacia la Sordedad, que pasa por la participación y socialización en espacios como la Biblioteca, entendida como *islote*, se da a través de unas prácticas -como el señar- que adquieren sentido en la colectividad. Muestro también que en estos espacios grupales hay membresías ganadas y jerarquías establecidas en el proceso de construcción del significado social de la Sordedad y los conocimientos que la componen. Estos dos capítulos que se enfocan en la cotidianidad, en las prácticas y valores que se ven en el día a día, son la base para comprender qué dinámicas son las que hacen posible hablar de aquello que compone los capítulos tercero y cuarto, es decir, la *identidad Sorda* y las luchas colectivas de reivindicación.

El capítulo tercero hace un recorrido por diferentes trayectorias vitales que desembocan en la Sordedad al tiempo que muestra el rol que cumplen diferentes instituciones -la familia, el colegio y las asociaciones- como espacios de socialización, lucha y reivindicación, tanto a nivel grupal como personal. El último capítulo, por su parte, recoge estas experiencias en el marco del colegio y las problematiza como escenario político a través de los discursos de

reivindicación de derechos culturales como comunidad lingüística minoritaria. Este análisis invita a reconocer en estas luchas la complejidad de las interacciones que la hacen posible y las múltiples dimensiones que se sobreponen en estos espacios sociales de la Sordedad en materia de intercambios, capitales y oportunidades.

En lugar de continuar extendiéndome en la síntesis de cada capítulo, quiero compartir en esta conclusión una reflexión que nace de los dos últimos. Para quienes hicieron parte de esta investigación, la escuela constituye un escenario de pluralidad de experiencias. Quiero mostrar la lucha por la *educación Sorda* como metáfora articuladora de los procesos de reivindicación de derechos como comunidad y cultura Sorda. Es decir, como escenario en el cual se vive de diferentes formas una lucha -personal o grupal- contra violencias simbólicas, físicas y estructurales. A saber, los momentos de choque, de reconocimiento y de acercamiento a los colectivos tienen punto de partida justamente en estos espacios que los cristaliza. La escuela, aparece por un lado como lugar en el cual los discursos y violencias normalizadoras son legitimadas. Por otro, se muestra como escenario de aprendizaje, de encuentro y lucha. Es un punto de partida que tiene diferentes fugas, como es el caso de la Sordedad, que dirige a un espacio social en el cual es posible expresarse, manifestarse, nombrarse y relacionarse desde esa asumida diferencia, desde la libertad y el orgullo.

La escuela se posiciona entonces como un espacio en el cual la lucha de reivindicación se da en dos vías, desigualdad y diversidad, derechos civiles y derechos culturales. La búsqueda de paridad y reconocimiento en este espacio que luego se politiza, desde el sentido colectivo que adquiere el señar, es lo que tiende puentes entre estas personas, entre estas y nuestras narraciones, entre otras y nuestras historias que, al reconocer en colectivo, y al compartir estas experiencias en grupo, llegan a cobrar un sentido que difícilmente llegaríamos a entender en soledad.

Panorama a futuro: qué hacer con esta investigación

Imaginemos un futuro en el cual las acciones colectivas Sordas se consoliden como un movimiento que impacte en la esfera pública y logre avanzar hacia el reconocimiento no sólo de su diversidad lingüística (como lo hizo la ley 324 de 1996) sino también de sus expresiones culturales. En este panorama imaginado al que nos dirigimos ¿qué implica políticamente

para el país reconocer que se trata de algo más que una mera lengua de señas, que se trata de formas de expresarse, de entender el mundo, de narrarlo y ordenarlo, que son tan validas - según argumentan- como las de una comunidad indígena o afro, y que responden a la idea de país multicultural cuya *cultura* ahora no es sólo entendida en términos de diferencias étnicas?

No puedo pretender tener por ahora una respuesta certera. Pero, por ejemplo, pensando en la lógica de *lo que no se cuenta no existe*, se podría empezar sugiriendo modificaciones a las herramientas estadísticas del Estado y las organizaciones civiles para que den cuenta de la existencia de quienes se autorreconocen como parte de estos colectivos por fuera de la categoría de discapacidad asignada por un externo (estatal o médico). Una casilla de este tipo en los censos, que más que medir capacidades normales ausentes se detenga en el autorreconocimiento de una minoría cultural, permitiría empezar a dimensionar el número de personas s/Sordas que no son oralizadas y cuya primera lengua es la LSC. Tener esta caracterización más detallada permitiría diseñar políticas públicas de educación que respondan a las necesidades de esta población, en las cuales se debata con la rigurosidad que merece el caso, la planificación lingüística para el uso de señas en ámbitos académicos Sordos.

Sin embargo, habría también que considerar las dimensiones y tensiones que estas ideas de “minoría cultural” podrían poner en marcha. Como ha sucedido en Colombia y otras partes del mundo, la construcción de la diferencia como eje articulador de derechos exigibles en el marco de un Estado multicultural, crea paradojas de exclusiones, esencialismos y fragmentaciones. Paradojas que en el contexto de la investigación podrían brotar de la pluralidad de formas de experimentar, vivir e interpretar la sordera médica. ¿Qué pasaría con casos como el mío en el cual la socialización y construcción identitaria oyente tiene más fuerza? ¿podrían reclamar derechos diferenciales las personas sordas oralizadas y con implantes? ¿cómo se plantearían políticas de educación multicultural que dieran cabida a esta pluralidad en lugar de reclamar una diferencia enmarcada en un “nosotros” y “otros”, “Sordos” y “oyentes”? Así, considero que la invitación a pensar en una sociedad más incluyente con las personas Sordas y sus reclamos colectivos, debe anunciar también una

crítica a los peligros de caer en la romantización ingenua del multiculturalismo como política de Estado³⁸.

Mientras ese panorama se vuelve tangible, quiero animar a mis colegas antropólogos, sociólogos y a otros científicos sociales, a reflexionar sobre esta realidad desde la curiosidad de nuestras disciplinas. Quiero dejar a continuación algunas preguntas que surgieron a lo largo de mi trabajo de campo y que no pude desarrollar en este proyecto de grado porque desbordaban los límites esta investigación. Preguntas que seguramente serán futuras líneas de investigación, para mí o para quienes decidan continuar este camino.

Anímense a preguntar, por ejemplo, por los retos de la reconstrucción de la memoria y las historias de estos colectivos: ¿cómo recopilar las historias? ¿cómo registrarlas? ¿cómo transmitir las? Retos que podrían equipararse a recuperar relatos de tradición oral, con la diferencia que, una vez recuperados, no se pueden escribir. La lengua de señas, como he insistido a lo largo de este trabajo, sólo cobra sentido en la corporalidad, en el cuerpo como lienzo, no en sus traducciones al español escrito al que pocos Sordos pueden acceder. Este reto que se exagera con las brechas generacionales que se abren más y más con la introducción de neologismos, requiere pensar las líneas de transmisión de dicho conocimiento, pues no son filiales y continuas como solemos pensarlas, sino que están mediadas por la adquisición de una membresía por parte de quienes decidan unirse a este colectivo. Quiero que se atrevan a preguntar: ¿cómo se ha vivido o cómo se vive el país desde estas realidades y sensibilidades?, ¿cómo se ha entendido, significado, señalado el conflicto, la reconciliación y la paz del país? ¿Cuáles fueron los canales de acceso y transmisión de noticias e historias relacionadas con estos hechos? ¿Cómo se entiende entonces la idea de nación desde estos colectivos Sordos que he comparado de forma metafórica con el Gran Caribe? ¿Cómo se entienden, normativizan y expresan las sexualidades, feminidades y masculinidades diversas en este colectivo con marcos corporales alternativos a los

³⁸ Hay que agregar a la discusión que la homogenización no es lo único que abarca el esencialismo estratégico, sino también que abarca unas características que se vuelven requisito dentro de la constitución para poder acceder a derechos. Esta discusión sobre los requisitos podría desprenderse de lo sucedido en el 2002 con relación a la Ley 324, en la cual la Corte constitucional consideró inexecutable tres artículos mediante la sentencia C-128/02. Para ampliar la discusión que llevó a la Corte a tomar esta decisión a raíz de una demanda de una persona sorda oralizada que exigió reconocer como su lengua materna el español y no las señas, recomiendo leer a Palma-García & Escobar-Ospina (2016, p. 89).

hegemónicos oyentes? ¿Cómo entender las luchas microcotidianas del feminismo en una realidad donde el piropo callejero no se escucha?, ¿qué matices adquiere, necesita, requiere, demanda lo que podría llamarse feminismos Sordos?

Además, en términos metodológicos podríamos preguntarnos: ¿qué otros formatos de registro -como el dibujo- podría emplearse para dar cuenta de estas sensibilidades corporales diferentes?, ¿cómo pensar en términos éticos el hecho que gran parte de los intérpretes de lengua de señas son miembros de grupos religiosos?, y en ese sentido ¿cómo entender el impacto que dicha pertenencia tiene en las relaciones e interacciones sociales entre intérprete y persona Sorda?³⁹. Por consiguiente ¿en qué medida las ideologías religiosas impactan -fortaleciendo o debilitando- las luchas de reivindicación colectivas o individuales?⁴⁰, ¿cómo impacta esto en los modelos educativos para personas s/Sordas?, ¿cómo entrever las relaciones paternalistas que reproducen algunos intérpretes que, en palabras de Violeta, ‘se creen con el derecho de regañar como si fueran profesores’, o ‘simplifican las conversaciones en vez de transmitir la información completa’?

También podría hacer una lista de preguntas sobre la intersección entre clase social, raza e identidad Sorda en Colombia. Pensando por ejemplo con Savva (2013), quien expone la existencia de un ‘elitismo’ dentro de los colectivos Sordos de Reino Unido, ¿cómo operan aquí las distinciones de clase y cómo estas afectan las relaciones entre los miembros del colectivo? ¿puede esta distinción verse reflejada en las señas? ¿son los audífonos, por ejemplo, marcadores diferenciadores? ¿qué capitales culturales de clase hay dentro de este campo de la Sordedad? ¿hay en las señas *acentos* que sean considerados con mayor prestigio social que otros? Pensando también con Stapleton (2015), podríamos preguntar: ¿cómo hacer visible la complejidad de la interseccionalidad de diferentes identidades étnico culturales, como por ejemplo tener prácticas oyentes con la familia, pero ser Sorda señante, y además ser Afro, pero no sentirse lo suficientemente oyente, Sorda ni Afro para reconocerse políticamente como tal?

³⁹ Ver Barreto (2015, p. 313)

⁴⁰ Ver Barreto (2015, p. 314)

Finalmente, no queda más que decir que ésta fue una investigación escrita con la cabeza, pero experimentada con el cuerpo y el corazón. Fue una investigación escrita desde la honestidad y la independencia intelectual que desbordó la sensibilidad académica y el tradicional rigor etnográfico para atravesarme, no sólo profesional sino también personalmente. Mi aporte a la comprensión de la Sordedad como campo que atraviesa la subjetividad y los cuerpos de las personas Sordas, aunque modesto de muchas maneras, fue argumentar etnográficamente la importancia que tiene para estos colectivos la existencia de espacios sociales de cotidianidad, colectividad y disputas políticas que retan la hegemonía Oyente. Espacios significados desde prácticas y trayectorias particulares de expresión de la ausencia de sonido como “Cultura Sorda”; desde la reivindicación del silencio.

Referencias

- Almeida, M. E., Argelino, A., Fernández, M. E., Kipen, E., Lipschitz, A., Spadillero, A., & Vallejos, I. (2000). *La construcción del discapacitado como otro, entre la diferencia de lo que falta y la diversidad de lo que abunda*.
- Barreto, A. (2015). La increíble y triste historia de la interpretación de lengua de señas: Reflexiones identitarias desde Colombia. *Mutatis Mutandis: Revista Latinoamericana de Traducción*, 8(2), 299-330.
- Batterbury, S. C. E., Ladd, P., & Gulliver, M. (2007). Sign Language Peoples as Indigenous Minorities: Implications for Research and Policy. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 39(12), 2899-2915. <https://doi.org/10.1068/a388>
- Berbrier, M. (2002). Making Minorities: Cultural Space, Stigma Transformation Frames, and the Categorical Status Claims of Deaf, Gay, and White Supremacist Activists in Late Twentieth Century America. *Sociological Forum*, 17(4), 553-591. <https://doi.org/0884-8971/02/1200-0553/0>
- Bourdieu, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/3541220?origin=crossref>
- Briones, C. (2007). Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías. *Tabula Rasa*, (6), 55-83. <https://doi.org/10.25058/20112742.286>
- Brubaker, R., & Cooper, F. (2000). Beyond «identity». *Theory and society*, 29(1), 1-47.
- Bucholtz, M. (2000). The politics of transcription. *Journal of Pragmatics*, 32(10).
- Claros, R. (2017). La inclusión de las personas sordas como grupo étnico en los sistemas educativos. *Revista Latinoamericana de Educación Inclusiva*, 16.
- Cobos, A., & Moreno, M. (2014). Educación superior y discapacidad: Análisis desde la experiencia de algunas universidades colombianas. *Revista Española de Discapacidad*, 2(2), 83-101. <https://doi.org/10.5569/2340-5104.02.02.05>

- Cortés, Y., & Chacón, Ó. (2017). Consideraciones sobre las actitudes lingüísticas de señantes de lengua de señas colombiana frente a los neologismos y a los señantes de la comunidad. *Árbol de Vida. Lenguaje*, 45(1). <https://doi.org/10.25100/lenguaje.v45i1.4617>
- Cuevas, H. (2013). El gobierno de los sordos: El dispositivo educacional [Chile]. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 33(3), 693-713. <https://doi.org/10.4067/S0718-090X2013000300006>
- Durkheim, E. (1925). *La educación moral*.
- Eckert, R. C. (2010). Toward a Theory of Deaf Ethnos: Deafnicity D/deaf (Homaemon * Homoglosson * Homothreskon). *Journal of Deaf Studies and Deaf Education*, 15(4), 317-333. <https://doi.org/10.1093/deafed/enq022>
- Erting, C., & Woodward, J. (1979). Sign language and the deaf community a sociolinguistic profile*. *Discourse Processes*, 2(4), 283-300. <https://doi.org/10.1080/01638537909544469>
- Escalante, F. (1992). Introducción: Moral pública y orden público. En *Ciudadanos imaginarios*. Colegio De México AC.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Ediciones Akal.
- Friedner, M., & Weingarten, K. (2016). *Disability as Diversity: A New Biopolitics*. 9.
- Ginsburg, F., & Rapp, R. (2013). Disability Worlds. *Annual Review of Anthropology*, 42, 53-68.
- Gómez-Bernal, V. (2014). Análisis de la discapacidad desde una mirada crítica: Las aportaciones de las teorías feministas. *Estudios pedagógicos (Valdivia)*, 40(2), 391-407. <https://doi.org/10.4067/S0718-07052014000300023>
- Guber, R. (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

- Gutiérrez, P. (2015). *Creciendo en comunidad: Mis derechos, tus derechos, puro cuento o realidad*. Biblioteca Pública de Comfandi. (Pregrado). Universidad del Valle, Cali.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (E. Restrepo, C. Wash, & V. Vich, Eds.). Universidad del Cauca.
- Hodgson, D. (2011). The politics of naming: Ethical dilemmas and disciplinary divides in Anthropology and history. En *Anthrohistory: Unsettling knowledge, questioning discipline* (Edward Murphy, David W. Cohen, Chandra Bhimull, Fernando Coronil, Monica e. Patterson, and Julie Skurski). Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Hoffmann-Dilloway, E. (2010). Many Names for Mother: The Ethno-Linguistic Politics of Deafness in Nepal. *South Asia: Journal of South Asian Studies*, 33(3), 421-441. <https://doi.org/10.1080/00856401.2010.520652>
- Jordan, I. K. (2006). *Deaf President Now (DPN): The Protest Heard Around the World in 1988 Continues to Change the World*. 4.
- Ladd, P. (2011). *Comprendiendo la Cultura Sorda: En busca de la Sordedad*. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Lane, H. L. (2002). Do Deaf People Have a Disability? *Sign Language Studies*, 2(4), 356-379. <https://doi.org/10.1353/sls.2002.0019>
- López, M., & Llorent, V.-J. (2013). ¿Deficiencia, discapacidad o identidad cultural?: Interpretación de la sordera y respuestas en el sistema educativo en España. *Revista CEFAC*, 15(6), 1664-1671. <https://doi.org/10.1590/S1516-18462013000600030>
- Massone, M. I., Rey, M. I., & Kenseyán, N. (2010). Aproximaciones a las Relaciones de Parentesco en la Comunidad Sorda. Análisis Crítico del Discurso de Mujeres en Situación de Pobreza. *Texturas*, (9/10), 133-149. <https://doi.org/10.14409/texturas.v1i9/10.2883>

- Morales, G. V. (2015). Diversidad Auditiva: Imaginarios Sociales e Inclusión Laboral: Una Aproximación Intercultural. *Psicogente*, 18(34), 357-364. <https://doi.org/10.17081/psico.18.34.511>
- Muñoz, I. M., & Ruiz, M. T. (2000). Empowering the deaf. Let the deaf be deaf. *Journal of Epidemiology & Community Health*, 54(1), 40-44. <https://doi.org/10.1136/jech.54.1.40>
- Muñoz, I. M., Ruiz, M. T., Álvarez, C., Ferreiro, E., & Aroca, E. (2011). Comunidades sordas: ¿pacientes o ciudadanas? *Gaceta Sanitaria*, 25(1), 72-78. <https://doi.org/10.1016/j.gaceta.2010.09.020>
- Obasi, C. (2008). Seeing the Deaf in «Deafness». *Journal of Deaf Studies and Deaf Education*, 13(4), 455-465. <https://doi.org/10.1093/deafed/enn008>
- Olaya, V., & Herrera, M. C. (2018). Relatos de vida: Una puerta de entrada a las subjetividades de los maestros en Colombia. *Revista Brasileira de Pesquisa (Auto)biográfica*, 3(8), 486. <https://doi.org/10.31892/rbpab2525-426X.2018.v3.n8.p486-500>
- Oviedo, A. (2001). Apuntes para una gramática de la Lengua de Señas Colombiana. *República de Colombia, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Nacional para Sordos*.
- Oviedo, A. (s. f.). *Reseña de Padden y Humphries (2005) Inside Deaf Culture*.
- Palma-García, A. C., & Escobar-Ospina, V. (2016). Pensar la inclusión: Resignificando a las personas sordas. *Trans-pasando Fronteras*, (10), 77. <https://doi.org/10.18046/retf.i10.2384>
- Presidencia de la República de Colombia. (2019). *Bases del Plan Nacional de Desarrollo 2018-2022: Pacto por Colombia, pacto por la equidad* (p. 1457). Recuperado de <https://id.presidencia.gov.co/especiales/190523-PlanNacionalDesarrollo/documentos/BasesPND2018-2022.pdf>

- Reagan, T. (1995). A sociocultural understanding of deafness: American sign language and the culture of deaf people. *International Journal of Intercultural Relations*, 19(2), 239-251. [https://doi.org/10.1016/0147-1767\(95\)00007-X](https://doi.org/10.1016/0147-1767(95)00007-X)
- Rey, M. I. (2008). El cuerpo en la construcción de la identidad de los Sordos. *Papeles de trabajo-Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural*, 16, 20.
- Rosberry, W. (2007). Hegemonía y el lenguaje de la controversia. *Antropología del Estado, Cuadernos de Futuro*, 23.
- Rose, P., & Kiger, G. (1995). Intergroup Relations: Political action and identity in the deaf community. *Disability & Society*, 10(4), 521-528. <https://doi.org/10.1080/09687599550023480>
- Santiesteban M., N. (2017). *El color del espejo: Narrativas de vida de mujeres negras en Bogotá*. Editorial Universidad Icesi.
- Savva, E. (2013). *Dysconscious Audism: An investigation into the reasons behind the lack of unity, thus preventing growth, within the deaf community*. University of East London.
- Singer, P. (2002). De compras por el supermercado genético. *Isegoría*, 0(27), 19-40. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2002.i27.552>
- Skliar, C. (1997). *Una mirada sobre los nuevos movimientos pedagógicos*. Presentado en XX Reuniao Anual do ANPED, Associacao Nacional de Pesquisadores em Educacao.
- Spivak, G. C. (1988). Can the subaltern speak? Marxism and the interpretation of culture. *Urbana: University of Illinois Press*, 271-313.
- Stapleton, L. (2015). When Being Deaf is Centered: D/Deaf Women of Color's Experiences With Racial/Ethnic and d/Deaf Identities in College. *Journal of College Student Development*, 56(6), 570-586. <https://doi.org/10.1353/csd.2015.0061>

Wacquant, L. J. D. (2006). *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz de boxeador*.
Buenos Aires: Siglo XXI.